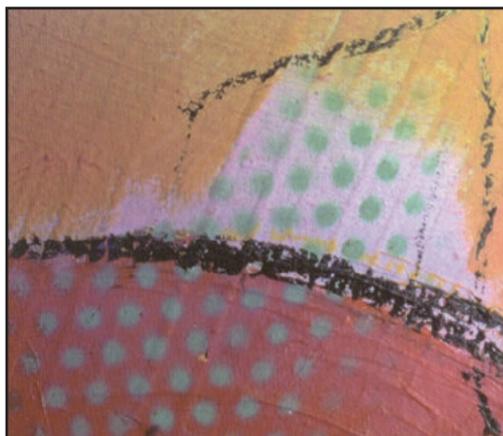


La mayordomía



Lo que hago con lo
que Dios me dio

Enseñanzas de la Biblia Popular

La mayordomía

Lo que hago con lo
que Dios me dio

Arno J. Wolfgramm

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin

Todas las citas bíblicas, a menos de que se indique de otra forma, se han tomado de la SANTA BIBLIA, versión Reina Valera, Edición de Estudio de 1995. Sociedades Bíblicas Unidas.

Este libro fue traducido por Sandra Patricia Corzo de Bogotá, Colombia. La revisión fue hecha por el pastor David Haeuser de Lima, Perú.

Derechos Reservados. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida, ni almacenada en ningún sistema de memoria, ni transmitida por ningún medio sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado etc. excepto por citas breves en artículos analíticos, sin permiso previo de la editorial.

Editorial Northwestern
© 2001 por Editorial Northwestern Publicado
en 2001
Impreso en los Estados Unidos de América

Traducción por Producciones Multilingües
wels net/mlp

2007

Impreso en los Estados Unidos de América

Índice

Prefacio del editor	5
Introducción	7
1. Dios—el Creador y dueño de todo	9
2. Dios me ha hecho parte de su plan	23
3. Dios me ha confiado el cuidado de mi cuerpo y mi vida	37
4. Dios me ha confiado dones espirituales	53
5. Dios me ha confiado sus dones terrenales	77
6. Dios me ha dado ejemplos para que aprenda de ellos	93
7. Dios me pedirá cuentas	113
8. Las respuestas de Dios a preguntas prácticas	125
9. Conclusión	145
Para lectura adicional	147
Índice de textos bíblicos	149
Índice temático	155

Prefacio del editor

La serie de libros Las Enseñanzas de la Biblia Popular trata las principales enseñanzas doctrinales de la Biblia.

Siguiendo el modelo establecido por la serie La Biblia Popular, estos libros están escritos especialmente para laicos. Los términos teológicos, cuando se utilizan, se explican con un lenguaje cotidiano, para que los lectores los comprendan fácilmente. Los autores muestran cómo la doctrina cristiana es extraída directamente de pasajes claros de la Escritura y cómo luego esas doctrinas se aplican a la fe y a la vida de las personas. Aún más importante, estos libros muestran que cada enseñanza de la Escritura señala a Cristo, nuestro único Salvador.

Los autores de Las Enseñanzas de la Biblia Popular son pastores de parroquia y profesores que cuentan con años de experiencia en la enseñanza bíblica. Ellos son hombres de erudición y conocimiento práctico.

Aprovechamos la oportunidad para expresar nuestra gratitud al Profesor Leroy Dobberstein del Wisconsin Lutheran Seminary, en Mequon (Wisconsin), y al Profesor Thomas Nass del Martin Luther College, en New Ulm (Minnesota), por asesorar esta serie. Sus aportes y colaboración han sido invaluable.

Pedimos al Señor que use estos volúmenes para ayudar a su pueblo a crecer en la fe, conocimiento y entendimiento de sus enseñanzas salvadoras, las cuales nos ha revelado en la Biblia. Sólo a Dios sea la gloria.

Curtis A. Jahn
Editor de la serie

Introducción

¿Qué es “la mayordomía”? ¿Qué imágenes vienen a su mente cuando usted escucha esa palabra?

En las iglesias luteranas, algunas personas piensan en la junta de mayordomía de sus congregaciones. Otros piensan en el programa anual de mayordomía de su iglesia. Incluso otros piensan en el anuncio semanal en el boletín que informa sobre las ofrendas.

Muchos piensan que la mayordomía siempre involucra dinero—dinero y déficits, formularios de compromiso y sobres de ofrenda.

Muchos luteranos piensan negativamente sobre la “mayordomía”. Esperan que ninguna persona del comité de mayordomía toque a su puerta. Nunca considerarían servir en la junta de mayordomía. Incluso algunos pocos han pedido a su pastor que “predique más acerca de Jesús y no tanto sobre la mayordomía”.

El libro que tiene en sus manos trata de la mayordomía; pero no sobre el dinero. Trata de asuntos mucho más importantes que el dinero.

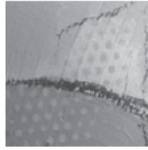
Una vez vi una placa con la siguiente inscripción: “Lo que usted tiene es un regalo de Dios para usted. Lo que haga con lo que tiene es su regalo para Dios”. “Lo que hago con lo que Dios me ha dado”— esas palabras son una buena definición del trabajo de mayordomía. La palabra mayordomo realmente significa “administrador”. En la Biblia, un mayordomo es alguien que administra una casa para el dueño, a menudo mientras el dueño está fuera. Mi mayordomía, entonces, es mi administración de lo que Dios me ha dado en la tierra.

La mayordomía es un asunto personal y práctico. Involucra a Dios y me involucra a mí. Involucra lo que hice con mi vida ayer, al igual que mis planes para mañana. Involucra la forma en que estoy invirtiendo mi tiempo en este momento.

La mayordomía es un asunto especialmente práctico para los cristianos. Los cristianos no somos para nada como los incrédulos. Conocemos al Dios que nos ha dado lo que tenemos. Conocemos al Salvador que nos compró con su sangre. Gracias a que somos cristianos, tenemos el deseo de servir a nuestro Señor y Salvador con todo lo que tenemos.

En este libro esperamos magnificar a Dios y los dones que nos ha dado. Al hacerlo, esperamos llenar los corazones del pueblo de Dios con un deseo más fuerte de servirlo.

¡Que este libro sea una bendición para usted y para su familia!



1

Dios—el Creador y dueño de todo

Esto le pasó a varios de mis amigos: reprobaron su examen de conducir aun antes de salir a la carretera.

¿Cómo puede haber pasado esto? Muy sencillo. Se olvidaron de una regla básica: Los autos deben detenerse antes de cruzar una zona peatonal.

Había un estacionamiento cerca de la puerta del departamento de vehículos de motor. Si recuerdo bien, no había ninguna señal para detenerse a la salida del estacionamiento. Pero la regla estaba escrita claramente en el libro. Lamentablemente, algunos olvidaron la regla. Tal vez estaban nerviosos. Quizá pensaron que la regla no era importante. Pero el examinador notó la infracción y dijo, al final de la prueba de carretera, que el conductor había reprobado. La habilidad de conducir del estudiante podía haber sido intachable, pero ni siquiera el mejor desempeño en la carretera podía borrar el error cometido al comienzo.

Lo mismo puede suceder cuando hablamos acerca de la mayordomía. Muchos en este mundo son mayordomos sabios. Son buenos administradores, guardianes y ecologistas. Pero muchos fallan desde el comienzo. Fallan porque no responden correctamente a la primera, y más básica, pregunta: ¿De dónde salieron todas las propiedades? Aquí, la respuesta equivocada llevará a conclusiones equivocadas más tarde.

La naturaleza nos dice que Dios creó todas las cosas

¿De dónde salieron todas las cosas? Aquí es donde nosotros “salimos del estacionamiento”. Es esencial que nos detengamos para saber la respuesta correcta. La respuesta es evidente para cualquiera que pueda ver. Las cosas que poseemos sí, todas las cosas que vemos proclaman un mensaje. Éstas gritan: “¡Hay un Dios! ¡Este Dios todopoderoso es el Creador de todas las cosas!”.

El Rey David escribió: “Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Salmo 19:1). La magnificencia exterior de las estrellas y de los planetas en la noche predicán un poderoso sermón. Estos astros le dicen a toda la gente que hay un Dios y que este Dios es el Creador.

Aun los gentiles, aquellos que nunca han visto una Biblia, pueden saber por las plantas y los animales, los lagos y los bosques, que hay un Dios y que este Dios creó todas las cosas. Estos hechos, dice Pablo, han sido claramente visibles “desde la creación del mundo” (Romanos 1:20).

Por lo tanto, Dios no aceptará ninguna excusa. Él no disculpará a la persona que dice: “Dios, yo no sabía que tú existías. No sabía que eras el Creador y que yo era el guardián”. Aquellos que niegan cosas que son perfectamente obvias quedan en ridículo.

Dios nos da detalles en el capítulo 1 de Génesis

Ningún ser humano estaba ahí para ver cómo comenzó el mundo. Sólo Dios estaba presente. Sólo él puede decirnos lo que sucedió. En su palabra inspirada, Dios nos dice exactamente cómo lo hizo.

“En el principio”, escribe Moisés, “creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1). Hubo un comienzo absoluto, un punto en el cual no había ninguna cosa creada. En ese momento no había tiempo, ni raza humana, ni nada que cuidar. No había mayordomía. Sólo Dios estaba allí. Este Dios es el Señor, el Dios que se nos revela en la Biblia. Es el Dios trino — el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Él es “desde el siglo y hasta el siglo” y estaba presente “antes que nacieran los montes” (Salmo 90:2).

En este comienzo absoluto del tiempo, Dios actuó. Él creó los cielos y la tierra. No había cosas materiales a partir de las cuales Dios pudiera formar las cosas que hizo. Por lo tanto, en este caso la palabra *crear* significa “hacer algo a partir de la nada”.

Él hizo “los cielos y la tierra”. El profeta de Dios usa palabras que hasta un niño las puede entender. “Los cielos” son lo que vemos cuando miramos hacia arriba; “la tierra” es lo que vemos cuando miramos hacia abajo. La expresión “los cielos y la tierra” simplemente se refiere a “todas las cosas”.

En los versículos restantes del capítulo 1 de Génesis, Moisés revela más detalles. Nos dice que Dios decidió hacer todas las cosas en seis días.

- El día uno, Dios creó la “materia” a partir de la cual él construiría su creación. También creó la luz.
- El día dos, Dios creó el cielo, el firmamento, la bóveda que está encima de la tierra.
- El día tres, Dios hizo que el agua fluyera en lagos y océanos. De esta forma, creó la tierra seca, la cual procedió a cubrir con toda clase de plantas.

- El día cuatro, Dios creó los cuerpos celestes: el sol, la luna y las estrellas.
- El día cinco, Dios creó los peces que nadaran en el agua y las aves que volaran en el aire.
- El día seis, Dios terminó su creación haciendo todos los otros animales y creando a los dos primeros seres humanos.

Todo en nuestro universo fue creado durante estos seis días. Dios no hizo nada antes del primero día. No hizo nada en la creación original después del sexto día.

Dios Todopoderoso pudo haber hecho todas las cosas en seis horas o en seis segundos. Pero decidió crear todas las cosas en seis días. Moisés nos dice que cada uno de estos seis días tuvo una noche y una mañana. Por lo tanto, podemos estar seguros de que los seis días de la creación fueron días ordinarios de aproximadamente 24 horas.

¿Cómo hizo Dios todas las cosas? Con su palabra poderosa y creadora. Dios habló, y súbitamente las cosas que no habían existido llegaron a existir. El universo fue “hecho por la palabra de Dios” (Hebreos 11:3).

Al final de esos seis días todo fue perfecto. Moisés nos dice que “vio Dios todo cuanto había hecho, y era bueno en gran manera” (Génesis 1:31). Todo funcionaba perfectamente. Toda la creación era como Dios la quería.

Creador y dueño

Los seres humanos se pasan la vida obteniendo partes y piezas de lo que Dios creó. Aquellos que tienen riquezas se consideran exitosos.

Los que no tienen riqueza se consideran fracasados. Los pobres tienen celos de los ricos. Las naciones más pobres del mundo envidian a las más ricas.

A muchas personas les gusta exhibir su riqueza. Viven en hermosas casas, conducen autos nuevos, usan ropa costosa. Muchos creen que sus casas, sus autos y su ropa hacen una declaración pública. Sus posesiones proclaman que son exitosos.

A veces los seres humanos se comportan como si estuvieran involucrados en un juego de Monopolio en la vida real. Actúan como si el ganador en esta vida fuera el que muere con el puñado más grande de dinero.

Cuando se reduce a eso, el orgullo de los ricos y los celos de los pobres son insensatos. Tales personas, como lo ilustró alguien, son como dos pulgas que pelean por ver quién es el dueño del perro. Aquellos que viven como si la vida fuera un juego de monopolio están actuando de una manera necia. De hecho, realmente no somos dueños de aquellas cosas de las que pretendemos ser dueños. El Dios que creó todas las cosas es y sigue siendo el dueño real de todo.

Hablando desde el punto de vista humano, usted y yo no somos, como otro hombre lo ilustró, sólo un “accidente pasajero en la cronología del mundo”. El hecho de que poseamos una propiedad es sólo un arreglo temporal. Pronto morimos, y otro alardea de ser el dueño. Somos como niños pequeños que entran a la habitación de sus padres, se visten con las mejores ropas de ellos y luego se pavonean en la sala de estar para que todos puedan admirarlos. Los ricos (al igual que los pobres) tienen y usan propiedades que realmente pertenecen a Dios.

Por contraste, nuestro Dios soberano es eterno. Él no recibió su propiedad de nadie. Y no morirá ni pasará su propiedad a nadie. “De Jehová es la tierra y su plenitud, el mundo y los que en él habitan” (Salmo 24:1). Aquellas palabras del rey David son una verdad eterna. Fueron válidas cuando Dios descansó en el séptimo día. Fueron ciertas cuando David gobernó en Jerusalén. Son verdaderas hoy en

día. Cuando Dios mira hacia abajo, desde su trono celestial, anuncia: “porque mía es toda bestia del bosque y los millares de animales en los collados” (Salmo 50:10).

Vemos la creación con reverencia y respeto

El relato de la creación de la Biblia es más que una árida declaración de datos. Es algo que llena nuestros corazones con reverencia.

En el Antiguo Testamento leemos la historia de un hombre llamado Job. Por sus propias y buenas razones, Dios despojó a Job de sus propiedades, de sus hijos y de su salud. A lo largo de 35 capítulos de la Biblia, Job y sus tres amigos discutieron entre ellos cuando trataban de determinar la causa por la cual Dios había hecho esto.

Al final del libro, Dios mismo habló. Le respondió a Job apuntando a su majestuosa creación. Dios le preguntó a Job: “¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? . . . y dije [al mar], ‘Hasta aquí llegarás y no pasarás delante; ahí parará el orgullo de tus olas’?” (Job 38:4,11).

Dios siguió preguntando a Job: “¿Puedes alzar tu voz a las nubes para que te cubra gran cantidad de agua? ¿Sabes tú el tiempo en que paren las cabras monteses?” (Job 38:34; 39:1).

Cuando miramos a la creación de Dios, nos vemos pequeños en comparación. Nuestra sabiduría no es nada comparada con la de Dios. Cuando los cristianos examinamos la creación de Dios, nuestros corazones se llenan de reverencia y respeto. Porque las cosas que vemos vienen de la mano del propio Dios. Somos como indigentes que han sido invitados al palacio de un rey. Cuando miramos sus tesoros, nos quedamos boquiabiertos de asombro. Mantenemos atrás nuestras manos y no tocamos nada, a menos de que el rey nos invite a hacerlo.

Toda la creación responde con alabanza

Aquellos que trabajan en el campo de la ciencia ven la magnificencia de la creación de Dios de primera mano y la describen para el resto de nosotros.

Nos maravillamos cuando vemos la más pequeña de las cosas que Dios ha hecho. Cuando mis padres estaban en la escuela secundaria, aprendieron que el átomo era tan pequeño que no podía ser dividido. Una generación más tarde nos enseñaron que el átomo está compuesto de partes protones, neutrones y electrones y que puede ser separado, liberando tremendas cantidades de energía. Mis hijos están aprendiendo que dentro de esos átomos existen otras partículas y rayos aun más pequeñas. Sólo Dios sabe qué cosas descubrirán los científicos el próximo año cuando miren a través de sus microscopios.

Nos maravillamos nuevamente cuando miramos a través de un telescopio. Dios prometió a Abraham que su descendencia sería tan numerosa como las estrellas. De la misma manera que Abraham no pudo contar las estrellas en el cielo, igualmente no podría contar toda su descendencia. Ahora los astrónomos han lanzado sus telescopios al espacio en la parte de atrás de un satélite y han aprendido que allí hay millones de galaxias que ni siquiera se ven desde la tierra.

Si miramos hacia arriba a “los cielos” o hacia abajo a “la tierra”, lo que Dios creó parece que no tiene fin.

Cuando leemos acerca de estos descubrimientos maravillosos, sonreímos y cantamos con el autor del himno “¡Alma, Bendice al Señor, rey potente de gloria!”

(Culto Cristiano 195). Ésa es la respuesta que Dios desea. Dios quiere que su creación lo alabe. El salmista escribe:

Alabad a Jehová desde la tierra,
los monstruos marinos y todos los abismos,
el fuego y el granizo, la nieve y el vapor,
y el viento de tempestad que ejecuta su palabra,
los montes y todos los collados,
el árbol de fruto y todos los cedros,
la bestia y todo animal,
reptiles y volátiles.

(Salmo 148:7-10)

Ése es el propósito de nuestras vidas también: alabar al gran Dios que hizo todas las cosas. “¡Todo lo que respira alabe a Jah!” (Salmo 150:6).

“Sometedla”

No eran idénticos el hombre y la mujer a quienes Dios creó. Sus cuerpos estaban moldeados de forma diferente, por una parte. Además, Dios, en el tiempo de la creación, estableció una relación modelo entre el sexo masculino y el femenino. En la Biblia Dios explica cómo esa relación modelo se manifestará en el hogar, en la iglesia y en la sociedad.

Pero había otras cosas en las cuales el hombre y la mujer eran exactamente iguales. A ambos Dios los hizo a su imagen. Dios dijo a ambos: “Fructificad y multiplicaos” (Génesis 1:28). Y les ordenó a ambos: “llenad la tierra y sometedla; ejerced potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y todas las bestias que se mueven sobre la tierra” (versículo 28). Ese último mandamiento es importante para nuestra discusión. Con estas palabras Dios les dio al hombre y a la mujer potestad irrestricta sobre la tierra y sobre todo lo que

ésta contiene. Todos los poderes y recursos de la tierra estaban a su disposición y bajo su autoridad.

La palabra hebrea *someter* significa literalmente “llevar a la servidumbre” y “obligar a servir, por la fuerza si es necesario”. La palabra hebrea *gobernar* ilustra la forma en la cual un rey gobierna a la gente que ha conquistado.

Allí empezó la mayordomía. Dios quería que Adán y Eva cuidaran la creación que él había hecho.

Ahora la creación se lamenta dolorosamente

Mientras el hombre y la mujer poseían la imagen de Dios, no había posibilidad de que abusaran de su autoridad. Pero entonces algo sucedió. Adán y Eva pecaron contra Dios. Por ese único acto de desobediencia, ellos arruinaron todo.

Cuando pecaron, Adán y Eva perdieron la imagen de Dios y ganaron la muerte eterna para sí mismos. Los hijos de Adán y Eva nacerían muertos espiritualmente. Las generaciones venideras serían, por naturaleza, enemigas espirituales de Dios.

Por un acto de desobediencia, Adán y Eva también echaron a perder la creación perfecta de Dios. Pablo nos dice que “la creación fue sujeta a vanidad” (Romanos 8:20). Las criaturas humanas de Dios continuarían ejerciendo potestad sobre la creación. Pero ahora las cosas buenas que Dios creó gemirían cuando fueran utilizadas y mal usadas por gente que es por naturaleza enemiga de Dios.

Por ejemplo:

- Los árboles buenos de Dios serían convertidos en papel. Los cristianos usarían ese papel para publicar la verdad y para imprimir Biblias. Los incrédulos lo usarían para publicar mentiras y obscenidades.

- El metal que Dios puso en la tierra sería convertido en autos y camiones. Los cristianos usarían esos vehículos para el transporte necesario en sus vidas de servicio a Dios. Los incrédulos usarían los carros y los camiones para promover sus deseos codiciosos y aun para cometer crímenes.
- La piedra que Dios creó sería convertida en ladrillos para construcción. Los creyentes usarían esa piedra para construir templos para Dios. Los incrédulos usarían la piedra para construir templos para adorar a sus ídolos.

Ya que tienen corazones pecaminosos, ni siquiera los cristianos usan la creación de Dios de manera perfecta. Debido a su mal uso a manos de hombres impíos, “toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora” (Romanos 8:22) y está, junto con nosotros, esperando ansiosamente el día que “será liberada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (versículo 21).

La vida estará llena de problemas hasta el día en que entremos al nuevo cielo y a la nueva tierra que Dios ha preparado para nosotros.

Las opiniones difieren

Tal vez no podamos oír los gemidos de la creación. Pero podemos escuchar las quejas de la gente cuando discute sobre el uso correcto de la creación. ¿Cuál es la diferencia entre usar la creación de Dios y abusar de ella? ¿Cuál es la diferencia entre ejercer potestad sobre la creación de Dios y arruinarla? En un mundo echado a perder por el pecado, estas preguntas siempre van a encender un debate.

Alguien dice: “Quiero talar estos árboles, vender la madera y construir casas. Esto es mayordomía. Porque Dios nos ha ordenado ejercer potestad sobre la creación”. Otra persona dice: “No, esto no es buena mayordomía. Si usted tala este bosque, destruirá los hogares de los animales que están en peligro de extinción, causará erosión e incluso perturbará el clima”. ¿Quién tiene la razón? ¿Quién está equivocado? ¿Y por qué?

Una persona dice: “Quiero sacar hierro de la tierra; por lo tanto, organizaré una operación minera. También quiero fabricar autos; por consiguiente, construiré una fábrica cerca a la mina. Esto es buena mayordomía. Dios quiere que usemos la creación que él nos ha dado”. Otro dice: “No, esto no es buena mayordomía. Si usted abre una mina aquí, si construye una fábrica allá, contaminará el agua y matará a los peces. Contaminará el aire y matará las aves”. ¿Quién tiene la razón?

Tal vez ninguno. Si los dos son incrédulos, si sus corazones están gobernados por la codicia y por el interés propio, si no tienen el deseo de servir al Señor Jesús, entonces ambos están equivocados. Porque “sin fe es imposible agradar a Dios” (Hebreos 11:6). Sin fe nadie puede empezar a tomar decisiones que complazcan a Dios con respecto a la mayordomía.

Por otra parte, ambos individuos pueden ser cristianos, personas que honestamente quieren servir al Señor. Ya que la Biblia no da respuestas específicas a las situaciones que describimos, los dos cristianos podrían estar en desacuerdo. En ese caso, deberían hacer lo que siempre hacen dos cristianos. Se sentarán y hablarán sobre el asunto con amor cristiano. Posiblemente puedan llegar a un mutuo acuerdo. Con seguridad, ambos respetarán la opinión del otro y buscarán hacer lo que agrade a Dios.

Muchos eligen el rechazo

Desafortunadamente, muchos rechazan lo que dice la Biblia. Deciden rechazar incluso lo que es evidente ante sus propios ojos. Muchos eligen creer en algún tipo de evolución. Creen que nuestra propiedad sí, todo el universo llegó a existir por sí mismo o por algún accidente.

Algunos de los antiguos griegos creían que desde la eternidad hubo una caída continua de átomos, algo así como una llovizna agradable. Todas estas partículas caían pacíficamente en línea recta. Pero un día, uno de estos átomos se desvió apenas un poco y golpeó otro átomo. Esto produjo una reacción en cadena y millones de otros átomos colisionaron unos con otros. Estos antiguos griegos creyeron que el maravilloso universo que vemos hoy en día es el resultado de eso.

Los evolucionistas de hoy en día han refinado esa teoría y la han modificado. Muchos hablan ahora acerca de una “gran explosión”. Creen que una bola extremadamente compacta de partículas estalló en el pasado remoto y que el universo ordenado que tenemos actualmente es el resultado.

Nosotros no nos sorprendemos porque los ateos del mundo rechazan el relato de Dios de la creación. Lo que nos decepciona es que muchos que se llaman cristianos también rechacen la Biblia y, o bien acepten la evolución, o traten de llegar a un acuerdo con sus enseñanzas.

Conclusiones: lo uno o lo otro

Aquellos que rechazan lo que dice la Biblia son como los estudiantes que tomaron el examen de conducir y que no se detuvieron cuando salieron del estacionamiento. Re aprobaron antes de empezar.

Los cristianos empiezan con Dios, el Dios de la Biblia. Los ateos, los humanistas, los evolucionistas, aquellos que están involucrados en el movimiento de la Nueva Era, al igual que

otros incrédulos, comienzan en algún otro lugar. Comienzan o bien sin Dios o con un dios falso.

Los creyentes y los incrédulos no tienen nada en común con respecto a estos asuntos. Empiezan en diferentes lugares y llegan a conclusiones distintas.

Muchos evolucionistas nos dicen que la materia es eterna. Al hacerlo, estos individuos asignan a la materia una cualidad que pertenece sólo a Dios. Otros afirman que, si pasa tiempo suficiente, cualquier cosa es posible. Argumentan que la materia, cuando se le concede tiempo ilimitado, puede transformarse a sí misma de un caos al universo ordenado que vemos hoy en día. En efecto, están diciendo que la materia puede realizar actos creadores, obra que la Biblia atribuye sólo a Dios.

Entonces los incrédulos proceden a servir a los dioses que han creado. Hablan de la “madre tierra” y del “padre tiempo”. Sirven al dios del materialismo. Incluso hacen un dios de sí mismos, permiten que la codicia gobierne sus vidas y dicen no ser responsables ante nadie. Nunca reconocen que lo que tienen es un regalo de Dios; por lo tanto, nunca se preguntan: “¿Cómo serviré a Dios con lo que tengo?” En su concepto, la mayordomía cristiana es extraña.

Los cristianos, por contraste, inician una discusión de la mayordomía hablando acerca de Dios. Dios es la parte activa, el Hacedor, el Dador. Los seres humanos son los receptores indignos de la gracia de Dios.

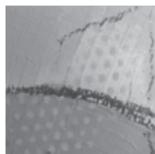
Nosotros, los cristianos, creemos por la Biblia que hay un Dios que nos creó y que creó todas las cosas. Permanecemos reverentes ante el mundo que él hizo. Creemos que lo que poseemos es un regalo misericordioso de Dios y que sigue perteneciendo a Dios. Creemos que somos responsables ante Dios por la forma en que usamos nuestra propiedad. Deseamos servir al Dios misericordioso que nos hizo y que nos da todas las cosas.

Debido a que nos aferramos a lo que Dios dice en la Biblia, rechazamos aquellas enseñanzas que difieren de la Biblia. En particular, “rechazamos las teorías de la evolución como explicación del origen del universo y del hombre”. * Estas enseñanzas no sólo son falsas. También destruyen la misma base de la mayordomía cristiana.

Las palabras de Martín Lutero, escritas hace casi quinientos años, resumen todo lo que este autor ha escrito hasta el momento. En su explicación del Primer Artículo del Credo Apostólico, Lutero escribió: “Creo que Dios me ha creado y también a todas las criaturas. . . . Por todo esto debo darle gracias, ensalzarlo, servirle y obedecerle. Esto es con toda certeza la verdad”.** Aquí está la base de la mayordomía cristiana.

* *En esto creemos; Una declaración del Sínodo Evangélico Luterano De Wisconsin.* (Milwaukee; Editorial Northwestern, 1994), p. 4.

** El Catecismo Menor en *El Libro de Concordia*: Traducido al español y editado por el Dr. Andrés Meléndez. San Luis: Editorial Concordia, 1989. p. 359.



2

Dios me ha hecho parte de su plan

En el principio Dios tenía el plan perfecto para la mayordomía. El hombre y la mujer ejercerían potestad sobre la creación y la creación se rendiría voluntariamente a sus deseos. Adán y Eva cuidarían del huerto del Edén y éste produciría fruto en abundancia para ellos. El hombre y la mujer tendrían hijos, ellos y su familia servirían a Dios perfectamente y todos vivirían felices para siempre. Adán y Eva fueron creados para ser perfectos mayordomos de una creación perfecta.

El pecado lo cambió todo

Entonces vino la caída en el pecado. El hombre y la mujer decidieron seguir las mentiras de Satanás en vez de seguir la verdad de Dios. Un acto pecaminoso hizo añicos el plan perfecto de Dios.

Dios predijo los resultados trágicos del pecado en el capítulo 3 de Génesis. Aquellas predicciones se desarrollan ante nuestros ojos hoy en día. Dios permitiría que Adán y Eva siguieron viviendo en este mundo, pero no les permitiría vivir y trabajar en el huerto. El hombre y la mujer seguirían ejerciendo potestad sobre la creación pero la tierra ya no rendiría su crecimiento con facilidad. El hombre y la mujer no vivirían felices para siempre en el huerto del Edén. Sus vidas estarían llenas de problemas; sus cuerpos finalmente volverían al polvo.

El pecado también cambió la actitud del hombre y de la mujer. Después de la caída en el pecado, se opusieron a la voluntad de Dios. Adán y Eva tuvieron miedo de Dios y trataron de esconderse de él. No quisieron responsabilizarse de sus acciones pecaminosas y se culparon mutuamente por lo que había sucedido. Ya no podían ser los perfectos guardianes de la creación de Dios.

Los hijos de Adán no fueron buenos mayordomos

Los hijos de Adán y Eva fueron pecadores igual como sus padres. Sus corazones pecaminosos estaban llenos de codicia. No usaron la creación de Dios para servirlo a él. En cambio, la utilizaron para servirse a sí mismos.

Considere estos ejemplos de los primeros capítulos de la Biblia:

Abel creyó en Dios y trajo “la grasa” de sus ovejas, las mejores porciones, a Dios como ofrenda. Pero Caín, el hijo primogénito de Adán y Eva, trajo sólo un poco de los frutos de la tierra a Dios. En vez de darle los mejores ejemplares a Dios, parece que Caín decidió guardar las mejores partes para sí mismo (Génesis 4:3,4).

Después de que Caín mató a su hermano Abel, Adán y Eva tuvieron un hijo a quien llamaron Set. Moisés indica que Set y su lado de la familia creían en Dios y nos dice que en este

tiempo los creyentes “comenzaron a invocar el nombre de Jehová” (Génesis 4:26). Las palabras de Moisés significan literalmente que “comenzaron a clamar el nombre de Dios”, es decir, proclamaron la palabra de Dios. Pero otros hijos de Adán tenían otras ideas. Aparentemente, los hijos y nietos de Caín, al igual que su padre, no eran creyentes. Cuando Moisés escribe sobre estos hombres, no dice ni una palabra acerca de la fe en Dios ni del servicio a Dios. La Biblia indica que los hijos de Caín entregaron sus corazones a la creación, no al Creador. Jabal puso atención a la ganadería; Jubal desarrolló habilidades musicales; Tubal-caín centró su atención en herramientas hechas de bronce y hierro (Génesis 4:20-22). Jabal, Jubal y Tubal-Cain habían recibido dones de Dios. Pero usaron esos talentos para ganar buena reputación para sí mismos.

Noé y su familia creyeron en las promesas de Dios. Por fe Noé fue declarado justo ante los ojos de Dios. Pero Noé era una excepción. Jesús caracterizó a los otros miembros de la generación de Noé como personas que estaban “comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento” (Mateo 24:38). Usaban la creación de Dios. Pero ni el arrepentimiento ni la fe eran parte de sus vidas. La mayordomía cristiana era un concepto desconocido para ellos. Usaban los dones de Dios sólo para satisfacer sus propios deseos.

De esta manera se continuó en todo el Antiguo Testamento. Los corazones codiciosos querían más y más. La gente no tenía temor de usar la fuerza con el fin de obtener más propiedades. En Génesis capítulo 14, Moisés describe la primera guerra mundial registrada. En ese tiempo cuatro reyes de Mesopotamia gobernaban los reinos y pueblos en Canaán. Cuando los reyes de Sodoma y Gomorra se rebelaron y decidieron no pagar sus impuestos, los reyes de Mesopotamia decidieron reestablecer su autoridad. Los cuatro reyes de Mesopotamia amaban el dinero que tributaban Sodoma y

Gomorra. Lo amaban tanto que estaban dispuestos a arriesgar sus propias vidas y las vidas de otros yendo a la guerra.

Cuando los israelitas cruzaron el río Jordán y entraron a la tierra prometida de Canaán, Dios les dijo que destruyeran la ciudad de Jericó y todo lo que contenía. Pero un israelita decidió no obedecer a Dios. Cuando los soldados israelitas entraron a Jericó, Acán encontró dinero y ropa que no quería darle a Dios. Quería que esos objetos preciosos fueran para él. Acán amó tanto el dinero y la ropa que estuvo dispuesto a robarlos y a ponerse bajo la maldición de Dios (Josué 7).

El rey Acab tenía un palacio de verano en Samaria. Junto a éste, estaba la viña de Nabot. A Acab le atraía esa hermosa porción de la creación de Dios y decidió que quería la viña de Nabot para sí mismo. El ambicioso rey deseaba tanto esa propiedad que estuvo dispuesto a matar a Nabot con el fin de obtenerla (1 Reyes 21).

Los hijos de Adán y Eva no fueron buenos mayordomos de los dones que Dios les había dado.

Por naturaleza nosotros no éramos buenos mayordomos

Las personas no son diferentes hoy en día. Escuche cuidadosamente lo que dicen. Lea los titulares del periódico. Las personas no se preguntan “¿Cómo puedo usar la creación de Dios para servirlo?” Más bien, rechazan los primeros capítulos de Génesis y ridiculizan a los que creen en ellos. Las personas no se preguntan: “¿Qué puedo dar a Dios?” En cambio, constantemente se preguntan “¿Cómo puedo aumentar mi riqueza? ¿Cómo puedo usar estas cosas para servirme a mí mismo?”

En cierta forma, toda la historia del mundo es la historia de la codicia humana. Es la historia de guerras emprendidas por reyes y ejércitos que querían más tierra y las riquezas que ésta contenía. Es el relato de crímenes cometidos por individuos que querían más y más de la creación de Dios para sí mismos.

¿Por qué sucede esto? Es porque todos nosotros heredamos de nuestros primeros padres, Adán y Eva, un corazón pecaminoso. No nacimos a imagen de Dios, sino a la imagen de nuestro padre pecador, Adán. Él y Eva se rebelaron contra Dios. Desde ese tiempo, toda la raza humana ha estado en un estado de rebelión. Jesús mismo dijo que por naturaleza nuestros corazones producen una abundancia de malos pensamientos y deseos que llevan al robo e incluso a la guerra (Mateo 15:19). Desde la caída en el pecado, ser codiciosos y egoístas es la naturaleza de los seres humanos.

Por naturaleza incluso nosotros, los cristianos, somos incapaces de ser buenos mayordomos. Por naturaleza no podemos cumplir con la intención original de Dios de ejercer potestad sobre la tierra y someterla de tal forma que glorificara a nuestro Creador. Por naturaleza no somos mejores que Caín ni sus nietos, no somos mejores que los vecinos de Noé ni que los reyes de Mesopotamia, no somos mejores que Acán ni que Acab. Por naturaleza nosotros también odiábamos la idea de la mayordomía cristiana.

El Dios trino cambió esta situación

Pero un Dios misericordioso cambió todo. Cuando decimos “Dios”, nos referimos al Dios trino el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Dios Padre cambió las cosas. Cuando Adán y Eva deliberadamente desobedecieron su mandato, nuestro santo y justo Dios tenía toda la razón para mandarlos de inmediato a la muerte eterna. Pero no lo hizo. En cambio, movido por pura gracia y misericordia, Dios Padre prometió enviar un Salvador que repararía el daño que Adán y Eva habían causado.

La primera promesa de Dios Padre de un Salvador vino en forma de una reprensión hiriente a Satanás. Dios dijo a la serpiente: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza y tú la

herirás en el talón” (Génesis 3:15). Cuando Adán y Eva desobedecieron a Dios, su pecado se convirtió en un muro de enemistad entre ellos y el Dios santo. Esa barrera no debía estar ahí. Cuando reprendió a Satanás, Dios prometió poner de nuevo la enemistad donde debía estar. Dios pondría el muro de la enemistad entre Satanás y la mujer y entre los amigos de Satanás y la descendencia de la mujer. Una vez más habría amistad y compañerismo entre Dios y sus criaturas humanas. Dios cumpliría esa promesa a través de una particular descendencia de la mujer. Esa descendencia es Jesús, el Hijo de la madre virgen, quien aplastó la cabeza de Satanás en el polvo cuando murió en la cruz y pagó por los pecados de todo el mundo.

Dios Hijo cambió las cosas. En el tiempo correcto, Dios Padre envió a su Hijo al mundo, no para condenar al mundo sino para que el mundo fuera salvo por él (Juan 3:17). Jesús vino a este mundo “no para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos” (Marcos 10:45). Por puro amor y misericordia, él estuvo dispuesto a pagar un precio de redención con el fin de redimirnos.

Cuando Adán y Eva pecaron contra Dios, tres “secuestradores” se convirtieron en poderosos tiranos. Éstos son el pecado, la muerte y Satanás. Estos tres enemigos mantuvieron a todo el mundo en cadenas espirituales. No había forma de que pudiéramos liberarnos por nuestros propios medios.

Jesús venció a estos tres enemigos:

- Al dar su vida, al derramar su sangre, Jesús pagó por todos los pecados. Esto incluyó el pecado de Adán y Eva y los pecados de cada uno de sus millones de descendientes. Juan escribe que Jesús es “la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2).

- Cuando él pagó por todos los pecados, Jesús también venció la muerte, que es la paga del pecado. Pablo escribe que Jesús “quitó la muerte” (2 Timoteo 1:10). La resurrección de Jesús de la muerte prueba que su victoria está completa.
- Al mismo tiempo, Satanás perdió su capacidad para mantener cautiva a la raza humana. Porque Jesús vino a este mundo con el fin de “destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (Hebreos 2:14). Ya que se ha pagado por el pecado, Satanás ya no puede señalar nuestro pecado ni usarlo como su razón por la cual nosotros debemos pasar la eternidad con él en el infierno. Nuestro pecado ya no nos separa de Dios.

Dios el Espíritu Santo cambió las cosas. Él sigue cambiando las cosas hoy en día. Su obra especial es cambiar los corazones, “para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados” (Hechos 26:18). Obrando a través de la palabra de Dios y de los sacramentos, el Espíritu Santo convierte a aquellos que habían estado viviendo en rebelión contra Dios.

En su gracia el Espíritu Santo abrió también nuestros ojos. Él no nos escogió porque fuéramos mejores que otros. No nos escogió por medio de ninguna lotería sagrada. Nos escogió, desde la eternidad, gracias a su amor puro y a su misericordia.

Los cristianos son diferentes.

La obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es un hecho histórico. Pero es más que eso. Ha cambiado dramáticamente nuestras vidas. La Biblia manifiesta ese cambio de varias maneras.

Pablo escribe que Jesús se dio a sí mismo para redimirnos y “purificar para sí un *pueblo propio*, celoso de buenas obras” (Tito 2:14).

Había una vez un niño que labró un bote de una pieza de madera. Jugaba con el bote en el arroyo. Lamentablemente, el pequeño bote se alejó de él y se perdió. Fue un día triste para el niño. Varios meses después, el niño entró en una tienda de artículos usados ¡y ahí estaba su pequeño bote!

Se llenó de alegría y le pidió a la dependienta que le devolviera el bote. Pero ella se negó. Le dijo al niño que si quería el bote, tendría que pagar por él. Después de pagar el precio, el niño dijo: “Ahora este bote es realmente mío. Primero, lo hice con mis propias manos; luego, después de haberlo perdido, lo compré con mi propio dinero”.

Dios puede decir lo mismo con respecto a nosotros. Él puede decir: “Este pueblo es realmente mío. Primero lo hice. Yo creé sus cuerpos y sus almas. Cuando estaban perdidos, los redimí. Los volví a comprar, en cuerpo y alma, con la sangre de Jesucristo”. Nosotros, los cristianos, ahora pertenecemos a Dios. Él es nuestro querido Padre celestial que nos cuida todos los días y que finalmente nos dará la vida eterna. Servir a ese Padre celestial es puro gozo.

Jesús dijo a sus discípulos: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto” (Juan 15:5). Había un tiempo en que estábamos separados de Dios. Ahora las cosas son diferentes. Nuestra fe en Cristo nos une con nuestro Señor Jesús. Al igual que la rama da fruto porque está unida a la vid, los cristianos empezamos a producir fruto espiritual porque por fe estamos conectados con Cristo nuestro Salvador. Ahora podemos comenzar a ser buenos mayordomos de la creación de Dios.

En Efesios 2:10 Pablo escribe: “Pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas”. En Cristo Jesús, Dios nos ha creado de nuevo. Ahora tenemos un nuevo propósito en la vida. Ese propósito es servir a Dios con una vida de buenas obras. Nuestro propósito en la vida es ser

mayordomos de la creación de Dios, la clase de mayordomos que Dios pretendía que fuéramos cuando creó a Adán y Eva y los puso en el huerto del Edén.

En Gálatas 2:20 Pablo escribe: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. Si alguien tocara a la puerta del corazón de Pablo, el mismo Jesús vendría a la puerta. Jesús ahora vivía en el corazón de Pablo. Él controlaba sus pensamientos y sus acciones.

En Tito 2:14 Pablo añade que Jesús se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos y para “purificar para sí un pueblo propio, *celoso de buenas obras*”. En algunos países, cuando llega la primavera y el clima es más templado, los niños de la escuela primaria se ponen ansiosos por salir al recreo. Saltan de sus asientos cuando suena la campana. Gracias a que hemos sido redimidos por la sangre de Jesús, nosotros, como pueblo de Dios, estamos igual de ansiosos de servir a nuestro Dios. Nuestra vida de mayordomía no es una carga desagradable. Es una forma de vida que disfrutamos.

En 2 Corintios 5:17 Pablo escribe que cada persona que cree en Jesús es una “nueva criatura”. Los viejos planes, objetivos, y deseos pasaron. Algo nuevo ha tomado su lugar. La imagen de Dios ha sido parcialmente restaurada en nosotros. Tenemos un nuevo ser, el cual “se va renovando hasta el conocimiento pleno” a la imagen de nuestro Creador (Colosenses 3:10). Nuestro nuevo ser es “creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:24).

Los cristianos empiezan a mirar a las cosas de una forma diferente. Miramos de una forma diferente a Dios, a la creación y a nosotros mismos. Gracias a que somos cristianos, comenzamos a ser la clase de mayordomos que Dios quería desde el principio del tiempo.

Dos tipos de personas

Esta nueva vida significa que ahora hay dos grupos

distintos de personas en este mundo. Algunos son cristianos; otros no lo son. Estos dos grupos son tan diferentes como la luz y la oscuridad, como la vida y la muerte. Nosotros los creyentes empezamos a entender y a practicar la mayordomía cristiana; los no creyentes niegan que Dios es el Creador y no tienen ningún deseo de servirle.

No debemos sorprendernos cuando notamos que nuestra actitud es radicalmente diferente de la del mundo incrédulo.

- El mundo piensa como Caín, quien guardó las mejores porciones para sí mismo. Nosotros comenzamos a pensar como Abel, quien llevó las mejores porciones como sacrificio a Dios.
- El mundo piensa como los nietos de Caín, quienes centraron su atención en el mundo creado. Nosotros comenzamos a pensar como Adán, quien predicó a su familia en el nombre del Señor. (Génesis 4:26)
- El mundo piensa como los vecinos de Noé, quienes usaron las cosas de este mundo sólo para satisfacerse a sí mismos. Nosotros comenzamos a pensar como el justo Noé, quien creyó la palabra de Dios y siguió sus instrucciones.

Dios no nos impone esta nueva manera de pensar por la fuerza. Ésta viene naturalmente cuando Dios obra en nuestros corazones. Estos nuevos pensamientos y deseos son tan naturales para los cristianos como las manzanas en un manzano.

Sí, por supuesto, trabajamos junto con los no creyentes en la sociedad. Saludamos la misma bandera. Vamos de compras a las mismas tiendas. Asistimos a las mismas escuelas. Pero cuando se trata de la fe, del servicio y de la mayordomía, no tenemos nada en común con el mundo. El mundo puede quedarse perplejo por nuestro punto de vista y puede hasta sentirse ofendido por él. Nosotros, por nuestra parte, no podemos aprender nada del mundo con respecto a la

mayordomía cristiana.

Esto es lo que Lutero escribió en su explicación del Segundo Artículo del Credo Apostólico: "... [Jesucristo] ... me ha redimido a mí . . . para que yo fuese suyo . . . y le sirviese en justicia, inocencia y bienaventuranza eternas. . . Esto es con toda certeza la verdad."

Los cristianos somos un grupo especial de gente que ha llegado a ser parte del plan de Dios. No todos entenderán el libro que usted tiene en sus manos. Este libro está dirigido especialmente a usted, querido cristiano, y a otros como usted que creen en el Señor Jesús.

Los cristianos muestran que son parte del plan de Dios

Los cristianos no sólo piensan de forma diferente; comienzan a actuar de manera diferente. Al servirle a Dios, muestran que le pertenecen.

Pero, ¿dónde está Dios? Y, ¿cómo podemos servirle?

Se cuenta una historia de una niña pequeña que llevó una ofrenda a la escuela dominical. Su abuelo le había dado una moneda y le había explicado: "Éste es un regalo para Jesús". Más tarde, la niña volvió a su casa y todavía tenía el dinero. Cuando el abuelo le preguntó qué había pasado, la niña respondió: "Jesús nunca apareció".

La pequeña estaba equivocada; Dios sí había "aparecido". La Biblia dice que nosotros le damos a Jesús cuando damos a otros. Servimos a Dios cuando servimos a otros. Pablo escribe: "Servíos por amor los unos a los otros. . . Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y especialmente a los de la familia de la fe" (Gálatas 5:13; 6:10). Y Jesús dijo: "En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mateo 25:40).

Tal vez el resto de nosotros necesita aprender esa misma lección. Jesús "aparece" cada vez que nos encontramos con

otro ser humano que necesita nuestra ayuda.

Jesús dijo: “Y cualquiera que dé a uno de estos pequeños un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa” (Mateo 10:42). Es fácil impacientarse con los niños pequeños. Muchos no quieren molestarse en educar niños, ni siquiera sus propios hijos. Jesús lo ve de forma diferente. El acto más pequeño de bondad hacia la persona más pequeña es un acto de bondad hacia el mismo Señor Jesús.

Podemos referirnos a otros miembros de nuestras familias. Las acciones de su esposo o de su esposa pueden no siempre hacerlo feliz a usted. Pero Jesús dice que cuando usted sirve a su cónyuge, está sirviendo al propio Señor.

De manera similar, cuando usted usa su tiempo, sus talentos y habilidades para servir a su empleador, está sirviendo a Jesús. Pablo anima a los trabajadores así: “Servid de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres” (Efesios 6:7).

Pero tenemos un problema

Cuando nos convertimos en cristianos, Dios empieza a vivir en nuestros corazones. Nuestro nuevo hombre, siguiendo el ejemplo de Cristo, quien vive en nosotros, siempre hace lo bueno y nunca hace nada equivocado. Él está de acuerdo con el plan de Dios de mayordomía y siempre quiere servir.

- Nuestro nuevo hombre es como Naamán. Después de haber sido sanado de su lepra, Naamán quería dar al profeta de Dios, Eliseo, un gran donativo de dinero y vestidos (2 Reyes 5:15).
- Nuestro nuevo hombre es como Mateo. Después de haberse convertido en discípulo de Jesús, Mateo preparó una cena e invitó a muchos de sus amigos para que ellos también pudieran conocer al Salvador que perdona los pecados (Mateo 9:10).
- Nuestro nuevo hombre es como Zaqueo. Después de

haber conocido el camino para la salvación eterna, Zaqueo anunció: “Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres” (Lucas 19:8).

- Nuestro nuevo hombre es como Pablo. Después de haberse dado cuenta de que Jesús es el resucitado Hijo de Dios, Pablo preguntó: “¿Qué haré, Señor?” (Hechos 22:10).
- Nuestro nuevo hombre es como los primeros cristianos. Estos creyentes compartieron sus posesiones y “tenían en común todas las cosas” de tal manera que nadie tenía necesidad (Hechos 2:44).

Pero hay un problema. Los cristianos no siempre respondemos como los santos de la antigüedad. Algunas veces los cristianos piden a sus pastores no predicar sobre el dinero. A veces los cristianos se salen de la iglesia justo antes de que el comité de mayordomía haga su presentación. Otras veces los cristianos se irritan cuando escuchan acerca de otra ofrenda que se recogerá en todo el sínodo.

¿Cuál es la razón para estos conflictos? No hay nada malo con el nuevo hombre. El problema es que los cristianos también tenemos todavía un viejo Adán en nosotros. Los corazones de los cristianos no están nunca completamente convertidos. El viejo Adán lucha contra la voluntad de Dios. Él no quiere ser el mayordomo de Dios. Él continuará resistiendo a Dios hasta el día en que muramos y entremos a la vida eterna.

Esta batalla entre el viejo Adán y el nuevo hombre brama en nuestros corazones todos los días. Los cristianos estamos bien conscientes de esto. Por lo tanto, continuamos ahogando al viejo Adán a través del arrepentimiento y la contrición diarios.

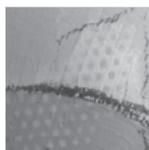
Los pastores cristianos también están conscientes de cómo la naturaleza pecaminosa busca controlar la vida de los miembros del pueblo de Dios. Por lo tanto, predicán la ley de

Dios. Predican acerca de la mayordomía de tal forma que el pueblo de Dios reconozca su pecaminosidad. A veces, predicán un “sermón sobre el dinero”. Pero más importante, los pastores cristianos también predicán al nuevo hombre.

Jesús predicó al nuevo hombre cuando dijo: “Sígueme”. Podemos parafrasear las palabras de Jesús en Lucas 9:57-62 de esta forma: “¡Sígueme! aun cuando el Hijo del hombre no tiene donde recostar la cabeza, y tú también tengas que hacer un sacrificio. ¡Sígueme! pon las primeras cosas primero y deja que los muertos entierren a sus propios muertos. ¡Sígueme! y cuando hayas puesto tu mano en el arado, no mires atrás”.

Pablo predicó al nuevo hombre. Magnificó la cruz de Cristo en los ojos del pueblo de Dios y dijo: “Os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios” (Romanos 12:1).

Los pastores cristianos conocen un secreto. Cuando hay trabajo por hacer, cuando hay una necesidad de ofrendas, cuando hay problemas que deben ser corregidos, los pastores cristianos predicán al nuevo hombre. Cuando el nuevo hombre escucha el evangelio y se le pide responder, no dirá que no (y no puede).



3

Dios me ha confiado el cuidado de mi cuerpo y mi vida

La evolución y la creación son enseñanzas opuestas. Éstas difieren con relación al origen de la vida, al tiempo y al método.

Éstas también difieren en cuanto al orden. La evolución usa términos como “selección al azar”, “supervivencia de los más fuertes” y “big bang”. La Biblia, por otra parte, dice que “Dios no es Dios de confusión sino de paz” (1 Corintios 14:33). Nuestro universo no es el resultado al azar de una gran explosión. Es el producto ordenado del excelente plan de Dios.

Dios creó al primer hombre y a la primera mujer

El primer capítulo de la Biblia presenta un esquema del plan de Dios. En el sexto día, el día final de la creación, todo estaba en su sitio el mar y el cielo, el reino vegetal y el reino animal, las criaturas visibles y las invisibles. Todo estaba listo para el acto final de Dios su creación del primer hombre y de la primera mujer.

Este acto final fue diferente de la forma en la cual Dios creó a los animales. Cuando hizo los animales, Dios habló con su palabra creadora: “Produzcan las aguas seres vivientes, y aves que vuelen sobre la tierra, en el firmamento de los cielos. . . . Produzca la tierra seres vivientes según su especie: bestias, serpientes y animales de la tierra según su especie” (Génesis 1: 20,24). Pero cuando Dios hizo a los seres humanos, antes hubo (si podemos usar el término) un “consejo especial” de las tres personas del Dios trino. Dios dijo: “Hagamos al hombre” (versículo 26).

Entonces Dios personalmente hizo el cuerpo del primer hombre. Moisés nos dice que “Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz aliento de vida y fue el hombre un ser viviente” (Génesis 2:7). El cuerpo del primer hombre fue una creación especial y única de Dios. El alma, la vida, del primer hombre fue el regalo personal que Dios le dio.

Más tarde, ese mismo día, Dios formó el cuerpo de la primera mujer. Cuando hizo su cuerpo, Dios no empezó con más polvo. En lugar de ello, sucedió lo siguiente: “Entonces Jehová Dios hizo caer un sueño profundo sobre Adán y, mientras este dormía, tomó una de sus costillas y cerró la carne en su lugar. De la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre” (Génesis 2:21,22). El cuerpo de la primera mujer fue también una creación especial y única de Dios. Su vida fue un regalo de Dios.

Un cuerpo y un alma, junto con tiempo y talentos éstos fueron los regalos de Dios para el primer hombre y para la primera mujer. En ese momento el hombre y la mujer se convirtieron en guardianes mayordomos de estos regalos personales.

Moisés añade que Dios hizo a los primeros dos seres humanos a su imagen. Esto no implica que hubo algún parecido físico entre Dios y Adán. Eso sería imposible, ya que Dios no tiene cuerpo. Esto significa que el hombre y la mujer eran como Dios en otras formas. Tener la imagen de Dios significaba que el hombre y la mujer conocían perfectamente la voluntad de Dios y que hacían la voluntad de Dios perfectamente. Durante el corto tiempo entre la creación y la caída en el pecado, Adán y Eva amaron a Dios de manera perfecta y se amaron el uno al otro de manera perfecta. Ellos eran mayordomos perfectos de los cuerpos y de la vida que Dios les había dado.

El Señor nos dio nuestros cuerpos y nuestras vidas

El Señor que creó a Adán y a Eva es el mismo Dios que creó a todos los seres humanos desde ese tiempo. No; Dios no formó más cuerpos a partir de la tierra. En cambio, decidió usar al hombre y a la mujer como sus instrumentos para traer más gente al mundo. Moisés nos dice que: “Los bendijo Dios y les dijo: ‘Fructificad y multiplicaos’” (Génesis 1:28). Adán y Eva, dentro del sagrado vínculo del matrimonio, generarían más vida humana.

Aun cuando Adán y Eva habían arruinado una creación perfecta por su caída en el pecado, Dios no cambió de idea ni retiró esa bendición. La mujer, Eva, “fue la madre de todos los vivientes” (Génesis 3:20). Sus hijos incluyeron a Caín, a Abel y a Set. Cada uno de ellos nació gracias a la palabra creadora de bendición que Dios había pronunciado antes.

Podemos decir lo mismo acerca de las generaciones

siguientes. Cuando los hijos de Adán y Eva tuvieron hijos, esto también fue el resultado de la palabra creadora de bendición que Dios dijo a Adán y Eva en el sexto día. Cuando el salmista miró su cuerpo, reconoció la mano del Creador y escribió: “Tus manos me hicieron y me formaron” (Salmo 119:73). La mano creativa de Dios estaba presente y activa desde el momento de la concepción. Porque el rey David escribe: “Tú formaste mis entrañas; me hiciste en el vientre de mi madre” (Salmo 139:13).

Usted y yo también nacimos de nuestros padres y de nuestras madres gracias a la palabra creadora de bendición que Dios pronunció en Génesis 1:28, “Fructificad y multiplicaos”. La concepción y el nacimiento de algunos niños puede haber llegado por sorpresa a sus padres, pero no fue una sorpresa para Dios. Un no creyente puede ver su presencia aquí en la tierra como una simple casualidad, un feliz accidente. Pero, de hecho, el Creador Todopoderoso puso a cada individuo aquí. Planeó nuestra concepción y, en el momento correcto de la historia, se aseguró de que nacíáramos en este mundo.

Los hijos adoptados a veces pasan muchos años buscando a sus padres biológicos. En algunos casos, no pueden descansar hasta conocer la verdad acerca de sus orígenes biológicos. Para nosotros, los cristianos, la búsqueda, finalmente, ha terminado. Usted y yo hemos llegado a conocer estos hechos por la Biblia. El Creador que habló al principio del tiempo es el mismo Dios que nos ha dado nuestro cuerpo y nuestra vida. Lutero tenía razón cuando explicó el Primer Artículo del Credo Apostólico escribiendo que Dios “me ha dado cuerpo y alma, ojos, oídos y todos los miembros, la razón y todos los sentidos y aún los sostiene” Cuando nacimos, antes de que fuéramos dueños de cualquier propiedad física, Dios nos hizo guardianes de un cuerpo y de una vida.

Mire su cuerpo. Eche una ojeada al calendario en la pared. Piense en sus talentos y habilidades. Esto no es selección al azar ni supervivencia de los más fuertes. ¡Todo esto es el regalo de Dios para usted!

El pueblo de Dios cuida a sus propios cuerpos

Las contradicciones entre la creación y la evolución no son meras diferencias filosóficas entre los eruditos. Estas contradicciones tienen consecuencias prácticas. La forma en la cual respondo la pregunta “¿De dónde vengo?” determina la forma en la cual actuaré. Aquellos que creen en la evolución no sienten ninguna responsabilidad ante el Dios que los creó. Por el contrario, los cristianos conocemos al Dios que nos dio todo lo que poseemos. Sabemos que somos responsables ante él. Deseamos ser buenos guardianes de lo que Dios nos ha dado.

Desde el principio Dios dejó en claro que quiere que cuidemos del cuerpo que él creó. Alimentar nuestros cuerpos es una parte del plan de Dios. En el huerto del Edén, Dios dijo al hombre y a la mujer: “Mirad, os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, así como todo árbol en que hay fruto y da semilla. De todo esto podréis comer” (Génesis 1:29). Adán y Eva eran vegetarianos en el huerto del Edén.

Después del diluvio, el Señor dio instrucciones diferentes. Dijo específicamente a Noé y a su familia que también podían comer carne. “Infundiréis temor y miedo a todo animal sobre la tierra, a toda ave de los cielos, a todo lo que se mueva sobre la tierra y a todos los peces del mar, en vuestras manos son entregados. Todo lo que se mueve y vive os servirá de alimento, lo mismo que las legumbres y las plantas verdes. Os lo he dado todo” (Génesis 9:2,3).

Cuidar los magníficos cuerpos que Dios nos ha dado es parte de la mayordomía cristiana. Nosotros glorificamos a

Dios cuando plantamos semillas en la tierra, cuando cosechamos los frutos maduros y los vegetales y cuando almacenamos y preservamos esos frutos y vegetales para usarlos durante el año. Glorificamos a Dios cuando matamos un animal y usamos su carne como comida, cuando usamos su piel para fabricar ropa y cuando usamos las otras partes también para preservar la vida humana. Pablo nos dice que glorifiquemos a Dios aun cuando “coméis o bebéis” (1 Corintios 10:31).

Los cristianos hoy en día que eligen ser vegetarianos no están pecando. Pero aquellos que nos dicen que los seres humanos son “parte del reino animal” y que quienes matan un animal están, de hecho, matando a un pariente distante están rechazando lo que Dios nos ha dicho en los primeros capítulos de Génesis.

En tiempos de especial necesidad, Dios milagrosamente proveyó alimento para su pueblo. Es significativo que los alimentó no sólo con cereales sino también con carne. Cuando los israelitas estaban en el desierto, el Señor les dio no sólo maná, sino también codornices (Éxodo 16:12,13). Los cuervos trajeron a Elías tanto pan como carne (1 Reyes 17:6). Cuando Jesús alimentó a los cinco mil en la montaña, multiplicó no solamente cinco pedazos de pan sino también dos pequeños peces (Juan 6:11).

Cuidar de nuestros cuerpos no es más que sentido común. Pablo supone que todos entienden esto. Recordó a los esposos cristianos en Éfeso que eran una sola carne con sus esposas y que debían amarlas y cuidarlas. Para probar este punto, Pablo añade: “Pues nadie odió jamás a su propio cuerpo, sino que lo sustenta y lo cuida” (Efesios 5:29). Aquellos que deliberadamente hacen daño al cuerpo que Dios les ha dado no están siendo buenos mayordomos.

Los cristianos también cuidan a otros

Er de otros. Lutero incluyó este pensamiento en su explicación del Quinto Mandamiento, donde escribió que nuestro deber hacia nuestro prójimo es “que le ayudemos y hagamos prosperar en todas las necesidades de su vida”.

Este cuidado empieza en el hogar. Pablo escribe: “Porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo” (1 Timoteo 5:8). Los padres tienen la obligación de cuidar de las necesidades físicas de sus hijos y de los otros en sus familias. Los padres cristianos son buenos mayordomos cuando ponen alimento en la mesa y cuando les dan vestido y adecuado tratamiento médico a sus hijos.

Preocuparse por los otros también va más allá de la familia inmediata. El día del juicio Jesús anunciará públicamente cómo su pueblo alimentó a los hambrientos (Mateo 25:35,40). Esto también es un acto de mayordomía cristiana.

Aquí tenemos el ejemplo de Jesús, que cuidó su propio cuerpo: comió, durmió y descansó. También cuidó los cuerpos de otros, sanándolos y alimentándolos. Glorificamos a Dios cuando seguimos ese ejemplo.

El buen samaritano en la parábola de Jesús nos ofrece un segundo ejemplo. El samaritano mostró misericordia a un hombre herido que yacía en el camino. Éste se detuvo, le dio los primeros auxilios, le proporcionó otros cuidados médicos. Al final de esa parábola, Jesús le dijo al doctor de la ley: “Ve y haz tú lo mismo” (Lucas 10:37). Nosotros somos buenos mayordomos cuando seguimos esas instrucciones. Los cristianos que son profesionales en medicina tienen una oportunidad especial para practicar esta clase de mayordomía cuando realizan su trabajo diario.

El cuerpo de los cristianos es especial

Muchos de los antiguos filósofos griegos creían que el alma de una persona era mejor y más importante que el cuerpo. Enseñaban a sus discípulos a ser totalmente indiferentes con respecto a sus cuerpos y a llevar una vida estricta y simple. Creían que después de que un cuerpo se había deteriorado en la tumba, nadie querría nunca que ese cuerpo fuera levantado de los muertos.

De vez en cuando los cristianos sinceros también han tenido creencias equivocadas acerca de sus cuerpos. Martín Lutero es un ejemplo. Antes de que aprendiera la verdad de la Biblia, él y sus compañeros en el monasterio trataban de ganarse el favor de Dios torturando sus cuerpos. Ayunaban y se privaban de dormir. A veces, incluso se autoflagelaban con látigos.

Mucha gente hoy en día tiene ideas falsas similares. Muchos, al parecer, creen que su cuerpo es una pieza de propiedad personal, la cual pueden usar y abusar según su deseo. Abusan de éste tomando toda clase de píldoras y sustancias químicas que les viene en gana. Actúan como si no fueran responsables ante nadie.

La Biblia condena cada uno de estos puntos de vista y nos dice por qué nuestros cuerpos necesitan especial cuidado.

El apóstol Pablo nos da su valiosa instrucción en 1 Corintios capítulo 6. Allí no habla acerca de las drogas, ni de los cigarrillos ni del alcohol. Habla de la fornicación o la inmoralidad sexual. Pero los principios que Pablo expone son válidos en muchas situaciones diferentes.

Cuando la gente en la antigua Corinto iba al templo, adoraba a sus dioses y diosas de la fertilidad fornicando con los sacerdotes y las sacerdotisas. Ésta era su religión y su cultura. Los cristianos de Corinto salieron de esa religión y cultura. Ya que los cristianos y los paganos son tan diferentes

como la luz y la oscuridad, Pablo advirtió a los cristianos que no volvieran a su antigua manera de vivir. La adoración en los templos paganos no era sólo el pecado de la idolatría. También era un mal uso pecaminoso de los cuerpos que Dios había dado a los cristianos.

“¿No sabéis” pregunta Pablo, “que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?” (versículo 15). Los cristianos están unidos a su Señor Jesús de igual forma que un cuerpo está unido a la cabeza. Jesús mora en los corazones de todos los que creen en él. Cuando los cristianos usan sus cuerpos con propósitos pecaminosos, arrastran al Señor Jesús mismo en su pecado.

Pablo continúa preguntando: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?” (versículo 19). En el momento de nuestro bautismo, el Espíritu Santo empezó a morar dentro de nosotros. Nuestro cuerpo se convirtió en su templo sagrado. Ni siquiera un miembro inactivo de la congregación estaría a favor de usar un templo terrenal (el edificio de nuestra iglesia) como una pocilga durante la semana. Si eso es cierto, entonces seguramente ningún cristiano querrá utilizar mal el templo del Espíritu Santo (nuestros cuerpos) participando en pecados sexuales. Cuando los cristianos usan su cuerpo para cometer pecados, profanan la sagrada morada del Espíritu Santo.

Pablo concluye sus comentarios recordándoles a los cristianos: “Pues habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (versículo 20). Jesús redimió no sólo nuestras almas sino también nuestros cuerpos. El precio fue nada menos que su santa y preciosa sangre. Esto significa que no sólo nuestras almas, sino también nuestros cuerpos, pertenecen a Dios. Ningún cristiano está en libertad de satisfacer sus deseos pecaminosos con aquello que ha sido redimido por la sangre de Cristo. Nuestros cuerpos son

sagrados por otra razón. Cuando Jesús vuelva en el Día del Juicio Final, los resucitará de sus tumbas. Jesús los unirá otra vez con nuestra alma y los transformará en cuerpos gloriosos. Con esos cuerpos veremos a nuestro Redentor cara a cara y viviremos en la presencia de Dios para siempre.

¿Abusar de nuestros cuerpos? ¡Nunca! Las enseñanzas de la Biblia son motivos poderosos para cuidar los cuerpos que hemos recibido de Dios.

Antes de tomar una píldora, antes de encender un cigarrillo, antes de comer o de beber cualquier cosa, los cristianos deben considerar estos principios.

No ceder a la carne

Otros filósofos griegos creían que el placer era el bien más grande aquí en la tierra. Enseñaron a sus discípulos que hicieran todo lo que quisieran para satisfacer los apetitos de su cuerpo.

Nuestro mundo actual está lleno de gente que todavía tiene esos puntos de vista. Son gente que rechaza todo lo que Dios dice acerca de la creación, de la castidad y del matrimonio y que cree, más bien, que sus cuerpos son su propia propiedad privada. Para estos individuos sigue, lógicamente, que no son responsables ante nadie y que los órganos sexuales son un equipamiento personal que pueden usar para darse placer a sí mismos cuándo y cómo deseen.

El apóstol Pablo no estaba de acuerdo con aquellos que daban rienda suelta a los deseos del cuerpo, de la misma manera que tampoco estaba de acuerdo con aquellos que no estimaban adecuadamente el cuerpo.

Nuestra propia naturaleza pecaminosa quiere controlar cada aspecto de nuestra vida. Busca controlar nuestro cuerpo y usarlo con el fin de satisfacer sus deseos pecaminosos. Le gustaría usar nuestro cuerpo para la inmoralidad sexual, la impureza, el libertinaje, las borracheras, las orgías y otras

cosas similares. Pablo menciona por nombre cada una de estas actividades en Gálatas 5:19-21. En esos versículos él deja claro que éstos no son actos de mayordomía cristiana. Son obras pecaminosas de la carne.

En el mismo sitio Pablo añade: “Los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios” (Gálatas 5:21). Por lo tanto, cada cristiano está involucrado en una batalla. El mismo Pablo luchó contra su viejo Adán todos los días. Escribió: “Golpeo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea que, habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” (1 Corintios 9:27). Esto no significa que Pablo físicamente golpeará su cuerpo. Pero significa que los cristianos son como atletas que están entrenándose disciplinan sus cuerpos. La salvación eterna está en juego.

Jesús también usa un lenguaje fuerte. Dice: “Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala y échala de ti” (Mateo 5:30). No, Jesús no está pidiéndonos que mutilemos nuestros cuerpos. El problema no es con la mano sino con el corazón. Si nuestras manos obedecen los deseos pecaminosos de nuestros corazones y si esas acciones continúan sin obstáculo, perderemos todo, aun nuestra salvación eterna.

Cuidar nuestros cuerpos, por lo tanto, significa no rendirnos ante los deseos de nuestra carne pecaminosa. La buena mayordomía significa decir no a nuestro viejo Adán.

Los cristianos ofrecen sus cuerpos a Dios

En la Biblia leemos acerca de épocas en que los paganos ofrecían sacrificios humanos a sus dioses. Con el fin de obtener ayuda de sus dioses, el rey de Moab presentó a su hijo mayor como ofrenda de sacrificio sobre el muro de la ciudad (2 Reyes 3:27). Hubo épocas en que algunos de los israelitas “hicieron pasar a sus hijos y a sus hijas por el fuego” (2 Reyes 17:17). Esa práctica era censurable, enteramente repugnante.

En un punto, sin embargo, esa gente pagana tenía razón.

Nuestro cuerpo y vida son los bienes terrenales más preciosos que poseemos. Éstos son, por lo tanto, las cosas más preciosas que podemos ofrecer a Dios.

En los primeros capítulos de su carta a los Romanos, Pablo cuidadosamente explica el camino a la vida eterna. La vida eterna no es algo que nosotros hayamos ganado, dice Pablo, sino que es “la dádiva de Dios. . . en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 6:23). Después de explicar cuidadosamente la gracia y la misericordia de Dios, Pablo pide una respuesta a los cristianos. Escribe: “Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios” (12:1). Pablo estaba pidiendo a los cristianos de Roma que dieran a Dios su posesión terrenal más preciosa.

Ésta ha sido una parte tradicional de nuestra liturgia de confirmación. En las clases de instrucción, los niños aprenden acerca de la gracia y la misericordia de Dios. En el día de su confirmación, el pastor se dirige a los jóvenes confirmados y les recuerda que están ahí presentes con el fin de dedicarse a sí mismos en cuerpo y alma ahora y para siempre a su Dios y Señor.

Aquí también tenemos el ejemplo de Jesús. Nuestro Salvador literalmente ofreció su cuerpo a Dios como sacrificio vivo. La noche antes de morir, Jesús dijo a sus discípulos: “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Juan 15:13). Jesús entregó su vida para nuestro beneficio. Lo hizo por puro amor y misericordia, cuando no merecíamos nada.

Enseguida Jesús pidió a sus discípulos que siguieran su ejemplo. Les dijo: “Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado” (versículo 12).

Pablo tuvo palabras de alabanza para los cristianos macedonios. Antes de participar en cualquier colecta, “a sí

mismos se dieron primeramente al Señor y luego a nosotros, por la voluntad de Dios” (2 Corintios 8:5). Aquí es cuando comienza la vida de la mayordomía cristiana. Cuando un cristiano le ha dado su cuerpo y su alma a Dios, todo lo demás seguirá automáticamente.

Los cristianos redimen el tiempo

Algún día serviremos a Dios en el cielo. En ese lugar eterno nuestro tiempo no tendrá límite.

Aquí en la tierra es diferente. Aquí tenemos sólo un tiempo limitado en el cual alabamos a nuestro Dios. Cuando somos jóvenes, nuestras vidas pueden parecer como un número ilimitado de “términos cortos” (Salmo 39:5). Pero aún ese número que aparentemente es enorme, finalmente llega a su fin.

Jacob tenía 130 años de edad cuando compareció ante el Faraón en Egipto. Pero cuando miró atrás a esa larga vida, le dijo al rey: “Pocos y malos han sido los años de mi vida” (Génesis 47:9). El tiempo es una preciosa mercancía; se escabulle rápidamente.

Además de ser limitado, el tiempo, como todo lo demás, ha sido corrompido por el pecado. Por lo tanto, Pablo dice a los cristianos de Éfeso: “Mirad, pues con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo porque los días son malos” (Efesios 5:15,16). La versión de la Biblia “King James” tradujo esas palabras más literalmente: “Redimiendo el tiempo, porque los días son malos”. Ésa es una expresión inusual. Pablo nos está diciendo que así como Jesús nos ha redimido de la maldición de la ley, igualmente nosotros, los cristianos, debemos redimir el tiempo, volver a comprarlo para usarlo correctamente al servicio de Dios.

Antes de que llegáramos a la fe en Jesús, éramos incapaces de servir a Dios. Aún durante nuestros años como cristianos,

no siempre hemos usado nuestro tiempo de manera sabia. Por lo tanto, el apóstol Pedro nos dice que “baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles” (1 Pedro 4:3). Ahora ya es el momento propicio para servir a Dios.

Cuando nosotros decimos a Dios: “¡En tu mano están mis tiempos!” (Salmo 31:15), no sólo confesamos que la voluntad de Dios terminará nuestras vidas en el tiempo correcto. También expresamos nuestro deseo de servir a nuestro Señor durante los días que nos da.

Jesús dice: “Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que permanece para vida eterna” (Juan 6:27). En otro lugar añade: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el moho destruyen, y donde ladrones entran y hurtan, sino haceos tesoros en el cielo” (Mateo 6:19,20).

El significado de las palabras de Jesús puede ser resumido en esta copla anónima: “Sólo una vida, pronto pasará; sólo lo hecho por Dios durará”. Estas palabras no son una cita de la Biblia, pero son verdad.

Este autor nunca olvidará las palabras de un buen cristiano que dijo: “Yo daré mi tiempo, pero no desperdiciaré mi tiempo”. Esta mujer cristiana reconoció que los días de nuestras vidas son un regalo de Dios. Ella deseaba dar su tiempo al Señor sirviendo en la iglesia, en el hogar y en la sociedad. Ella, como el resto de nosotros, llevaba una vida activa y ocupada y, por lo tanto, estaba determinada a no permitir que Satanás ni nadie más desperdiciara ni un momento de los años que Dios le había adjudicado. Cada vez que celebramos el Año Nuevo y celebramos otro cumpleaños, Dios nos recuerda que el tiempo pasa rápidamente. Nuestros días en la tierra son un regalo de Dios, un tiempo para que los mayordomos cristianos santifiquen el nombre de Dios y sirvan en su reino.

Los cristianos glorifican a Dios con sus talentos

En la parábola de los talentos, Jesús dice: “El reino de los cielos es como un hombre que, yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. A uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y luego se fue lejos” (Mateo 25:14,15).

El hombre que dio los talentos a sus siervos y luego se fue de viaje es el Señor Jesús. Los siervos que recibieron los talentos son personas que siguen viviendo aquí en la tierra. En el idioma original griego, un “talento” era mucho dinero. Pero la lección que Jesús enseña con esta parábola involucra más que el uso que damos al dinero. Los talentos en esta parábola son todos los regalos terrenales que Dios ha dado, en cantidades que varían, a su pueblo aquí en la tierra. Incluye también nuestros talentos, es decir, nuestras aptitudes y otras habilidades.

Este último punto merece énfasis aquí. Dios le ha dado a cada cristiano un tiempo diferente y un juego diferente de talentos. Él nos ha hecho guardianes de estos talentos y quiere que los usemos para su gloria como mayordmos sabios.

“¿Cómo puedo usar mis talentos para servir a mi Creador?” Ésta es una pregunta para todo cristiano. Es una pregunta especialmente práctica para la gente joven cuando piensa acerca del trabajo de su vida y para los padres cuando guían a sus hijos a seguir su educación y sus carreras. Cuando la gente joven pregunta: “¿Qué curso o estudio me ayudará de la mejor manera a usar los talentos que Dios me ha dado?”, están planteando la pregunta correcta. Dios los guiará a la respuesta correcta.

Ésta es también una pregunta importante para la persona que está considerando un ascenso. Para un cristiano la pregunta no es: ¿Qué hay en eso para mí? Más bien, lo fundamental es: ¿Este ascenso me permitirá servir a Dios y a otros con el tiempo y los talentos que él me ha dado?

Cuando una vez un pastor visitaba a una familia en su

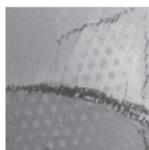
hogar, sugirió al padre que empezara a pensar en formas en las cuales su hijo, un joven muy inteligente, podía usar sus muchos talentos para la gloria de Dios. La respuesta del padre fue pedir amablemente al pastor que se preocupara de sus propios asuntos: “Mi hijo puede hacer lo que quiera y será un éxito en lo que sea que escoja”. La palabra “éxito” figuraba prominentemente en el pensamiento de este padre.

Una joven mujer cristiana anunció que había decidido ir a la escuela de leyes. Su amiga respondió: “¡Eso es magnífico! Como abogada, podrás ayudar a mucha gente”. Pero la primera mujer respondió: “¿Ayudar a la gente? ¡Yo quiero ganar dinero!”

Dios espera más de ese padre cristiano y de la joven cristiana. El cuerpo y la vida, el tiempo y los talentos éstos son dones que el Creador nos ha confiado. Espera que los usemos fielmente para servirlo a él. Espera que le presentemos nuestros cuerpos como sacrificio vivo, ya sea que trabajamos como camioneros o maestros, empleadas domésticas o administradores, oficiales de policía o pastores.

La actitud de Ana es un ejemplo positivo. Aun antes de que naciera su hijo Samuel, esta madre prometió dedicarlo al Señor (1 Samuel 1:11).

Nunca olvidaré las palabras dichas hace muchos años por una persona de clase alta en una escuela secundaria luterana. El joven había acabado de recibir altos honores académicos. Cuando fue entrevistado por el periódico de la escuela, su comentario fue: “El Señor me dio el cerebro; yo tan sólo lo usé”. Esa actitud es digna de imitación.



4

Dios me ha confiado dones espirituales

Dios ha dado dones terrenales a todas las personas, incluso a los no creyentes. Estos regalos incluyen un cuerpo y una vida, el tiempo y los talentos, el dinero y la propiedad. En muchos casos los no creyentes tienen más talentos, dinero y propiedades que sus vecinos cristianos.

En la Biblia, Dios habla acerca de algunos otros dones que no poseen los que no creen. Éstos son los dones espirituales de Dios. Ya que el mundo incrédulo no posee estos dones, no les da ningún valor. A veces la actitud del mundo contagia a los cristianos. Puede haber ocasiones cuando no apreciamos ni usamos los dones espirituales de Dios. Tal vez no los entendemos o ni siquiera sabemos que los poseemos.

En este capítulo hablaremos de una parte única de la mayordomía cristiana. Ser buenos mayordomos significa que entendemos, usamos y cuidamos los dones espirituales de Dios.

El primer don: nuestra fe en Jesús

Muchos de nosotros crecimos en hogares cristianos. No podemos recordar una época en que fuéramos incrédulos. Cuando este autor era niño, se daba por sentado que todos en la familia eran miembros de una congregación cristiana y asistían a los servicios regularmente. Si había un tío incrédulo, era visto como la excepción en la familia, más que la regla.

De vez en cuando, por lo tanto, necesitamos un recordatorio. Ese tío que no cree no es la excepción. En este mundo nosotros, los cristianos, somos la excepción. Dios nos hizo parte de la minoría especial cuando nos dio nuestra fe en Jesús. Esta fe es el primer regalo espiritual y el principal que poseemos. Crear fe es la obra especial del Espíritu Santo; por lo tanto, nuestro catecismo habla sobre esa obra en el Tercer Artículo del Credo Apostólico.

De hecho, ninguno de nosotros ha sido cristiano toda la vida. Nuestros padres y abuelos pueden haber sido buenas personas cristianas (¡y agradecemos a Dios por eso!), pero cada uno de nosotros nació fuera del reino de Dios. Por naturaleza éramos como ese tío incrédulo.

La Biblia usa palabras severas para describir nuestra antigua situación. El apóstol Pablo dice que por naturaleza estábamos ciegos espiritualmente. Hubo una época en la que el evangelio no significaba nada para nosotros. Nos parecía una “locura” (1 Corintios 1:23). Aquellos que son incrédulos hoy en día siguen viviendo y caminando en tinieblas. El dios de esta era los ha cegado “para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo” (2 Corintios 4:4).

Por naturaleza no teníamos vida espiritual. Pablo no anda con rodeos. Dice a los cristianos en Éfeso: “Él os dio vida a vosotros, cuando estábais muertos en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1). Esas palabras no pintan un cuadro atractivo. La palabra “muertos” que usa Pablo aquí también puede usarse para describir un montón de cadáveres.

De hecho, por naturaleza los cristianos éramos enemigos de Dios. “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios” (Romanos 8:7). Hubo un tiempo cuando luchábamos contra Dios con cada músculo físico y espiritual que estuviera a nuestra disposición.

Ahora las cosas son diferentes. Ya no vemos la palabra de Dios como locura. En cambio, la vemos como un tesoro precioso. Ya no somos cadáveres espirituales. Más bien, somos piedras vivas y sacerdotes vivos en el templo de Dios. Ya no somos enemigos de Dios. Nos hemos convertido en hijos de Dios y el deseo de nuestro corazón es servir a nuestro Señor.

Creer en Cristo no es algo que nosotros hayamos decidido hacer. Nuestra fe en Dios vino de él. El Espíritu Santo, de una forma milagrosa, creó la fe en nuestro corazón. A través de su palabra y del sacramento del santo bautismo, el Espíritu Santo hizo que confiáramos en el Señor Jesús. Esa fe es como una mano. Con ella, y a través de ella, recibimos de Dios el perdón de los pecados y todas las otras bendiciones de la salvación. Cualquiera que crea en Jesús no perecerá, sino que tendrá vida eterna.

Este don de la fe nos separa de los millones de incrédulos en el mundo y nos hace miembros de un grupo especial, la santa iglesia cristiana. Ya que nuestra fe es un regalo de Dios, es algo que debemos usar y cuidar.

Cuidando nuestra fe

Cuidamos nuestra fe cristiana cuando la alimentamos.

Pedro exhortó a los cristianos así: “Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación” (1 Pedro 2:2). La “leche espiritual” acerca de la cual está hablando Pedro es la palabra de Dios y los sacramentos. El Espíritu Santo usó la palabra de Dios y los sacramentos para crear la fe en nuestro corazón. El Espíritu Santo de Dios hace que los cristianos crezcamos en fe cuando él continúa obrando en nuestro corazón a través de la palabra y el sacramento. Nuestro trabajo es desear la leche espiritual.

Nos preocupamos por nuestra fe cristiana cuando vamos a la iglesia. Allí escuchamos la palabra de Dios, recibimos la santa comunión y participamos en la clase bíblica. Nutrimos nuestra fe cristiana y la de otros cuando tenemos lecturas bíblicas y devocionales con nuestras familias.

Cuando Jesús se apareció a sus discípulos en el mar de Galilea, le dijo a Pedro: “Apacienta mis ovejas” (Juan 21:17). Éste es el trabajo de todo pastor cristiano, apacientar el rebaño de Dios. Cuando un pastor prepara sermones y clases bíblicas, apacienta a las ovejas y a los corderos del rebaño de nuestro Señor en las mañanas del domingo y otras veces durante la semana cuando predica y enseña la palabra de Dios.

Un padre y una madre también hacen este trabajo de alimentar espiritualmente todos los días a sus familias más cercanas. Ellos alimentan no sólo los cuerpos de sus hijos sino también la fe de sus hijos. Ya que el padre es la cabeza de la casa, Dios le asigna ese trabajo especialmente a los padres. El trabajo de los padres es el de criar a sus hijos “en disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6:4).

Un ejemplo de la vida de Abraham, el padre de los creyentes, nos muestra cómo funciona esto. Dios hizo promesas a Abraham, incluyendo la promesa de que él y Sara tendrían un hijo. Cuando pasó el tiempo y Abraham se acercaba a los 100 años y Sara se acercaba a la edad de 90, ambos se preguntaban cómo Dios cumpliría su promesa. Ya

no estaban en la edad en que los hombres y las mujeres ordinariamente tienen hijos. Pero Dios cuidó la fe de Abraham y la nutrió. Fortaleció la fe de Abraham viniendo a él y repitiendo sus promesas una y otra vez.

Dios fortalece nuestra fe de la misma manera. En las palabras de la absolución y en las del sermón, Dios repite sus promesas y nos dice una y otra vez que ha perdonado nuestros pecados. Cuando recibimos el sacramento de la santa comunión, escuchamos la promesa una vez más. Aquí Jesús nos dice: “Éste es mi cuerpo, el cual fue dado por ti. Ésta es mi sangre, la cual fue derramada por ti”. Cuando escuchamos esas palabras, Jesús nos da el cuerpo y la sangre con la cual él pagó por los pecados de todo el mundo.

Nosotros cuidamos nuestra fe cuando la ejercitamos. La vida de la mayoría de los cristianos está llena de suficientes oportunidades para el ejercicio espiritual. Cuando los problemas o las enfermedades llegan a nuestra vida, cuando parece que Dios se ha olvidado de nosotros, cuando parece que Dios está actuando de forma contraria a sus promesas, entonces él mismo nos está llevando a un gimnasio espiritual. Dios está invitándonos a ejercitar nuestra fe adhiriéndonos a sus palabras y a sus promesas.

La mujer cananea en Mateo 15:21-28 es un buen ejemplo. Evidentemente, estaba familiarizada con ciertas promesas del Antiguo Testamento. Tal vez conocía el versículo “Invócame en el día de la angustia; te libraré y tú me honrarás” (Salmo 50:15). Ahora este tiempo en su vida era su día de angustia. Su hija estaba enferma, poseída por un demonio. Ella fue a Jesús e invocó su ayuda. Aun cuando Jesús pareció no prestarle atención, ella continuó aferrándose a las promesas de Dios. Finalmente, el Señor le dio la bendición que ella necesitaba. Sanó a su hija y al mismo tiempo la alabó diciendo: “¡Mujer, grande es tu fe!” (Mateo 15:28). En nuestro gimnasio espiritual esta mujer es un ejemplo para nosotros.

Como la mujer de Canaán, el centurión romano en Lucas 7:1-10 tenía músculos bien entrenados en la fe también. Cuando su siervo estaba enfermo en casa, él envió mensajeros a pedir ayuda a Jesús. Pero cuando Jesús iba a la casa del centurión, este capitán del ejército romano envió un mensaje inesperado: “Señor, no te molestes. . . . pero di la palabra y mi siervo será sanado. Pues también yo soy hombre puesto bajo autoridad, y tengo soldados bajo mis órdenes, y digo a este: ‘Ve’, y va; y al otro, ‘Ven’, y viene; y a mi siervo: ‘Haz esto’, y lo hace” (versículos 6-8). Aunque el centurión era sólo un ser humano, sus palabras tenían poder entre sus hombres y éstos llevaron a cabo una acción inmediata. El centurión romano sabía que las palabras y las órdenes del Hijo de Dios son aun más poderosas. Por lo tanto, estaba dispuesto a confiar en las palabras de nuestro Señor en su tiempo de angustia. Nuestro Señor sanó al siervo y luego alabó la fe del comandante diciendo: “Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe” (versículo 9).

Nos preocupamos por nuestra fe cuando evitamos cosas que podrían dañarla o destruirla. Cuando Dios prueba nuestra fe, tiene algo bueno en mente. Los motivos de Satanás son justamente lo contrario. Quiere que pequemos contra Dios y espera llevarnos de vuelta a la incredulidad. Por lo tanto, nos invita a asociarnos con los amigos equivocados, a mirar los videos equivocados y a leer los libros y revistas equivocados. Cada vez que nos rendimos a una de esas tentaciones, dañamos la fe que creó el Espíritu Santo. Por esta razón Pablo dice a los cristianos: “Y no entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención” (Efesios 4:30). José es un ejemplo adecuado. Cuando la esposa de Potifar sugirió que los dos tuvieran una relación adúltera, José salió huyendo de la habitación (Génesis 39:12).

Un don que puede perderse

La fe en Jesucristo es un don que puede perderse. El don del Espíritu puede ser destruido deliberada y sistemáticamente. Satanás es nuestro enemigo primario, pero él no es el único enemigo. Cada uno de nosotros tiene el poder asombroso de renunciar en un momento a la fe que ha sido nutrida por años por los padres y los pastores cristianos.

Considere la parábola de Jesús del sembrador (Mateo 13:1-23). Mucha gente, desafortunadamente, es como la semilla que fue sembrada entre las piedras. Creen por un rato, pero dejan de hacerlo en el tiempo de angustia porque su fe no está profundamente fundada en la palabra de Dios. Muchos otros son como la semilla que cayó entre los espinos. Creen durante un tiempo pero dejan de hacerlo cuando las cosas es decir, “las preocupaciones de este siglo y el engaño de las riquezas” (versículo 22) sofocan su fe.

Aquellos que pierden su fe en Cristo también pierden las bendiciones de la salvación. Todos los incrédulos serán sentenciados a la muerte eterna.

Esta advertencia es algo para que todos la recordemos, especialmente los jóvenes. La mayoría de las congregaciones tienen un “registro” de los actos oficiales. Este libro enumera las bodas y funerales, los bautismos y las confirmaciones. Cada año, poco después del día de confirmación, abro ese libro y escribo los nombres de los jóvenes que se han acabado de confirmar. Usualmente echo un vistazo a los nombres que han sido escritos allí en los años anteriores. Mientras leo algunos de esos nombres, las palabras de Pablo vienen a mi mente: “Estoy asombrado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo” (Gálatas 1:6). Muchos otros pastores cristianos han tenido esta misma experiencia desafortunada.

En muchos casos la gente joven deliberadamente empieza a dejar morir de hambre su fe poco después del día de la

confirmación. Aquellos que hacen eso apagan “al Espíritu” (1 Tesalonicenses 5:19) y “afligen” no sólo a sus pastores sino especialmente al Espíritu Santo, quien dio el don de la fe (Efesios 4:30).

Aquí hay un recordatorio para los padres cristianos. Más de un miembro de la congregación ha dicho: “No se preocupe, pastor. Todos los confirmados (1) atraviesan por una etapa en la cual no van a la iglesia, (2) hacen sus travesuras juveniles y (3) vuelven a la iglesia después de casarse y tener su primer hijo”. Sí: hay personas que se arrepienten y vuelven al Señor más tarde en la vida. El hijo pródigo en Lucas capítulo 15 es un ejemplo. Pero no hay que contar con ello. En muchos casos, la pérdida de la fe cristiana es una condición permanente.

Aquí hay un recordatorio para las escuelas cristianas. El propósito de una escuela primaria cristiana no es sólo “civilizar a los salvajes” (como lamentablemente expresó un profesor cristiano). Incluso una escuela secular puede hacer eso. El principal propósito de una escuela secundaria cristiana no es ganar campeonatos de baloncesto. Aun una escuela pública puede ofrecer un excelente programa de atletismo. El propósito especial de un colegio cristiano no es graduar personas agradables que mejorarán nuestra sociedad. El propósito único de una escuela cristiana es nutrir la fe de sus estudiantes para que puedan servir a Dios aquí en la tierra y finalmente entrar en la vida eterna en el cielo.

Dios ha confiado el evangelio a nuestro cuidado

Cuando llegamos a la fe en Cristo, nos convertimos en miembros de un grupo exclusivo. La Biblia llama a este grupo la Iglesia. En el Credo Apostólico la llamamos “la Santa Iglesia Cristiana”.

Los miembros de la iglesia son guardianes de un tesoro que no tiene precio. Ese tesoro es el evangelio, las buenas nuevas

de salvación, las cuales se encuentran en la palabra de Dios y los sacramentos. Crear fe y fortalecer la fe es la obra del Espíritu Santo. Cuidar de las herramientas del Espíritu Santo es nuestro trabajo, el trabajo de la iglesia en la tierra.

Jesús dejó eso claro cuando dijo a sus apóstoles: “Como me envió el Padre, así yo os envío” (Juan 20:21). Jesús se dirige a los cristianos de todas las épocas cuando dice: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15), y cuando añade: “Id y haced discípulos a todas las naciones” (Mateo 28:19). Jesús ha dado la palabra de Dios a su iglesia en la tierra.

Las palabras de Pedro merecen nuestra especial atención. Escribe: “Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9). Al comienzo de este versículo, Pedro usa cuatro términos para describir la santa iglesia cristiana: somos “linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios”. Entonces Pedro menciona el trabajo de la iglesia. Nuestro trabajo especial es proclamar las alabanzas de Dios, es decir, anunciar públicamente las grandes cosas que Dios ha hecho por nosotros y por todo el mundo. En otras palabras, el trabajo de la iglesia es proclamar el evangelio. Nuestro trabajo especial es decir a todo el que escuche que Dios envió a su Hijo, Jesús, a este mundo y que Jesús pagó por sus pecados muriendo en la cruz.

El evangelio, entonces, es el segundo don espiritual que Jesús ha confiado a los cristianos y sólo a los cristianos. Su valor inestimable está en marcado contraste con los seres humanos débiles y pecadores que lo poseen. “Pero tenemos este tesoro”, dice Pablo, “en vasos de barro” (2 Corintios 4:7). ¡Qué bendición! ¡Qué honor! ¡Qué responsabilidad!

Usando el evangelio como buenos mayordomos

En la clase de catecismo estudiamos “el uso de las llaves”. La palabra llaves viene directamente de la Biblia. En Cesarea de Filipos, Pedro hizo una buena confesión de fe. Cuando Jesús preguntó a sus discípulos: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”, Pedro respondió: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mateo 16:15,16). Jesús respondió diciendo a Pedro: “Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos: todo lo que ates en la tierra será atado en los cielos, y todo lo que desates en la tierra será desatado en los cielos” (versículo 19).

“Las llaves del reino de los cielos” es otro término para el derecho que tenemos como cristianos a través de la palabra de Dios y de los sacramentos para abrir o cerrar el cielo para otras personas. Podemos abrir el cielo para otra persona compartiendo el evangelio y diciendo cómo Jesús ha muerto por los pecados de esa persona. Dios le ha dado las llaves a todo aquel que, como Pedro, cree que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Ése es un maravilloso privilegio.

Mientras nosotros vivamos en la tierra, somos mayordomos de las llaves. Dios quiere que las usemos.

Casi todo adolescente sabe qué hacer con las llaves del carro de su padre. Lamentablemente, muchos cristianos no saben qué hacer con las llaves del reino de su Padre celestial. Muchos cristianos están confundidos en cuanto a sus privilegios y responsabilidades. Algunos están contentos dejando las llaves sin usar en un lugar seguro.

Nos convertimos en buenos mayordomos de las llaves cuando las usamos en el hogar. Los padres usan las llaves cuando enseñan una historia bíblica a sus hijos, cuando ayudan a sus hijos con la tarea de la clase de catecismo y cuando usan la ley y el evangelio para guiar diariamente y disciplinar a sus hijos.

Usamos correctamente las llaves cuando hablamos a otros acerca de nuestro Salvador. Dios le da a cada cristiano suficientes oportunidades para eso. Puede ser en el momento de un funeral o de una boda, o en un tiempo de enfermedad o de otro problema serio, o en un tiempo cuando alguien es sorprendido en un pecado público, como fornicación o adulterio. En esos tiempos críticos las personas están a menudo listas a escuchar tanto a la ley como al evangelio.

Los pastores y los maestros cristianos tienen el privilegio de usar públicamente las llaves. Estos individuos son colaboradores de Dios cuando se paran frente a una clase o a una congregación y anuncian públicamente que Jesús ha abierto las puertas del cielo para nosotros, pagando por los pecados de toda la gente.

Los cristianos laicos son buenos mayordomos del evangelio cuando apoyamos la predicación de la palabra de Dios, cuando vamos a escucharla, y cuando enviamos misioneros cristianos a otras partes del mundo.

Jesús ilustra este punto en su parábola de las diez minas (Lucas 19:11-27). En los tiempos de Jesús, una mina era una suma considerable de dinero, igual a más o menos el salario de tres meses. En esta parábola un hombre noble confió una mina a cada uno de diez siervos y luego se fue de viaje. Cuando volvió, los siervos le informaron lo que habían hecho con sus minas. Al trabajar con esa mina, cada siervo había obtenido una ganancia diferente. (Esta parábola es diferente de la de los talentos en Mateo capítulo 25, una parábola que consideraremos más adelante en este libro). En esta parábola de las diez minas, cada siervo recibió exactamente la misma cantidad. En otras palabras, aquí Jesús está hablando de un don que ha dado a cada cristiano en igual medida. Sacamos en conclusión que la mina es el evangelio. Jesús ha confiado el evangelio en su completa y única cantidad a cada cristiano. Quiere que proclamemos el evangelio, que usemos las llaves

durante estos últimos días antes de que él vuelva en gloria. Los cristianos darán diferentes respuestas a la Gran Comisión de nuestro Señor. Algunos cristianos serán muy activos al usar las llaves; otros, menos activos.

Otros dones espirituales

La fe en Cristo y el evangelio son dos dones que posee cada cristiano. En Romanos capítulo 12 y en 1 Corintios capítulo 12, Pablo ofrece una lista de dones espirituales adicionales.

Algunos de estos dones parecen similares a los talentos que pueden poseer aun los no creyentes. Es importante notar, sin embargo, que en estos dos capítulos Pablo está hablando sólo de los cristianos. Pablo introduce su lista en Romanos capítulo 12 con las palabras: “Tenemos, pues, diferentes dones, según la gracia que nos es dada” (versículo 6). Cuando Pablo usa las palabras “tenemos” y “nos”, está hablando a los cristianos. En 1 Corintios 12:1, él usa la palabra “hermanos”. Aquí también Pablo deja en claro que está hablando a los miembros de la familia de los creyentes. Dios le ha dado a cada miembro de la santa iglesia cristiana dones especiales que quiere que usemos en su iglesia aquí en la tierra.

Los dones enumerados en Romanos 12:6-8

Cuando leemos la lista de Pablo de Romanos capítulo 12, encontramos “el don de profecía” al comienzo (versículo 6). En la Biblia un profeta es una persona que habla por Dios y hace conocer a la gente la voluntad de Dios. En los tiempos de la Biblia, los profetas regularmente hablaban por revelación directa de Dios, y a veces hacían predicciones milagrosas del futuro. El don de “profecía” continúa hoy en día en la predicación de la palabra de Dios.

El predicador, dice Pablo, debe profetizar “conforme a la medida de la fe”. En otras palabras, predicar es una expresión de la fe personal del predicador. Lo que dice y predica el

predicador, lo cree personalmente en su corazón. Cualquier otra cosa, por supuesto, es hipocresía.

Luego en la lista de Pablo viene el “servicio” (versículo 7). Pablo le pide al diácono (literalmente, un “siervo”) de la congregación dar total atención a su servicio. El diácono sigue esa dirección cuando recuerda que es responsable no sólo ante la congregación que lo eligió para desempeñar un oficio particular, sino también ante el Dios que le dio el don del servicio. Debe hacer su trabajo de manera consciente.

En el mismo versículo, Pablo menciona el don de la “enseñanza”. Cada nueva generación es una generación de incrédulos. Nacemos con un conocimiento natural de Dios, pero este conocimiento natural no incluye el conocimiento del evangelio. El pueblo de Dios necesita que se le instruya. Los niños, al igual que los adultos, necesitan a alguien que les enseñe en un lenguaje que ellos entiendan. Aquellos a quienes Dios les ha dado el don de la enseñanza están bien preparados para hacer ese trabajo.

Después Pablo menciona la “exhortación” (versículo 8). Ya que el mundo en que vivimos ha sido arruinado por el pecado, enfrentamos desalientos y decepciones diarias. Además, el demonio, el mundo incrédulo y nuestra carne pecaminosa llenan nuestras vidas de problemas y congojas. Necesitamos consuelo y aliento. A algunos cristianos, Dios les ha dado la habilidad especial de ofrecer un oído compasivo para aquellos que tienen problemas y para decir palabras de fortaleza y esperanza. El cristiano que posee este don tendrá incontables oportunidades de usarlo cuando busca vigorizar la fe de otros.

En el versículo 8 Pablo añade que “repartir con generosidad” también es un don de Dios. Cada miembro de la congregación tiene el deber y el privilegio de contribuir. Ciertos individuos hacen un mejor trabajo que otros. Ciertos individuos siempre parecen estar presentes cuando hay una necesidad y siempre parecen estar contribuyendo más de lo

justo. Aquellos individuos que tienen el don de dar no deben menospreciar a los otros. No deben hacer observaciones desdeñosas acerca de cómo un tercio de los miembros proporcionan dos tercios de las contribuciones. En cambio, continuarán “repartiendo con generosidad” (versículo 8), (y los otros dos tercios de los miembros pueden aprender a apreciar a aquellos buenos individuos que tienen el don de contribuir ¡y pueden aprender a seguir su buen ejemplo!)

A otros cristianos, Dios les ha dado el don de “presidir” (versículo 8). Muchos de nosotros hemos tenido la experiencia de sentarnos en una reunión de la congregación donde no se llega a ningún lado. Nada parece suceder. Entonces cierto individuo es elegido para el comité. Usa los talentos de liderazgo que Dios le ha dado y súbitamente las cosas comienzan a suceder. Este individuo, dice Pablo, no debe alardear de su posición de poder en la congregación. Más bien, debe usar su don con entusiasmo y diligencia.

Finalmente, Pablo habla acerca de los cristianos cuyo don es “hacer misericordia” (versículo 8). Aquí Pablo está hablando acerca de la persona que siente compasión por aquellos que están enfermos y sufriendo y que anhela ayudarlos. Este trabajo debe ser hecho, dice Pablo, “con alegría”. Aquellos que necesitan ayuda apreciarán actos de misericordia cuando ven que les ofrecen con una sonrisa feliz en vez de que lo hagan con un sentido del deber, con mala gana.

Los dones enumerados en 1 Corintios 12:8-11

Primera de Corintios capítulo 12 contiene otra lista de dones espirituales. Una vez más Pablo pone al principio esos dones que son de valor especial para el pastor o el maestro. Menciona la “palabra de sabiduría” y la “palabra de conocimiento” (versículo 8). Los cristianos que poseen estos dones son aquellos a quienes otros van cuando están buscando

respuestas.

El cristiano con la “palabra de conocimiento” tiene un conocimiento excepcional de las Escrituras y del plan de salvación de Dios. Una persona así tal vez tenga un conocimiento excepcional del griego y del hebreo (los idiomas en los cuales fue escrita la Biblia) y tal vez esté particularmente familiarizado con el marco histórico que rodeó los hechos bíblicos.

El cristiano con la “palabra de sabiduría” tiene la habilidad especial de saber cómo aplicar el conocimiento bíblico. Una persona así sabe qué hacer en una situación particular. ¡La congregación que tiene pastores (y laicos) que conocen las respuestas de la Biblia y que saben qué hacer en una situación determinada, es sin duda bendecida!

Otros cristianos de Corinto poseían dones milagrosos. Una persona tenía “fe” (versículo 9). Aquí Pablo no está pensando en la fe en Cristo que poseen todos los cristianos. Está hablando de una fe heroica en las promesas de Dios, tal vez una fe que era capaz de obrar milagros o una fe que era capaz de mover montañas. A aquellos que tienen esta fe, Jesús les dice: “Y nada os será imposible” (Mateo 17:21). Los cristianos que tienen esta clase de fe continuamente apuntan a las promesas de Dios y animan a sus hermanos y hermanas cristianas a confiar en esas promesas.

Otros tenían “dones de sanidades” (1 Corintios 12:9) o “el hacer milagros” (versículo 10). Eran personas que podían sanar a los enfermos sin usar medicinas, de la misma manera que los apóstoles hicieron en ciertas ocasiones.

Otra persona poseía el don de “profecía” (versículo 10), el don de proclamar la palabra de Dios, lo cual menciona Pablo en Romanos capítulo 12.

Lamentablemente, no todo hombre que se presenta a sí mismo como predicador viene a nosotros con la verdad. Satanás, el maestro de la mentira, usa falsos maestros para

confundir y engañar al pueblo de Dios. Por lo tanto, Dios le da a algunos cristianos la habilidad de “discernimiento de espíritus” (1 Corintios 12:10). Los individuos que poseen este don tienen una habilidad especial para distinguir entre la verdad y el error. Saben que algunos maestros y líderes religiosos vienen a nosotros “vestidos de ovejas” pero que en realidad son “lobos rapaces” (Mateo 7:15). Estos creyentes despojan a los falsos maestros de sus ingeniosos disfraces e instan a sus hermanos y hermanas cristianos a seguir sólo la voz del Buen Pastor.

Pablo concluye su lista nombrando dos dones milagrosos más. Un cristiano tenía la habilidad de hablar “diversos géneros de lenguas” (1 Corintios 12:10), hablar idiomas que nunca había estudiado. Los apóstoles poseyeron y usaron este don en el día de Pentecostés. Otro tenía el don de poder interpretar estas lenguas para que el pueblo de Dios pudiera saber qué se estaba diciendo.

Miembros del cuerpo

Los cristianos en Corinto no siempre fueron buenos mayordomos de sus dones espirituales. Muchos de los cristianos, especialmente aquellos que poseían los dones milagrosos, tenían corazones orgullosos. Les gustaba mostrar públicamente sus habilidades y de esta forma querían impresionar a los otros miembros de la congregación. Necesitaban instrucción con relación a la mayordomía correcta y Pablo dio esa instrucción en 1 Corintios capítulo 14. Allí Pablo explica que Dios quiere que todos los cristianos usen sus dones espirituales con el fin de edificarse (no de impresionarse) unos a otros. Aquellos que poseen el don de lenguas edificarán a otros cristianos solamente si hablan de forma ordenada y sólo si alguien está presente para interpretar las palabras para que los otros puedan entender.

A Satanás le gusta introducir problemas similares en la iglesia hoy en día. Aquellos que poseen muchos talentos pueden volverse orgullosos. Aquellos que poseen menos talentos pueden ponerse celosos. Satanás usa todas las situaciones. Por lo tanto, Pablo añadió una explicación general para mostrar a los mayordomos cristianos de todos los tiempos cómo deben usar los dones espirituales de Dios.

Tanto en Romanos capítulo 12 como en 1 Corintios capítulo 12, Pablo comparó la iglesia con el cuerpo humano. Escribió: “De la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo y todos miembros los unos de los otros” (Romanos 12:4,5).

El cuerpo tiene cientos de partes. Algunas de ellas como los ojos, los oídos y los pies son visibles. Otras partes como el corazón, el estómago y los pulmones están escondidos dentro del cuerpo. Algunos son hermosos; otros no lo son tanto. Cada uno de ellos es diferente, pero cada uno de ellos es importante, y cada uno desempeña una función vital.

El cuerpo necesita más que sólo ojos, más que sólo oídos, más que sólo pies. Sin ojos, no podría ver. Sin oídos, no podría oír. Sin pies no podría pararse.

El corazón, el estómago y los pulmones no están fuera del cuerpo donde puedan ser admirados. Pero el cuerpo morirá si éstos dejan de hacer su trabajo.

Esta ilustración nos enseña tres puntos prácticos:

1. Dentro de la iglesia cristiana no hay lugar para el orgullo. Los dones que poseemos, en cada caso, fueron dados a cada uno de nosotros por el mismo Espíritu Santo. No los inventamos ni los compramos. Sólo los usamos.

En 1 Corintios capítulo 13, Pablo habla extensamente del amor cristiano. En Juan 3:16, Jesús dijo: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito”. En 1

Corintios capítulo 13, Pablo usa esa misma palabra griega para amor y explica que el amor cristiano tiene como patrón el amor que Dios mostró al mundo en Cristo. El “amor”, dice Pablo, “es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia; el amor no es jactancioso, no se envanece, no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor” (1 Corintios 13:4,5). Ésta es la actitud que debe gobernar el uso que los cristianos hacen de los dones espirituales.

Un cristiano puede poseer un don milagroso, como hablar en una lengua desconocida. Pero si el amor cristiano no gobierna el uso de ese don, es “como metal que resuena o címbalo que retiñe” (versículo 1). Ese cristiano no está sirviendo como mayordomo, sino sólo haciendo un montón de ruido.

Otro cristiano puede tener “una fe que mueve montañas”, una fe que obra milagros. Pero si ese cristiano no ejercita su don con humilde amor cristiano, no es “nada” (versículo 2).

2. Dentro de la iglesia cristiana no hay lugar para los celos. Cada cristiano ha recibido un grupo diferente de dones espirituales. Pero ningún cristiano carece de un don espiritual (o dones). Es necedad que los ojos estén celosos de los oídos o que el corazón esté celoso del hígado. De igual manera sucede en el cuerpo de Cristo. Cada don es importante. Cada don es necesario para mantener con vida al cuerpo.

3. Dentro de la iglesia cristiana no hay lugar para la pereza. Ya que Dios le ha dado un don (o dones) a cada cristiano, y ya que cada don es importante para la salud del cuerpo, cada cristiano tiene trabajo por hacer. A aquellos que son perezosos, el profeta les dice: “¡Ay de los que reposan en Sión” (Amós 6:1). El cristiano que no es un buen mayordomo del don que Dios le ha dado, está haciendo daño al cuerpo de los creyentes.

Nuestros corazones orgullosos tienen problema aceptando estos tres puntos. A nuestros corazones les gusta sugerir que nosotros tal vez tengamos un monopolio en ciertos talentos o que nuestros talentos sean más grandes y más importantes que los de otros. A veces es difícil para nosotros admitir que no tenemos todas las respuestas y que otros dentro de nuestras iglesias y congregaciones también tienen dones que la iglesia necesita.

En el Antiguo Testamento hay un ejemplo de una ocasión en que algunos líderes de los israelitas no se ocupaban de sus propios asuntos. Aun Josué estaba incluido entre ellos. Se volvieron celosos de Eldad y de Medad cuando estos hombres también usaron el don del Espíritu de la profecía. En esa situación Moisés le pidió a Josué y a sus amigos que dejaran su orgullo y que permitieran a otros usar los dones que Dios les había dado a estos hombres (Números 11:26-29).

El apóstol Pedro pone las cosas de una forma positiva cuando escribe: “Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios” (1 Pedro 4:10). Con los años este autor ha visto muchos buenos ejemplos de cristianos que vivieron de acuerdo con las palabras de Pedro. Algunos cristianos usaron públicamente sus dones. Sirvieron en juntas y comités. Enseñaron en la escuela dominical y en la escuela bíblica de vacaciones. Una multitud de otros cristianos usaron sus dones en privado y con discreción. Su trabajo fiel pasó inadvertido para la mayoría de la congregación. En algunos casos, fue por accidente que el pastor se dio cuenta de sus servicios de sacrificio. Criaron a sus hijos, alimentando no sólo los cuerpos sino también el alma de sus hijos e hijas. Cuidaron a su esposa, a veces enferma, por muchos años. Cuidaron a sus padres que envejecían, a veces teniéndolos en sus propios hogares. Visitaron y ayudaron a personas que

estaban confinadas en casa, llevando comida, haciendo diligencias, llevando a gente al médico y diciendo palabras de ánimo. Fueron activos en proyectos de servicio comunitario. Siempre parecieron estar presentes cuando su pastor necesitaba apoyo y ánimo. Leyeron su Biblia y oraron.

Un estudiante del seminario una vez afirmó que nosotros, los cristianos, somos importantes “partes de una máquina, piezas en el engranaje”. Uno de los profesores lo corrigió y dijo: “No, no somos partes mecánicas de una máquina que no piensa, que no se preocupa, que es insensible. Somos partes vivas de un cuerpo vivo”. El profesor tenía razón. Hay una diferencia.

Florezcan donde están plantados

¿Qué debemos hacer si no estamos seguros de dónde encajamos? ¿Quién debe determinar qué dones espirituales poseemos y cómo debemos usarlos?

Algunos han sugerido que evaluemos nuestros propios talentos y luego nos pongamos en una posición donde podamos usarlos. Otros han sugerido que el cristiano que se sienta llamado a predicar debe pararse y predicar, y que el cristiano que se sienta llamado a liderar debe asumir una posición de liderazgo.

No es un pecado que los cristianos determinen y evalúen sus propios talentos. Pero si entonces toman posiciones que no les corresponden, esto acarreará problemas.

La Escritura y la experiencia nos enseñan que hay una forma mejor de hacer las cosas: dejar a otros que evalúen nuestros talentos y luego que Dios nos guíe, ya sea directa o indirectamente, a la posición donde podamos usar nuestros dones espirituales. Por ejemplo:

- ¿Un grupo de cristianos ha llegado a la conclusión que tiene los dones necesarios para ser su pastor o su maestro? Entonces use su don de profecía, su don de conocimiento y su don de sabiduría para servir en ese oficio. Sirva con una actitud de humildad y de amor. Fortalezca la fe del pueblo de Dios cuando los nutre con la palabra de Dios. Podemos decir cosas similares de los maestros de medio tiempo de la escuela dominical y de la escuela bíblica de vacaciones.
- ¿Un grupo de cristianos ha llegado a la conclusión que usted tiene los dones necesarios para ser un dirigente de la iglesia o un diácono? Entonces use su don de liderazgo y sirva con todo su corazón, con una actitud de humildad, con el fin de que otros también puedan crecer en su fe cristiana.
- ¿Los hermanos cristianos regularmente vienen a usted por consuelo o ayuda? Entonces use su don de exhortar o de tener misericordia para ayudar a otros. Esté dispuesto a dar su tiempo. Use su don en la congregación y en el hogar. No tenga miedo de hablar del pecado y luego no olvide hablar del perdón del Salvador. Dé vigor a otros asegurándoles que Dios nunca puede olvidarlos.
- ¿Dios le ha dado una habilidad especial y un deseo especial de contribuir? Entonces use su riqueza para dar una ofrenda generosa. Apoye a su pastor, a sus maestros y a sus misioneros (y tenga la seguridad, querido cristiano, que nosotros que estamos en el ministerio público y que recibimos esos dones en forma de salarios apreciamos profundamente su amor. Sus dones significan que podemos dedicarnos por completo a nuestra predicación y enseñanza y no necesitamos preocuparnos por ganar dinero para pagar la comida, el vestido y la vivienda).

Vivimos en medio de la “generación yo”, una generación de gente que se lamenta y se queja cuando no se sale con la suya, que está preocupada por enriquecerse sólo a sí misma, que raramente da las gracias a los otros. El dueño de un carro no hizo ningún intento de disfrazar su actitud egocéntrica: su placa del carro era “NO TENGO TIEMPO PARA USTED”. Cuando el pueblo de Dios toma tiempo para usar sus dones (¡y eso requerirá de tiempo!); cuando el pueblo de Dios da, sirve y anima (usando sus dones sin pompa ni fanfarronear); cuando el pueblo de Dios gobierna el uso de sus dones con amor no egoísta (la misma clase de amor que Jesús mostró hacia nosotros); entonces el pueblo de Dios brillará de manera prominente en medio de este mundo oscuro. Y tal vez otros que ven nuestra luz serán llevados a glorificar a nuestro Padre en el cielo.

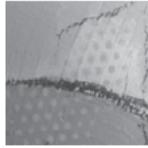
Alguien dijo: “Florezca donde esté plantado”. Éste es un buen consejo para los mayordomos cristianos cuando usamos nuestros dones espirituales.

El dador de todos los dones espirituales es el Señor de la iglesia. Él sabe exactamente lo que está pasando aquí en la tierra y él tiene un plan para su iglesia. No ha olvidado cómo ha distribuido sus dones espirituales ni necesita que le digan dónde se necesitan más estos dones. Eso se aplica si es pastor o si es laico, hombre o mujer, si trabaja en casa o en otro lugar.

Cuando nuestro Señor resucitado se encontró con sus discípulos en el mar de Galilea, Jesús habló en privado con Pedro y reveló cómo lo serviría en el futuro. Pero Pedro no estaba satisfecho con esa información. Señaló a Juan y preguntó: “Señor, ¿y qué de este?” Jesús respondió: “¿qué a ti? Sígueme tú” (Juan 21:21,22).

Aquí hay una instrucción práctica para cada uno de nosotros. Cuando tendemos a ocuparnos de nuestros propios asuntos, cuando fielmente usamos los dones espirituales que nos fueron confiados, cuando nos esforzamos diligentemente

en servir a otros en casa, en el mundo y en la iglesia, demostramos que somos fieles mayordomos. Aquí es donde encajamos. Así es como florecemos donde somos plantados.



5

Dios me ha confiado sus dones terrenales

Al final de la Segunda Guerra Mundial, el país donde este autor vive y trabaja experimentó el ascenso de un nuevo gobierno. Este gobierno vio la desigualdad entre los ricos y los pobres como un gran mal y quiso crear una sociedad ideal en la cual todas las personas fueran “camaradas”. El gobierno planeó crear esta igualdad tomando la propiedad privada que le sobraba a los ricos para dársela a los pobres.

La gente más vieja del país todavía recuerda lo que pasó. Casas, granjas y animales fueron confiscados.

La Biblia no dice que una forma de gobierno es mejor que otra. Pero sí habla mucho acerca de la propiedad. Dice: “El rico y el pobre tienen en común que a ambos los hizo Jehová”

(Proverbios 22:2). El Dios que nos creó nos ha bendecido con cantidades desiguales de propiedad. No es pecado ser rico. La pobreza no necesariamente es una virtud.

Dios habla de la propiedad en el Séptimo Mandamiento, donde dice: “No robarás”. Hay cuatro principios bíblicos detrás de estas palabras. En este capítulo consideraremos esos principios.

Dios es el verdadero dueño de toda propiedad terrenal

¿De dónde vino todo? Ya hablamos sobre esa pregunta en el capítulo 1 de este libro. El Señor, el Dios trino, creó todas las cosas a partir de la nada al principio del tiempo. Él no es sólo el Creador, sino también el verdadero dueño de toda propiedad terrenal. Éste es el primer principio.

En su gracia y misericordia, el Creador ha entregado algo de su propiedad a nuestro cuidado personal. Existe la propiedad privada. En el Séptimo Mandamiento Dios traza una línea entre la propiedad privada que es mía y la propiedad privada que pertenece a alguien más.

Mi propiedad privada no nació conmigo. Este hecho fundamental debe ser evidente para todo aquel que ha sido testigo del nacimiento de un bebé. El Espíritu Santo vio conveniente declarar en la Biblia lo que es obvio: “porque nada hemos traído a este mundo” (1 Timoteo 6:7).

Mire en este momento a lo que usted llama su propiedad privada. Con razón puede decir que posee un carro; pero el metal de ese carro fue tomado de la tierra, la cual creó Dios al principio del tiempo. Usted puede con razón decir que posee una casa; pero la madera de esa casa salió de árboles que creó Dios. Bien puede ser verdad que posea un suéter; pero la lana de ese suéter vino de las ovejas que Dios creó.

Un Dios lleno de gracia nos permite poseer propiedad privada durante los pocos años de nuestra vida terrenal. Pero de hecho, Dios hizo toda nuestra propiedad. Darnos cuenta de esta importante verdad es una experiencia humillante.

Pablo preguntó a los cristianos de Corinto: “¿Y qué tienes que no hayas recibido?” (1 Corintios 4:7). Santiago contestó cuando escribió: “Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto” (1:17). El autor del himno tenía razón cuando cantaba: “Todo lo que tenemos es sólo tuyo, un encargo, oh Señor, de ti” (CW 485:1).

Dios escogió bendecir a Jacob con grandes cantidades de propiedad personal. Cuando huyó, Jacob tenía sólo el cayado en su mano y la camisa puesta. Cuando volvió a Canaán 20 años después, tenía grandes hatos de ganado y muchos siervos para ayudarlo. Era un hombre rico. Durante esos 20 años, Jacob había aprendido que Dios es el dador de todo lo que él tenía. Confesó: “Dios de mi padre Abraham, . . . ¿no merezco todas las misericordias y toda la verdad con que has tratado a tu siervo!” (Génesis 32:9,10).

No trajimos nada cuando nacimos. De la misma forma, no llevaremos nada con nosotros cuando muramos. Este segundo hecho también debe ser evidente para cualquiera que haya asistido a un funeral. Un camión alquilado cargado con las pertenencias personales nunca es parte de nuestra procesión funeraria. Nuevamente, Pablo reafirma lo obvio en las Escrituras cuando escribe: “Porque nada hemos traído a este mundo y, sin duda, nada podremos sacar” (1 Timoteo 6:7).

En toda la historia, millones de personas han pretendido que no es así. Los paganos a veces incluían comida, herramientas y dinero con el cuerpo en el momento del entierro. Si el individuo muerto era un rey, a veces enterraban

sus animales e incluso sus esposas con él. Pensaban que podía usar su propiedad terrenal en el otro mundo.

Esa gente pagana estaba equivocada. Cuando los arqueólogos excavaron los lugares de las tumbas, encontraron toda la propiedad exactamente donde había sido enterrada. La comida no había sido consumida. Las herramientas estaban sin usar. El dinero no se gastó. Usted no puede llevarlo consigo. En el momento de la muerte, cada individuo entrega su propiedad privada al Dios que se la dio.

Millones de personas hoy en día cometen un error similar. Rechazan los primeros capítulos de la Biblia. Remueven a Dios de su lugar de honor. Actúan como si ellos y su propiedad fueran eternas. Entonces sus corazones se hinchan con orgullo cuando ellos codician, engañan y luchan para hacerse a ellos mismos señores de más y más.

A veces Dios quita la propiedad

A veces Dios quita la propiedad a la gente aun antes de que mueran. Job es un ejemplo. La Biblia describe su gran riqueza y dice que “era el hombre más importante de todos los orientales” (Job 1:3). Job era un creyente humilde. “Era un hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal” (versículo 1). Oraba regularmente por sus hijos.

En su inescrutable sabiduría Dios súbitamente le quitó todas sus propiedades. Un mensajero vino a Job y anunció que los sabeos habían atacado, se habían llevado los bueyes y las asnas y habían matado a los siervos que estaban trabajando con los animales. En ese momento otro siervo llegó y anunció que había venido fuego del cielo y que había consumido las ovejas y a los siervos que estaban cuidándolas. Luego un tercer siervo anunció que los caldeos habían atacado, habían robado los camellos de Job y habían matado a los siervos. Finalmente, otro siervo llegó y anunció que a los hijos de Job los había matado un violento viento que destruyó la casa en la

cual se habían reunido. Toda la riqueza de Job se había esfumado en un momento (versículos 13-19).

Hoy en día suceden cosas similares. El Dios que es dueño de toda la propiedad puede elegir quitarnos nuestra propiedad privada mientras estamos en la flor de la vida. Un terremoto, un tornado, un incendio o un maremoto puede destruir no sólo una casa sino una ciudad completa en segundos. Los cambios en la economía pueden transformar a un magnate en un indigente en cuestión de días.

Job entendió todas estas cosas. Respondió diciendo: “Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré allá. Jehová dio y Jehová quitó: ¡Bendito sea el nombre de Jehová” (versículo 21). Job entendió los principios que estaban detrás del Séptimo Mandamiento. Siguió confiando en Dios. Su fe y su perseverancia son un modelo para todos los cristianos.

Incluso nuestros cuerpos algún día volverán al polvo. Nuestro tiempo, nuestra inteligencia y nuestras habilidades mentales perecerán con ellos. A veces, el cuerpo se vuelve débil mucho antes del día de la muerte. Dios puede decidir quitar la salud y la fortaleza física al igual que los dones de la vista y el oído mucho antes de que las personas se jubilen. Nuevamente, Job es un ejemplo. Después de que Dios había quitado la propiedad de Job, sufrió dolor físico. Estaba cubierto con dolorosas llagas de pies a cabeza (2:7).

Una vez más, Job siguió confiando en Dios. Cuando su esposa sugirió que maldijera a Dios y muriera, Job respondió: “¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?” (versículo 10). La Biblia añade que en todo esto, Job no pecó. ¡Que Dios nos dé a cada uno de nosotros la humilde actitud que mostró Job cuando lo perdió todo!

Todos estos hechos nos enseñan una lección importante. Las posesiones terrenales son para uso terrenal. Un libro acerca de la mayordomía tiene valor sólo aquí en la tierra. Ahora es el tiempo para que seamos buenos mayordomos de

los dones que un Dios de gracia nos ha entregado.

Dios nos dice cómo podemos adquirir nuestra propiedad

Cuando Dios dice: “No robarás”, nos está diciendo cómo podemos adquirir correctamente las posesiones. Ciertas maneras de obtener posesiones son agradables a Dios. Otras maneras están prohibidas. Éste es el segundo principio bíblico.

Regalos

Podemos adquirir nuestra propiedad como un regalo. Mientras vivió aquí en la tierra, Jesús mismo recibió regalos. Los sabios trajeron oro, incienso y mirra al niño Jesús en Belén (Mateo 2:11). Durante los días de su ministerio público, algunas mujeres acaudaladas le dieron regalos a Jesús y a sus discípulos (Lucas 8:3). Varios días antes de su muerte, María de Betania ungió el cuerpo de Jesús con costosos perfumes (Juan 12:3). Éste era su regalo de amor.

Por otra parte, Jesús dio regalos a otros. Les dio comida a los cinco mil en el monte (Juan 6:1-13) y les dio una gran cantidad de vino a los novios en las bodas de Caná (2:1-11).

Cuando damos o recibimos regalos, estamos siguiendo el ejemplo de Jesús y somos buenos mayordomos de la propiedad que Dios nos ha confiado. Este ejemplo aplica en forma especial a los padres. Cuando nosotros, los padres, damos regalos a nuestros hijos y les dejamos una herencia, estamos sirviendo a Dios. El apóstol Pablo escribe: “Pues no deben atesorar los hijos para los padres, sino los padres para los hijos” (2 Corintios 12:14).

Trabajo

Durante nuestros primeros años en la tierra, vivimos en el hogar de nuestros padres. En ese tiempo recibimos la mayoría de nuestras posesiones como un regalo. Pero Dios tiene planes

diferentes para nosotros como adultos. Quiere que obtengamos posesiones con nuestro propio trabajo. Dios nos ha preparado para el trabajo al darnos a cada uno un cuerpo y una mente, fortaleza física y talentos.

La Biblia dice mucho acerca del trabajo. Aun antes de la caída en el pecado, era la voluntad de Dios que Adán trabajara en el huerto del Edén. El trabajo iba a continuar después de la caída. Aunque la vida del hombre estaría ahora llena de dificultades, Dios quería que Adán trabajara la tierra de la cual fue tomado.

En toda la Biblia, Dios deja en claro que quiere que la gente trabaje para ganarse la vida. Las leyes que Dios proporcionó a Moisés incluían normas acerca de los salarios para los trabajadores (Deuteronomio 24:14,15). Juan el Bautista dijo a algunos soldados que mostraran su arrepentimiento estando contentos con su paga (Lucas 3:14). Pablo dijo a los cristianos de Éfeso que un hombre “trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno” (Efesios 4:28).

Una de las declaraciones más fuertes acerca del trabajo está registrada en 2 Tesalonicenses 3:10. Allí Pablo escribe: “Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma”. Los cristianos en Tesalónica sabían que Jesús volvería pronto. Algunos equivocadamente sacaron en conclusión que entonces deberían dejar sus trabajos y no hacer nada mientras esperaban que Cristo apareciera en gloria. Se volvieron ociosos y se atuvieron a que otros los mantuvieran. La severa reprensión de Pablo revela el juicio de Dios sobre esa actitud. El principio de trabajo que Dios estableció en el huerto del Edén continúa hasta el fin del tiempo.

Los cristianos trabajan; trabajan duro. Reconocen a sus empleadores como representantes de Dios a través de los cuales Dios les da salarios y todo lo que sus salarios pueden comprar. Por esta razón, Pablo dice a los esclavos y trabajadores: “Servid de buena voluntad, como al Señor y no

a los hombres” (Efesios 6:7). Dios quiere que trabajemos para nuestros empleadores como si el Señor Jesús mismo estuviera sentado en la oficina del jefe.

Cuando trabajamos por un salario (aun si ese salario es modesto), cuando usamos fielmente el tiempo y la energía que Dios nos ha dado, entonces estamos sirviendo a Dios como buenos mayordomos. Dios promete bendecir nuestro trabajo. Dice: “Cuando comas el trabajo de tus manos, bienaventurado serás y te irá bien” (Salmo 128:2). Si Dios escoge recompensar nuestro trabajo con gran riqueza, ésta es la elección de gracia de Dios. Aquellos que se vuelven ricos entonces tendrán grandes oportunidades de servir a Dios cuando administran sus posesiones.

Compra

Finalmente, Dios permite que adquiramos propiedad a través de la compra. Cuando hemos trabajado por nuestros cheques de pago, podemos comprar las cosas que necesitamos.

Abraham compró el campo de Macpela de los hijos de Het (Génesis 23:16). Jesús envió a los discípulos a la ciudad a comprar comida (Juan 4:8). José de Arimatea compró una sábana en la cual envolver el cuerpo de nuestro Señor (Marcos 15:46). Todos estos ejemplos tuvieron la aprobación de Dios.

Nosotros, los cristianos, glorificamos a Dios cuando entramos a una tienda y compramos lo que necesitamos para nuestra vida terrenal.

Formas prohibidas por Dios

Por otra parte, Dios nos prohíbe que adquiramos propiedades por otros medios. El ladrón que se apodera de una propiedad por la fuerza, el ladrón que toma una posesión cuando nadie está mirando, el estafador que miente para enriquecerse cada uno de estos individuos está violando la

voluntad de Dios. Aun la persona que no está contenta y codicia más de lo que Dios le ha dado peca contra el Creador. Dios ve y juzga nuestros corazones.

Nuestra propiedad terrenal es más que un asunto terrenal. Involucra una relación divina. Este autor recuerda una vez que un ladrón entró al edificio de la iglesia en la tarde del Día de Acción de Gracias, abrió un armario y robó la ofrenda de la mañana. Este ladrón no era tímido. Se atrevió a robar el dinero que el pueblo de Dios había dado a su Dios más temprano ese día. Ya que esos dólares pertenecían a Dios, este autor en ese momento oró porque este ladrón se arrepintiera antes que el Señor pusiera sus manos sobre él.

De hecho, cualquier otro ladrón o asaltante comete un acto que es similarmente blasfemo. Dios era el dueño de la ofrenda del Día de Acción de Gracias. De hecho, Dios es el dueño de cualquier otra propiedad también. Dios creó la propiedad privada de nuestro vecino. Aquellos que se atreven a robarle a un vecino también están tomando la propiedad de Dios, el cual deliberadamente le dio esta posesión a nuestro vecino. Los ladrones y los asaltantes se atreven a interferir con el plan de Dios y se atreven a retar la sabiduría del Dios que distribuye la riqueza terrenal. En el día del juicio el Creador pedirá una respuesta no sólo del hombre que robó la ofrenda sino de todo ladrón, asaltante, pícaro y engañoso.

No es importante que sepamos por qué Dios le ha dado más propiedad a unos que a otros. Lo que es importante es que aprendamos a estar contentos con la propiedad que Dios nos ha dado. Nuestro trabajo es administrar bien los dones que fueron entregados a nuestro cuidado.

Dios nos dice cómo usar nuestra propiedad

Ya que Dios es el dueño de toda propiedad y ya que él nos dice cómo podemos adquirir la propiedad, se deduce que Dios tiene el derecho de decirnos cómo debemos usarla. Éste es el

tercer principio que fundamenta el Séptimo Mandamiento.

En el presente, los que vivimos en los Estados Unidos disfrutamos una abundancia de las bendiciones terrenales de Dios. Hoy en día uno de nuestros problemas más grandes es encontrar un lugar para verter la basura que desechamos. Por lo tanto, al comienzo de la consideración de este tercer principio, necesitamos el recordatorio de Dios de no desperdiciar lo que él ha creado. Éste fue el pecado del hijo pródigo, el cual “desperdió sus bienes viviendo perdidamente” (Lucas 15:13). Las acciones de nuestro Señor están en marcado contraste. Después de que había alimentado a los cinco mil, Jesús pidió a sus discípulos reunir las sobras (Mateo 14:20). Los hijos de Dios seguirán el ejemplo y la actitud de su Salvador. Los cristianos querrán reciclar su basura en vez de permitir que ésta eche a perder la creación de Dios.

Para ponerlo en forma positiva, el propósito de la creación de Dios es glorificarlo. El salmista específicamente invoca a las plantas y a los animales, a los ricos y a los pobres, a los hombres y a las mujeres; entonces escribe: “Alaben el nombre de Jehová” (Salmo 148:13). Aquellos que no usan sus dones y propiedades para alabar a Dios no están siendo buenos mayordomos.

Esto no significa que debemos traer todo nuestro dinero a la iglesia como ofrenda. Hay muchas formas de glorificar a Dios con la propiedad que él nos ha dado. Usualmente clasificamos estas formas en cuatro categorías.

Mantenerme a mí mismo y a mi familia

Dios quiere que usemos nuestra propiedad para mantenernos a nosotros mismos y a nuestras familias. La mayoría de las personas sabe esto por naturaleza. Si un hombre falla en proveer para los miembros de su familia, muestra por sus acciones que es pagano. Pablo declara que el

hombre que rehúsa proveer para su esposa y sus hijos “ha negado la fe y es peor que un incrédulo” (1 Timoteo 5:8).

Esto significa que servimos a Dios cuando proveemos comida, vestido y vivienda a nuestras familias. Comprar las provisiones, hacer los pagos de la casa o del carro, pagar la factura del dentista y la factura de matrícula de la universidad son sólo unas pocas de las formas en las cuales los cristianos glorificamos a Dios. Aun glorificamos a Dios cuando llenamos el tanque con gasolina y llevamos a la familia de vacaciones para un necesario descanso.

En muchos casos, pagar por estos gastos familiares requiere la mayor parte de nuestro ingreso.

Pagar impuestos

Con otra gran parte de nuestro ingreso, pagamos impuestos. La mayoría de los gobiernos hoy en día no se cohíbe cuando determina la cantidad que debe pagar cada ciudadano. La misma cosa se aplicaba en los tiempos de Jesús y los apóstoles. Mucha gente se sentía agraviada por la cantidad de dinero de impuestos que el gobierno requería de ellos.

La Biblia nos habla acerca de una ocasión en que algunos fariseos vinieron a nuestro Señor con una pregunta que tenía doble intención. Preguntaron: “Maestro, . . . ¿Está permitido dar tributo al César, o no?” (Mateo 22:16,17). Los hipócritas que hicieron esta pregunta estaban esperando que Jesús no diera nada más que una respuesta de sí o no. Si él decía: “Sí, paguen sus impuestos”, ellos estaban seguros de que perdería aceptación entre la gente. Si decía: “No, no paguen sus impuestos”, ellos podrían acusarlo de traición.

Cuando Jesús pidió ver una moneda que ellos usaban para pagar sus impuestos, un hombre en la multitud presentó un denario. Todos pudieron ver que esa moneda tenía la imagen y la inscripción del César, el emperador romano. Entonces Jesús respondió a su pregunta estableciendo este principio:

“Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios” (versículo 21). La gente del tiempo de Jesús usaba el dinero romano. Esto es evidencia de que el César romano era su gobierno legítimo. Cuando César pedía las monedas en las cuales había grabado su imagen y su nombre, estaba pidiendo sólo lo que era suyo por derecho.

Treinta años más tarde, Pablo escribió una carta a los cristianos que vivían en Roma, la ciudad donde vivía César. En esa carta reafirmó el principio: “Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra, honra” (Romanos 13:7). Nosotros, los cristianos, glorificamos a Dios cuando llenamos nuestros formularios de impuestos e incluimos nuestro pago. Si “César” es culpable de utilizar mal el dinero que le enviamos, entonces Dios lo llamará a cuentas en el día del juicio.

Ayudar a los necesitados

Una tercera manera de glorificar a Dios con nuestra propiedad es dársela a los pobres y a los necesitados. Jesús explicó claramente la voluntad de Dios cuando dijo a sus discípulos: “Vended lo que poseéis y dad limosna” (Lucas 12:33). El pueblo de Dios tiene la obligación de ayudar a aquellos que están mal o en dificultades, aun si debemos vender nuestras posesiones para hacerlo.

El apóstol Juan hace ver lo mismo cuando escribe: “Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?” (1 Juan 3:17). No mostrar compasión hacia los pobres es una señal de incredulidad.

Aquí debemos ser cuidadosos. En el versículo citado anteriormente, ni Jesús ni Juan estaban dirigiéndose al gobierno. No estaban mandando a los gobiernos a que instituyeran programas de asistencia social. Jesús y Juan

estaban hablando a los cristianos individuales y estaban recordándoles sus responsabilidades. Si vemos a alguien que tiene necesidades, y si tenemos la capacidad de ayudar, Dios espera que hagamos algo.

Esto se aplica especialmente cuando a nuestro prójimo le faltan las necesidades terrenales básicas: comida, vestido y vivienda. En la parábola del buen samaritano, Jesús describe a un hombre que había caído víctima de los ladrones y como resultado tenía algunas necesidades físicas obvias. Jesús concluyó esa parábola diciendo: “Ve y haz tú lo mismo” (Lucas 10:37), es decir, dar ayuda a todo el que esté en necesidad. Lutero tenía razón cuando explicó el Quinto Mandamiento declarando que a nuestro prójimo “le ayudemos y hagamos prosperar en todas las necesidades de su vida”.

También debemos diferenciar entre las palabras *necesitado* y *codicioso*. Al escribir este libro, el autor está trabajando en un país donde muchos pensionados reciben una cantidad que cubre el recibo por calefacción de un departamento pequeño y una barra de pan por día. Eso es todo. Muchas de estas personas son legítimamente “pobres”. Por otra parte, nadie puede afirmar que está “necesitado” porque posee sólo un carro mientras que el vecino tiene dos.

También hay una diferencia entre las palabras *necesitado* y *deshonesto*. Este autor una vez vio a unos niños con muletas mendigando en la calle, pero cuando los padres de estos mendigos profesionales les dijeron que descansaran, estos niños “lisiados” tiraron sus muletas y corrieron a jugar con los otros niños. En ninguna parte Dios nos ordena asistir a aquellos que abiertamente son deshonestos.

“A los pobres siempre los tendréis con vosotros” (Juan 12:8). Cuando uso lo que tengo para ayudar a aquellos que son verdaderamente pobres y necesitados, estoy glorificando a Dios. Cuando ayudamos a estos individuos, estamos ayudando al mismo Jesús.

Apoyar la predicación de la palabra de Dios

Finalmente, somos buenos mayordomos de nuestra propiedad cuando llevamos ofrendas al Señor.

En el Antiguo Testamento, Dios regulaba estrictamente las ofrendas que deseaba de su pueblo. Había veces cuando Dios pedía ofrendas voluntarias y espontáneas. Otras veces, Dios decía al pueblo exactamente qué don traer y cuándo traerlo. El libro de Levítico está lleno de instrucciones detalladas de las clases de sacrificios que Dios requería de su pueblo.

Dios insituyó tres festivales anuales cuando los hombres debían adorar en el templo en Jerusalén. Luego Dios añadió: “Y ninguno se presentará delante de Jehová con las manos vacías; cada uno presentará su ofrenda conforme a la bendición que Jehová, tu Dios, te haya dado” (Deuteronomio 16:16,17). Dios quería ofrendas de su pueblo. Ésa era una parte esencial de su adoración.

En el Antiguo Testamento, Dios ordenó al pueblo llevarle un diezmo, es decir, el diez por ciento de su ingreso. Dijo: “Porque a los levitas les he dado como heredad los diezmos de los hijos de Israel, que presentarán como ofrenda a Jehová” (Números 18:24). Cuando los israelitas entraron a la tierra prometida de Canaán, cada una de las tribus recibió una parte. Ellos se ganarían la vida cosechando cultivos y criando animales en esa tierra. Era diferente con los levitas. Dios quería que los hombres de esa tribu le sirvieran como sacerdotes y ayudantes en el tabernáculo. El diezmo de las otras tribus era un pago a los levitas por el trabajo que desempeñaban.

Nosotros, los cristianos del Nuevo Testamento, no estamos bajo la ley ceremonial de Dios del Antiguo Testamento. Dios no nos ha mandado dar un diezmo a aquellos que enseñan su palabra. Pero el principio del Antiguo Testamento de dar ofrendas para el trabajo del Señor sigue siendo válido. En el Nuevo Testamento, Dios nos muestra cómo aplicar ese

principio.

El apóstol Pablo a menudo no permaneció más de varias semanas o meses en una ciudad particular. Antes de irse de algún área, la gente elegía pastores y ancianos que continuarían el trabajo de Pablo predicando y enseñando la palabra de Dios. Era la voluntad de Dios que estos hombres recibieran apoyo de aquellos a quienes servían.

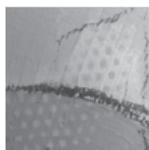
Pablo escribe: “El que es enseñado en la palabra haga partícipe de toda cosa buena al que lo instruye” (Gálatas 6:6). Pablo no habla de los pastores y los ancianos como hombres que demandan un cheque de pago al final de la semana. Ni tampoco los pinta como mendigos que merecen nuestra lástima. En vez de eso, el principio es que aquellos que pasan el tiempo estudiando, enseñando y predicando la palabra de Dios deben recibir compensación por su trabajo. Cuando Jesús envió a sus discípulos a un corto viaje misionero, presentó este principio. Dijo: “El obrero es digno de su salario” (Lucas 10:7).

Dios no nos ha puesto bajo una ley. Pero lo toma muy en serio. Después de recordar a los cristianos gálatas a compartir sus bienes con sus maestros, Pablo añadió: “No os engaños; Dios no puede ser burlado” (6:7). Es posible burlar a otro ser humano. Eso sucede todos los días. Pero nadie se saldrá con la suya al burlarse de Dios. Aquellos que creen que la palabra de Dios no es importante y que los maestros de la palabra de Dios están haciendo un trabajo que no es importante algún día responderán ante Dios.

La mayoría de las congregaciones, en su libertad cristiana, ha elegido recibir una ofrenda durante el servicio de adoración. Ésta es una buena costumbre. Esto le da al pueblo de Dios una oportunidad para mostrar su amor y su aprecio por la palabra de Dios. De estas ofrendas la congregación paga un salario a sus pastores y maestros. Estas ofrendas sostienen el trabajo de misioneros que llevan la palabra de

Dios a la gente de otras partes del mundo. Construyen hermosas iglesias para la gloria de Dios. Pagan las muchas otras facturas que hacen posible la predicación de la palabra de Dios. Glorificamos a Dios cuando participamos en esa ofrenda.

El apóstol Pablo escribe: “Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre siendo rico, para que vosotros con su pobreza fuérais enriquecidos” (2 Corintios 8:9). El Hijo de Dios dejó su trono en el cielo con el fin de sufrir la muerte por nuestro bien. Al volverse pobre, Jesús nos ha hecho ricos. Tenemos el perdón de los pecados y algún día heredaremos la vida eterna. Los cristianos no necesitan ninguna otra motivación para servir a Dios con sus posesiones.



6

Dios me ha dado ejemplos para que aprenda de ellos

La Biblia está llena de ejemplos de la práctica de la mayordomía de la gente, de los regalos y ofrendas que llevaron a Dios. Muchos de estos ejemplos son buenos para seguir; algunos no lo son. Ya que las Escrituras se escribieron para nuestro aprendizaje, podemos aprender algo de cada uno de estos ejemplos.

Ejemplos que debemos evitar

Caín

La gente ha ofrecido sacrificios a Dios desde el mismo principio del mundo. En Génesis capítulo 4, Moisés nos dice que dos hijos de Adán y Eva llevaron sacrificios al Señor. Estos dos hermanos eran Caín y Abel.

Los dos hermanos eran diferentes. Abel era un pastor y llevó como sacrificio un animal. Caín era agricultor y ofreció productos de la tierra.

Había otra diferencia importante entre los dos hermanos. La Biblia dice que Abel llevó “de los primogénitos” de sus ovejas (versículo 4). Caín simplemente llevó “del fruto de la tierra” una ofrenda al Señor (versículo 3). Los dos hermanos tenían actitudes distintas: Abel quería dar lo mejor a Dios; Caín estaba satisfecho con menos.

El escritor a los Hebreos también comenta sobre esa diferencia: “Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín” (11:4). Abel creyó en las promesas de Dios; Caín no.

Mucha gente piensa que cuando Dios mira a este mundo malvado, se agrada con cualquier señal de fe religiosa, que aprueba a todos los que dicen que predicán su palabra, y que acepta los corazones de todos los que llevan sacrificios. La verdad es justamente lo opuesto. Jesús dijo que el pueblo de Dios debe adorarlo “en espíritu y en verdad” (Juan 4:24). Dios acepta sólo esa adoración que viene del corazón y que está de acuerdo con su palabra de verdad. Por lo tanto, Dios aceptó el sacrificio de Abel pero rechazó el de Caín.

Si Caín hubiera ofrecido un millón de sacrificios, aún éstos no habrían hecho aceptable ante Dios su corazón incrédulo. Dios mira el corazón. Sólo aquellos que creen las promesas de Dios en Cristo son capaces de traer sacrificios que Dios aceptará. “Pero sin fe es imposible agradar a Dios” (Hebreos 11:6). El sacrificio de Caín fue la primera vez que Dios rechazó una ofrenda; pero no fue la única.

Saúl

Al principio de su reino sobre Israel, el rey Saúl fue un ejemplo de fe y humildad. Lamentablemente, Saúl cambió.

Una vez Dios le dijo a Saúl que destruyera a los amalecitas. Esta nación incrédula se había opuesto a Israel cuando los israelitas viajaban de Egipto a la tierra de Canaán. Ahora había llegado el momento para el juicio de Dios. A través del profeta Samuel, Dios le dijo al rey Saúl: “Ve, pues, hiere a Amalec, destruye todo lo que tiene y no te apiades de él; mata hombres, mujeres y niños, aun los de pecho, y vacas, ovejas, camellos y asnos” (1 Samuel 15:3). Las instrucciones de Dios estaban claras. El tiempo para el juicio de los amalecitas había llegado. Debía ser sin misericordia.

Pero Saúl desobedeció a Dios. No mató algunos de los animales. Más tarde Saúl trató de justificar sus acciones. Pensó que a Samuel le agradaría escuchar que había salvado algunos de los mejores animales “para ofrecer sacrificios a Jehová” (versículo 21). Después de todo, ¿no quiere Dios nuestras ofrendas y sacrificios?

Pero Dios no estaba nada complacido. El corazón y los regalos de Saúl eran inaceptables. Dios censuró severamente la actitud de Saúl, llamándola rebelión, arrogancia e idolatría. Dios no aceptó que Saúl siguiera siendo rey en Israel.

El significado para nuestras vidas hoy en día queda claro. Nuestra vida cristiana de mayordomía debe estar de acuerdo con la voluntad de Dios, no con las reglas de los hombres.

En el tiempo de los profetas

En el tiempo de Isaías, los israelitas se habían ido al otro extremo. Adoraban estrictamente de acuerdo con las leyes del Antiguo Testamento; llevaban los animales correctos; adoraban en los días correctos; decían las palabras correctas. Pero Dios rechazó su adoración. ¿Por qué? Porque su adoración se había vuelto mecánica. Dios se quejó a través de

su profeta: “Porque este pueblo se acerca a mí con su boca y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí” (Isaías 29:13).

Durante el tiempo de Isaías, el templo era una colmena de actividad religiosa. Abundaban las ofrendas y los sacrificios. Toda apariencia externa sugería que era una congregación modelo y un modelo de mayordomía. Pero Dios vio los corazones impenitentes y dijo: “¿Para qué me sirve, dice Jehová, la multitud de vuestros sacrificios?. ‘Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de grasa de animales gordos; no quiero sangre de bueyes ni de ovejas ni de machos cabríos” (1:11).

Varias generaciones después, en el tiempo del profeta Jeremías, la gente todavía no había aprendido su lección. Dios dijo a través de Jeremías: “Vuestros holocaustos no son aceptables ni vuestros sacrificios me agradan” (6:20). Los sacrificios de la gente no eran más que una capa ligera para los corazones impenitentes.

El profeta Malaquías se enfrentó a un problema diferente. Vivió en el tiempo en que el pueblo de Dios no estaba llevando lo mejor. Nuevamente Dios expresó su desagrado y dijo: “Trajisteis lo robado, o cojo, o enfermo, y me lo presentasteis como ofrenda. ¿Aceptaré yo eso de vuestras manos?” (1:13). Dios declaró por medio de Malaquías que una persona así es un “engañador” y cae bajo la maldición de Dios (versículo 14).

En el Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento contiene ejemplos lamentables similares. Ananías y Safira trajeron una ofrenda considerable a Dios y la pusieron a los pies del apóstol Pedro. Pero un Dios enojado los mató allí mismo. ¿Por qué? Porque eran mentirosos e hipócritas. Mintieron no sólo a Pedro sino al Espíritu Santo. Alegaron que su ofrenda era el precio

completo de la tierra que habían vendido cuando, de hecho, conservaron parte del precio para sí mismos (Hechos 5:1-11).

¡Qué advertencia! Grandes multitudes en la iglesia, grandes cantidades de dinero en el plato de la ofrenda, y enormes cantidades de basura en los botes de la basura no siempre son prueba de que una congregación está sirviendo a Dios. Terminar el año fiscal sin deudas, sobrepasar proyecciones de ofrendas necesarias, o completar de manera exitosa un proyecto basado en ofrendas no necesariamente significa que Dios está satisfecho con nuestra mayordomía.

No es asunto nuestro juzgar los corazones de otros. Pero Dios nos pide que nos probemos a nosotros mismos, que examinemos nuestros propios pensamientos y motivos a la luz de su santa palabra.

Cada uno de nosotros todavía tiene un viejo Adán, que sigue estirando nuestros corazones en la dirección equivocada. Los pastores cristianos saben esto. Por lo tanto, aun cuando una congregación tenga éxitos visibles, su pastor una vez más predicará la ley y el evangelio el siguiente domingo. Predicará la ley para que el pueblo de Dios reconozca su orgullo y egoísmo. Entonces predicará el evangelio para consolar los corazones del pueblo de Dios. Usando el evangelio como motivación, animará al pueblo a crecer aun más en su vida de mayordomía cristiana.

Ejemplos que debemos seguir

Junto con los ejemplos de mayordomía hipócrita, y en contraste con ellos, la Biblia contiene ejemplos espléndidos de verdadera mayordomía en la vida del pueblo de Dios. Estos ejemplos son dignos de imitación.

Comencemos con el ejemplo de Abel. Para mostrar su fe, su amor y su dedicación, ofreció a Dios lo mejor de su ganado. Lo hizo voluntariamente y, por lo que sabemos, sin que Dios le diera una orden especial (Génesis 4:2-4).

Luego tenemos a Noé. Aquellos que van al servicio militar toman un curso de supervivencia. El recluta aprende que si se pierde, lo primero que debe buscar es un refugio. Noé fue diferente; fue un hombre que puso otras cosas primero. Noé hizo otras cosas antes de construir un sitio o un refugio para sí mismo en el ambiente inestable que siguió al diluvio. Después de salir del arca, “edificó Noé un altar a Jehová, y tomando de todo animal limpio y de toda ave limpia, ofreció holocausto en el altar” (8:20). Noé temía, amaba y confiaba en Dios antes del diluvio. Al ofrecer sacrificios inmediatamente después del diluvio, siguió mostrando su fe, amor y agradecimiento.

En el monte Sinaí, Dios dijo a Moisés que construyera un tabernáculo, una carpa que serviría de centro de adoración de los israelitas durante los 40 años en el desierto. Moisés pidió a la gente que trajera contribuciones voluntarias para la construcción de ese tabernáculo. Los israelitas, a quienes Moisés habló, estaban muy lejos de la perfección; sólo cuatro capítulos antes habían traído voluntariamente su oro a Aarón para que hiciera un becerro de oro. Pero ahora mostraban una actitud diferente. El pueblo de Dios respondió a la solicitud de Moisés con una efusión de ofrendas. Después de un corto tiempo, Moisés tuvo que frenarlos para que no trajeran más (Éxodo 36:6,7).

David y Salomón también son buenos ejemplos. Como el resto de los israelitas, estos dos hombres también eran seres humanos pecadores. Pero el penitente rey David sabía que después de que había ofrecido primero a Dios un “corazón contrito y humillado”, “entonces te agradarán los sacrificios de justicia, el holocausto u ofrenda del todo quemada” (Salmo 51:17,19). Y David estaba determinado a que sus ofrendas le debían costar algo. En una ocasión, un hombre generoso llamado Arauna ofreció proveer sacrificios para el uso de David. Pero la cortés respuesta de David fue: “No; la

compraré por su precio; porque no ofreceré a Jehová, mi Dios, holocaustos que no me cuesten nada” (2 Samuel 24:24).

Salomón, el hijo de David, también amaba al Señor Dios. Salomón mostró su fe viviendo de acuerdo con la voluntad de Dios. Cuando se convirtió en rey, fue a Gabaón y allí ofreció mil holocaustos en el altar (1 Reyes 3:4). Salomón estaba convencido de que nada podía ser demasiado bueno o grande para ofrendar a Dios. El Señor se complacía con ese sacrificio generoso. El Señor se le apareció en Gabaón a Salomón en un sueño y lo invitó a pedir lo que quisiera.

El Nuevo Testamento también contiene buenos ejemplos de fe y amor. Estaba María de Betania, quien ungió al Señor con un perfume costoso, perfume que se estimaba que equivalía a un año de salario. Con sus acciones María mostró que ningún regalo es demasiado bueno o demasiado costoso para ofrecerle a Jesús. Cuando algunos de los discípulos objetaron, Jesús los silenció declarando que donde quiera que es proclamado el evangelio, se contará el acto de amor de María también (Marcos 14:9).

Otro creyente que libre y generosamente ofrendó al Señor fue Bernabé. Este buen hombre, que más tarde viajó con Pablo en su primer viaje misionero, vendió una extensión de tierra y trajo la suma completa de dinero a los apóstoles para distribuirla entre los pobres (Hechos 4:36,37).

Añada a esta lista el nombre de Zaqueo, quien dio la mitad de sus riquezas a los pobres (Lucas 19:8), y el nombre de Gayo, quien con agrado abrió las puertas de su hogar a los misioneros visitantes y satisfizo sus necesidades (3 Juan 5).

Las monedas de la viuda

Ordinariamente, los escritores inspirados de Dios no evalúan los sucesos que han descrito. No añaden comentarios para decirnos cuáles ejemplos son buenos y cuáles son malos.

La historia de la viuda y sus dos monedas es una excepción. Al final de este relato, Marcos nos dice que la viuda recibió una gran alabanza de Jesús mismo (12: 43,44), así que este incidente merece nuestro estudio cuidadoso.

El contexto es importante. En la primera parte de este capítulo (versículos 1-8), Marcos anota los pensamientos y palabras de los líderes religiosos de ese tiempo. Estos hombres están representados por los criminales en la parábola de los inquilinos, los hombres que mataron no sólo a los siervos del dueño sino también a su hijo. Eran hipócritas que trataron de atrapar a Jesús en lo que decía (versículo 13). Eran hombres que amaban ostentar su falsa piedad ante otros (versículos 38,39). Eran bribones codiciosos que se atrevieron a robar la propiedad de las viudas (versículo 40). Eran viles incrédulos que algún día caerían bajo el juicio de Dios (versículo 40).

Pero en medio de esta hipocresía religiosa, había todavía unos pocos corazones fieles en Israel, unos pocos que deseaban servir a Dios con su propiedad. La fe y las acciones de la viuda vienen a nosotros como un respiro de aire fresco.

Jesús estaba delante del arca de la ofrenda, una habitación en el templo donde había 13 receptáculos para echar donaciones. Aquí los fieles traían ofrendas que serían usadas para varios propósitos.

Algunas de las personas eran ricas. Algunos de los regalos eran grandes. Jesús miró a cada uno de ellos. Pero comentó sólo sobre uno, la ofrenda de la viuda. Ella había depositado sólo dos monedas de cobre, las monedas de menor denominación que estaban en circulación. Pero, de acuerdo con Jesús, ella “echó más que todos los que han echado en el arca” (Marcos 12:43).

¿Cómo podía ser? Porque ella “de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento” (Marcos 12:44).

Esta mujer tenía dos monedas. Si hubiera dado una de las dos, eso habría sido el 50 por ciento, una ofrenda muy generosa. ¿Quién podría criticarla por eso? Pero la viuda no dio el 50 por ciento. Quiso darlo todo. Con sus acciones la viuda demostró su fe en Dios y su amor por Dios.

La fe y el amor de la viuda estuvieron en marcado contraste con la fe y el amor de los otros en el templo. Los escribas acerca de los cuales leemos en Marcos capítulo 12 no amaban a Jesús. Sólo deseaban recibir y robar. Pero esta viuda había aprendido a amar al Señor. Ella demostró su amor al dar al Señor quien la amó a ella primero.

Los saduceos, de los cuales leemos en este capítulo, no confiaban en el Señor. Seguían su razón y dudaban de que Dios pudiera resucitar a los muertos. Pero esta viuda había aprendido a confiar en Dios. Como el mismo Señor Jesús, ella sabía que “no solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). ¿Qué comería mañana? Tal vez no estaba segura. Pero confiaba en la promesa de que Dios proveería.

Cuando los hipócritas en las sinagogas daban a los necesitados, querían anunciarlo con “trompetas” (Mateo 6:2). Pero esta viuda anónima era modesta entre las multitudes. Hay una calcomanía para autos que dice: “Toque la bocina si usted da el diezmo”. La viuda dio mucho más que un diezmo. Pero si la viuda hubiera tenido un carro, dudo que hubiera tocado la bocina.

Jesús no está sugiriendo que imitemos a la viuda depositando dos monedas de cobre en el plato de la ofrenda. Sugiere que imitemos su fe y su amor. Dios nos pide todo nuestro corazón, el cien por ciento. ¿Algún cristiano quiere darle menos que eso?

Ofrendas para los pobres

Cuando el Nuevo Testamento habla de “dar”, a menudo está hablando de ayudar a los pobres.

Ya hemos considerado pasajes en los cuales Jesús instruyó a sus discípulos a que dieran a los pobres. Los seguidores de nuestro Señor aprendieron bien esa lección. Lucas describe el compañerismo de los cristianos primitivos después de Pentecostés con estas palabras: “Vendían sus propiedades y sus bienes y lo repartían a todos según las necesidades de cada uno” (Hechos 2:45). Esta actitud de preocupación por otros dominó la iglesia cristiana primitiva. Era la respuesta gozosa y espontánea de la gente que recientemente se había convertido en heredera de la vida eterna.

Hubo ocasiones en que grupos de cristianos ayudaron a otros grupos. Un ejemplo involucra a los cristianos en Antioquía, una ciudad gentil a 650 km al norte de Jerusalén. Cuando oyeron sobre la hambruna entre los cristianos judíos en Jerusalén, estos creyentes de Antioquía enviaron ayuda inmediatamente. Pablo y Bernabé llevaron esa ofrenda a los ancianos en Jerusalén (Hechos 11:27-30).

Algunos años más tarde, los cristianos de Jerusalén necesitaron ayuda una vez más. En esta ocasión, Pablo organizó una ofrenda entre las iglesias que había fundado en Europa y en Asia Menor. En sus cartas a los Corintios, Pablo habló acerca de esta ofrenda en detalle. Allí estableció importantes principios para nosotros, los cristianos del Nuevo Testamento, y nuestra vida de mayordomía.

Primera de Corintios 16:2

En 1 Corintios 16:2 Pablo escribe: “Cada primer día de la semana, cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas”. Este versículo nos enseña cuatro principios importantes:

1. La ofrenda para los pobres debía involucrar a “cada uno de vosotros”. Dios había dado a cada cristiano dones temporales y eternos. Ahora Pablo quería que cada cristiano respondiera participando en la ofrenda.
2. Pablo instó a cada cristiano a dar “según hubiera prosperado”. Esto significa que los cristianos más ricos contribuirían con sumas más grandes que sus hermanos menos afortunados. Pablo estaba pidiendo a los cristianos un porcentaje de su ingreso para la ofrenda especial en vez de una suma específica.
3. Pablo pidió a los cristianos reunir las ofrendas para los pobres de una forma ordenada y de forma regular. Esto se haría “cada semana” para que no lo hicieran de prisa a última hora cuando él llegara.
4. Pablo pidió a los cristianos que dieran los primeros frutos, no las sobras. Instó a cada cristiano a que apartara una cantidad “el primer día” de cada semana, es decir, antes (no después) de que otras obligaciones financieras se hubieran cubierto.

Cuando los adultos son confirmados, a menudo preguntan: “¿Cuánto debo dar en mi sobre de la ofrenda?” Estos cuatro principios responden esa pregunta. En vez de mirar el presupuesto de la iglesia o lo que otros miembros dan, estos nuevos miembros harían bien en mirar la cruz de Cristo, es decir, reflexionar en lo que Jesús hizo y dio por ellos y luego determinar el porcentaje de su ingreso que quieren ofrendar al Señor en la ofrenda semanal de la iglesia (los miembros antiguos deberían hacer lo mismo).

Alguien dijo alguna vez que la última parte de las personas que se convierte es su billetera. Ésta no es una cita de la Biblia, pero las palabras parecen ser verdad. Nosotros llegamos a la fe en cierto momento. Pero no aprendemos todo lo que hay que saber acerca de la mayordomía en un momento. Esto requiere años de instrucción y años de

crecimiento. Pablo sabía esto. Por lo tanto, en 2 Corintios siguió animando a los cristianos e instruyéndolos.

Segunda de Corintios, capítulos 8 y 9

Los siguientes elementos específicos son parte de la instrucción de Pablo:

1. Pablo usó a algunas congregaciones como ejemplos para otras. En este caso fueron las iglesias de Macedonia las que pusieron el buen ejemplo. Esos cristianos vivían en “profunda pobreza”, pero sus contribuciones mostraban “riquezas de su generosidad”; daban “aun más allá de sus fuerzas” (8:2,3). Ciertos cristianos o congregaciones cristianas pueden servir como modelos para nosotros hoy en día.
2. Pablo instó a los corintios a “abundar también en esa gracia” de dar (8:7). Aquí Pablo usa algunas de las mismas palabras que se mencionan en Romanos, capítulo 12 y en 1 de Corintios, capítulo 12 (ver el comentario sobre los “dones espirituales” en el capítulo 4 de este libro). Los corintios poseían muchos dones espirituales. Pablo los instó a ejercitar la gracia de dar también y a crecer en su uso. Tal vez nosotros que hemos sido tan ricamente bendecidos también podemos crecer en esta área de nuestra vida cristiana.
3. Pablo instó a los corintios: “llevad también a cabo” lo que habían comenzado (2 Corintios 8:11). Cualquiera puede hablar acerca de las ofrendas y planear un programa de mayordomía. Llevarlo a cabo es otra cosa.
4. Pablo comparó a los cristianos con un granjero que planta semillas en el campo. “El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará” (9:6). Este principio del campo de la agricultura puede ser aplicado a la mayordomía cristiana. Sí, un granjero pierde la semilla que pone en la tierra—y algunos pueden

argumentar que los cristianos “pierden” lo que ofrendan. Sin embargo, el Dios que ha prometido conceder cosechas hasta el fin del tiempo también bendecirá no sólo la semilla que se siembra, sino también aquella que los cristianos ofrendan. Habrá bendiciones para aquellos que reciben dones al igual que para aquellos que han dado los dones. El granjero que planta semilla en la tierra confía en la promesa de Dios. Los mayordomos cristianos, como la viuda del capítulo 12 de Marcos, hacen la misma cosa.

5. Pablo pidió a cada cristiano que diera “como propuso en su corazón: no con tristeza ni por obligación” (2 Corintios 9:7). Nosotros, los cristianos del Nuevo Testamento, no estamos sujetos a las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento acerca del diezmo. Por lo tanto, Pablo no intentó motivar a los cristianos citando una ley del Antiguo Testamento o añadiendo una nueva. No dijo a los cristianos con cuánto debía contribuir cada uno de ellos con la ofrenda. Quería que cada cristiano respondiera con un corazón dispuesto, movido únicamente por el amor de Dios, el cual cada cristiano ha experimentado. Los cristianos no están forzados por la ley. Ellos están motivados por el evangelio.
6. El principio final es que “Dios ama al dador alegre” (9:7). La palabra griega traducida como “alegre” literalmente significa “hilarante”. El evangelio llena nuestros corazones con gozo. En ciertas épocas del año, ese gozo se desborda. En la Navidad y en la Pascua, por ejemplo, nuestros himnos se vuelven gritos gozosos de alabanza y victoria. Una sonrisa, oculta a la vista de otros, aparece en nuestro rostro cuando pensamos en la mansión que algún día será nuestra en el cielo. Dios ama a los dadores que piensan acerca de esas bendiciones evangélicas cuando traen sus ofrendas al Señor.

Si nuestro pastor usa sermones, boletines y folletos para repetir los principios de Pablo para animarnos, entonces

nuestro pastor está siguiendo un buen precedente. Pablo usó sus cartas para hacer lo mismo.

Si el pueblo de Dios hoy en día sigue los principios generales que dio Pablo, las contribuciones de su iglesia glorificarán a Dios.

Ofrendas para las misiones

Dios quiere que ayudemos a los que sufren de pobreza terrenal. Es igualmente importante (aún más) ayudar a aquellos que sufren de pobreza espiritual. Si la gente no tiene pan terrenal, lo peor que puede sufrir es la muerte terrenal. Si mueren sin Jesús, el Pan de Vida, sufrirán la muerte eterna.

Antes de ascender al cielo, Jesús dio un mandamiento a su iglesia: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15). “Id y haced discípulos a todas las naciones” (Mateo 28:19). Esas palabras son para todos y cada uno de los cristianos. Cada cristiano puede comenzar a llevar a cabo esa tarea en un nivel personal — en la propia familia de cada individuo, en su ciudad natal, provincia y país.

Éste es el principio; pero no el fin. El mundo entero es nuestro campo. La vasta mayoría de la gente en este mundo no hace ningún intento para ocultar su incredulidad. Los musulmanes, los hindúes y los budistas todos adoran a un dios falso, el cual no puede salvarlos. Millones de personas en el mundo tienen conexiones con una denominación cristiana pero no entienden absolutamente nada de la ley o del evangelio.

¿Qué podemos hacer al respecto? Obviamente, no todos los cristianos pueden abandonar su hogar e “ir por todo el mundo”. Pero cada cristiano puede apoyar a aquellos que pueden ir y a quienes se les pide ir. Cada cristiano puede apoyar las misiones en su tierra y en el mundo. Cada cristiano puede ser como Aarón y Hur, quienes sostenían las manos de

Moisés (Éxodo 17:12). El autor del himno en mente ese incidente cuando escribió la siguiente estrofa familiar:

Si no puedes vigilar
Desde lo alto de Sión,
Ni el camino anunciar,
A la paz y salvación,
Con tus ruegos y ofrendas
Puedes tu deber cumplir;
Como el fiel Aarón podrás,
Al profeta sostener. (Traducido de *Christian Worship* 573:3).

En el libro de Hechos y en las epístolas, encontramos muchos ejemplos de cristianos que abrieron sus hogares y ofrecieron comida y alojamiento a Pablo y a otros misioneros. Lidia, una mujer de negocios que vivía en Filipos, es un ejemplo (Hechos 16:14,15). Justo, un hombre que vivía junto a la sinagoga de Corinto, es otro (Hechos 18:7).

Realizar la obra misionera hoy en día es costoso (¡lo digo por experiencia!). Pero ése es el trabajo que el mismo Jesús nos ha dado. Hoy en día podemos dar comida y alojamiento a nuestros misioneros mundiales a través de nuestras ofrendas para las misiones.

La parábola de Jesús del mayordomo infiel (Lucas 16:1-15) nos enseña una lección acerca de las ofrendas para las misiones. En esa historia, cierto mayordomo fue acusado de desperdiciar las posesiones de su empleador. Aparentemente, el hombre era culpable y era obvio que pronto perdería su empleo. Entonces pensó en un plan inteligente. Llamó a los individuos que le debían dinero a su amo y redujo la deuda de cada uno. La cuenta de un hombre que debía ochocientos galones de aceite de oliva fue reducida a cuatrocientos. La cuenta de un hombre que debía mil medidas de harina fue reducida a ochocientas. Al reducir las cuentas, el mayordomo usó el dinero de su amo, junto con sus propias habilidades

infieles y deshonestas, para ganar amigos terrenales. Ahora, cuando no tuviera trabajo, tendría muchos amigos que le debían un favor, amigos que lo recibirían con agrado en sus hogares. Un tipo astuto, sin duda.

Ordinariamente, los incrédulos no pueden enseñarnos nada acerca de asuntos espirituales. Aquí hay una excepción. Jesús explica la parábola diciendo: “Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas” (versículo 9). Jesús no está sugiriendo que engañemos o que compremos amistades terrenales usando deshonestamente el dinero de otras personas. Más bien está pidiéndonos que usemos el dinero de nuestro Maestro (es decir, el dinero de Dios) para ganar amigos espirituales. Cuando la gente llega a la fe en Cristo, aquellos que habían sido los enemigos de Dios se convierten en nuestros hermanos y hermanas en la fe en Cristo. Cuando la eternidad comience, cuando el dinero y todo lo demás llegue a su fin, estos hermanos y hermanas en la fe estarán esperando en las puertas del cielo y nos darán la bienvenida en su (y nuestro) hogar eterno.

Qué gozo será cuando la gente venga a nosotros en el día del juicio y diga: “¡Gracias! ¡Gracias por ser un mayordomo sabio! ¡Gracias por apoyar el programa de evangelismo de su congregación y de su sínodo! ¡Gracias por enviar un misionero a nuestro país y por apoyarlo mientras trabajaba allí. Por medio de este misionero escuché sobre el sufrimiento, muerte y resurrección de Jesús, mi Salvador. ¡Como resultado, ahora tengo vida eterna en el cielo!”.

Las ofrendas son motivadas por el evangelio

Aparentemente, las acciones de los cristianos y de los que no creen pueden parecer similares. Los incrédulos también dan ofrendas para causas dignas. Aquí es donde termina la similitud. Los motivos de los cristianos y los de los no

creyentes son completamente diferentes. Los que no creen pueden dar, debido a un sentimiento de orgullo u obligación o reconocimiento. Los cristianos dan porque aman al Señor Jesús.

Los que no creen no responden a la motivación cristiana. Si un cristiano se acerca a un incrédulo y le pide que contribuya por amor a Cristo, no habrá una respuesta positiva.

Por otra parte, los cristianos no necesitan el consejo sobre la mayordomía por parte de los incrédulos del mundo. Nuestro viejo Adán responderá a las palabras de alguien que no cree porque nuestro viejo Adán no cree. Pero nuestro nuevo hombre es diferente. Rechaza la voz de un extraño.

Si alguien que no cree nos aconseja acerca de la mayordomía, si nos pide que contribuyamos a una causa digna, reconocemos inmediatamente que sus palabras vienen de un corazón incrédulo. El que no cree piensa de forma diferente y habla de una manera distinta. Sus palabras aun tienen un olor diferente. No emanan “olor de vida” (2 Corintios 2:16).

Cuando se trata de mayordomía, cuando se trata de tender la mano con el evangelio, los cristianos y los incrédulos hablan dos idiomas diferentes.

Los cristianos son motivados por el evangelio. Considere estos ejemplos:

- Cuando Naamán llegó a creer en el Señor, el Dios de Israel, estuvo listo a ofrecer costosos regalos al profeta Eliseo (2 Reyes 5:15).
- El avivamiento religioso en el tiempo de Nehemías llevó al pueblo a llevar ofrendas al Señor (Nehemías 10:32-39).
- Cuando Zaqueo descubrió que Jesús era su Salvador del pecado, estuvo dispuesto a dar la mitad de sus riquezas a los pobres (Lucas 19:8).

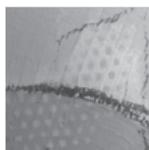
- Cuando Pablo se dio cuenta de que Jesús era realmente el Hijo de Dios resucitado, su primera pregunta fue: “¿Qué haré, Señor?” (Hechos 22:10).
- Cuando los gálatas escucharon el evangelio por boca de Pablo, estuvieron dispuestos a darle todo, aun sus ojos (Gálatas 4:15).
- La gente en la isla de Malta respondió a las palabras y obras de Pablo trayendo regalos y provisiones (Hechos 28:10).

Por lo tanto, Pablo usó el evangelio para animar a los cristianos a participar en la ofrenda para los pobres. Los capítulos 15 y 16 de 1 Corintios son un ejemplo clásico. En 1 Corintios capítulo 15, Pablo presentó el evangelio. Con palabras imponentes presentó los hechos de la resurrección triunfante de nuestro Señor y explicó su maravilloso significado. En 1 Corintios capítulo 16, Pablo pidió una respuesta. Ese capítulo comienza con las palabras: “En cuanto a la ofrenda para los santos. . .” (versículo 1). ¿Qué cristiano, después de escuchar acerca de la resurrección de nuestro Señor, podría decir que no a la ofrenda para los santos?

Pablo hizo lo mismo en 2 Corintios. Cuando habló a los cristianos acerca de la ofrenda, sostuvo ante sus ojos la cruz de Cristo. Escribió: “Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre siendo rico, para que vosotros con su pobreza fuerais enriquecidos” (8:9). ¿Qué cristiano, después de escuchar nuevamente acerca de la gracia de Cristo, podría decir no cuando Pablo les pidió terminar de reunir la ofrenda?

Los pastores cristianos hacen lo mismo hoy en día. Predican el evangelio al pueblo de Dios semana tras semana. Recuerdan una y otra vez a los cristianos que Jesús pagó por nuestros pecados con su muerte y que Jesús mostró por su resurrección que la muerte ha perdido su aguijón. Cuando los

cristianos escuchan esto, ellos responden con actos de amor trayendo regalos y ofrendas. Así respondieron en los días de Pablo y así responden hoy en día. ¿Cómo podría ser de otra forma?



7

Dios me pedirá cuentas

Muchos negocios realizan su inventario el último día del año fiscal. Ése es el momento de revisar las ventas, verificar sus existencias y sumar las ganancias. Es el momento para presentar el informe financiero a los dueños y a los accionistas. El último día del año, aquellos que administraron la compañía o empresa están, en un sentido, a prueba. Cuando los accionistas revisan las cifras, evalúan el desempeño de los que estuvieron a cargo.

El día del juicio final llegará también para nosotros. Ese día compareceremos ante el verdadero Dueño de toda propiedad. El Creador nos pedirá cuentas de nuestra mayordomía, le diremos cómo administramos su propiedad aquí en la tierra.

Hay, sin embargo, dos grandes diferencias entre la reunión anual de la empresa y el día del juicio final. (1) Todos saben

la fecha de la reunión anual; nadie, excepto Dios, sabe la fecha del juicio final. (2) La reunión final es el momento para recompensas y castigos; en el día del juicio las recompensas y los castigos serán eternos.

Dios da recompensas inmerecidas

Antes de continuar, nuevamente debemos decir claramente que la vida eterna es un regalo. Dios Padre planeó nuestra salvación y envió a su Hijo al mundo. Jesucristo llevó una vida perfecta aquí en la tierra como nuestro sustituto y luego murió para pagar por nuestros pecados. El Espíritu Santo nos lleva a creer en Jesús como nuestro Salvador. Ganar la vida eterna no tiene nada que ver con la ley de Dios, nada que ver con nuestras obras, nada que ver con nuestra vida de mayordomía. La vida eterna es un regalo gratuito de un Dios de gracia para todos los que creen en Jesús. Punto.

Si Dios nos juzgara sobre la base de nuestro desempeño de administración, si Dios nos diera lo que merecemos, estaríamos perdidos para siempre. Ningún cristiano puede afirmar haber administrado perfectamente los dones de Dios. Aun nuestros mejores esfuerzos vienen de corazones cuyos motivos son todo menos puros.

Jesús enseña esa lección en su parábola de los obreros de la viña (Mateo 20:1-16). Temprano por la mañana el dueño de la viña contrató obreros que trabajaran para él. Estos hombres trabajaron duro por una jornada de trabajo de 12 horas. En la tarde, recibieron el pago que habían acordado más temprano un denario.

Pero luego estos obreros comenzaron a quejarse. ¿Por qué? Porque el dueño había contratado obreros adicionales durante el día, y aquellos que trabajaron menos de la jornada de 12 horas también recibieron el salario de un día completo de trabajo un denario. Los hombres que fueron contratados primero pensaron que habían sido engañados. Pensaron que

sus 12 horas de trabajo duro habían sido una pérdida de tiempo y esfuerzo. Pidieron más al dueño.

De hecho, sin embargo, el dueño no había engañado a nadie. Los hombres que habían sido contratados antes no recibieron menos de lo que habían acordado. Más bien, el dueño era sorprendentemente generoso. Dio su dinero a hombres que obviamente no lo habían ganado.

El problema es que los obreros y el dueño siguieron dos principios distintos. Los hombres que habían sido contratados a las seis de la mañana hicieron cálculos en términos de salarios y horas. El dueño hizo cálculos en términos de misericordia y gracia. Estos dos principios se contradicen y se excluyen uno al otro. Los obreros demandaron pago por su trabajo. El dueño dio a los obreros un regalo, el cual cada uno sabía que no había ganado ni merecía.

Aquí hay una lección para que nosotros aprendamos. Porque hoy en día nosotros somos los obreros de la viña de Dios. Nuestros corazones pecaminosos pueden repetir fácilmente el mismo error que esos obreros insatisfechos. Por ejemplo:

- Nuestros corazones se hinchan de orgullo cuando un amigo incrédulo nos dice: “Tú has trabajado duro en el reino de Dios toda tu vida. ¡Con seguridad Dios te ha pagado algo!”
- Nos gusta compararnos con los otros obreros en la viña de Dios. Por esa comparación llegamos a la conclusión de que merecemos más de Dios porque hemos trabajado más duro y hemos luchado y enfrentado más que algunos de los otros.
- Nos comparamos a nosotros mismos con el ladrón penitente en la cruz y concluimos que es tonto pasar nuestra vida entera trabajando en el reino de Dios. Después de todo, aun aquellos que se arrepienten a última hora pueden todavía entrar en la vida eterna.

Pablo nos advierte de compararnos con otros: “Así que cada uno someta a prueba su propia obra y entonces tendrá, solo en sí mismo y no en otro, motivo de gloriarse” (Gálatas 6:4). Cuando nos comparamos con otros, nuestros corazones orgullosos están tentados a sacar algunas conclusiones equivocadas.

Los mayordomos que piden a Dios lo que han ganado están cometiendo un error que es aun más serio. Ese tipo de mayordomos incrédulos no entienden la palabra gracia. Si alguien pide a Dios su paga, la Biblia no da sino una respuesta: “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23).

Nuestro empleador terrenal nos debe la paga que hemos ganado. Pero Dios no es un empleador. La vida eterna es un don de la gracia de Dios. Cualquier y toda recompensa de Dios es una recompensa inmerecida de gracia.

La fidelidad es un signo de fe

Algunas personas piensan que Jesús se contradijo. En Marcos 16:16 dijo: “El que crea y sea bautizado, será salvo, pero el que no crea, será condenado”. Pero en Juan 5:29 dijo: “Y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; pero los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación”.

¿Cuál afirmación de Jesús es correcta? ¿Son los creyentes los que entrarán en la vida eterna? ¿O son aquellos que han hecho el bien?

Ambas afirmaciones son correctas. Las dos corresponden perfectamente la una con la otra. De hecho, los que creen en Jesús siempre comienzan a servir a Dios con una vida de buenas obras. La fe y las obras son inseparables. De otra parte, aquellos que no creen en Jesús no pueden siquiera comenzar a hacer buenas obras. “Pero sin fe es imposible agradecer a Dios” (Hebreos 11:6).

Un árbol se conoce por su fruto. Si miráramos sólo la corteza y las hojas, muchos de nosotros no podríamos distinguir entre un manzano y un naranjo. Pero cuando miramos el fruto, la diferencia es evidente. Podemos decir: “Este árbol produce naranjas; por lo tanto, es un naranjo. Este árbol produce manzanas; por lo tanto, es un manzano”.

Enfrentamos un problema similar cuando tratamos de distinguir entre los creyentes y los no creyentes. La fe vive en los corazones de los seres humanos. Ya que no podemos mirar en los corazones, no podemos saber con seguridad quién cree y quién no cree en Cristo.

Es diferente para nuestro Señor. Él mira dentro del corazón y sabe con seguridad cuáles personas son suyas. En el día del juicio separará a los creyentes de los incrédulos tan fácil y rápidamente como un pastor separa las ovejas de las cabras.

Entonces nuestro Señor presentará evidencia visible de que su juicio es correcto. Señalará el fruto que la gente de cada grupo produjo.

Jesús señalará a los de su derecha y dirá: “Estas personas creyeron en mí”. Para probar que su juicio es correcto, Jesús sacará a la luz las obras que estos individuos produjeron. Dirá: “porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui forastero y me recogisteis; estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y fuisteis a verme” (Mateo 25:35,36). Así como ver las manzanas prueba que estamos viendo un manzano, igualmente ver las buenas obras probará que la gente que estará a la diestra de nuestro Señor es creyente. Estas personas entrarán en la vida eterna.

Luego Jesús señalará a aquellos que están a su izquierda y dirá: “Estas personas no creen”. Para demostrar que su juicio es correcto, señalará la falta de buenas obras en sus vidas.

Dirá: “Porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero y no me recogisteis, estuve desnudo y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis” (Mateo 25:42,43). El árbol que no produce manzanas no es un manzano. La falta total de buenas obras probará que estos individuos no creen. Jesús los sentenciará a la muerte eterna.

Las palabras de nuestro Señor contienen una advertencia solemne. No ganamos nada con nuestra vida de mayordomía; pero ésta es necesaria. Es evidencia de que nuestra fe está viva. Ningún cristiano verdadero hará caso omiso de las enseñanzas que se presentan aquí.

Los mayordomos deben ser hallados fieles

Los negocios buscan ventas y ganancias. Dios busca fidelidad. Pablo escribe: “Ahora bien, lo que se requiere de los administradores es que cada uno sea hallado fiel” (1 Corintios 4:2).

La parábola de los talentos y la parábola de las minas son ilustraciones de las palabras de Pablo. Con estas parábolas Jesús muestra que Dios juzgará la fidelidad y la infidelidad en el día del juicio final.

La parábola de los talentos

En el capítulo 3 de este libro consideramos la parábola de los talentos (Mateo 25:14-30). Antes de salir de viaje, el señor le dio cinco talentos de dinero a un siervo. Los talentos representan las diferentes clases y cantidades de dones y talentos terrenales que el Señor Jesús le ha dado a cada ser humano.

Los dos primeros siervos fueron fieles. Inmediatamente invirtieron su dinero. Cuando el Señor volvió y pidió cuentas a cada hombre, los dos hombres gozosamente informaron lo que habían hecho. Un siervo informó: “Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros cinco talentos sobre ellos” (versículo 20). El segundo siervo dio un informe similar: “Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros dos talentos sobre ellos” (versículo 22).

El señor otorgó una recompensa a los mayordomos fieles. “Bien, buen siervo y fiel, sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu señor” (versículos 21,23).

El tercer siervo no fue fiel. Enterró su talento. Cuando rindió cuentas, criticó al señor y trató de justificar su infidelidad. “Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo” (versículos 24,25).

Debido a su infidelidad, este “siervo inútil” recibió el juicio del señor. “Y al siervo inútil echadlo en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes” (versículo 30).

El salmista escribe: “¡Todo lo que respira alabe a Jah!” (Salmo 150:6). Ése es el propósito de nuestra vida aquí en la tierra. Los cristianos sabemos que Dios nos ha dado nuestros “talentos” nos ha dado nuestros cuerpos y nuestras vidas, tiempo y tesoros, talentos y habilidades. Ya sea que nuestros talentos sean pocos o muchos, deseamos servir a Dios durante nuestros días aquí en la tierra. Ese servicio es la evidencia de que creemos en Jesús.

Los incrédulos rechazan las palabras del Salmo 150, de igual manera que rechazan el resto de la Escritura. No quieren creer en el Dios de la Biblia; por lo tanto, no quieren servirle. Demuestran su incredulidad en sus obras.

La parábola de las minas

La parábola de las minas (Lucas 19:11-27), la cual consideramos en el capítulo 4 de este libro, enseña lecciones similares.

Antes de irse de viaje, el hombre noble dio a diez siervos la misma cantidad de dinero una mina. Les dio instrucciones específicas: “Negociad en tanto que regreso” (versículo 13). La mina representa el evangelio, el cual Dios ha dado en la misma cantidad a cada uno de nosotros.

Al menos dos de los diez siervos siguieron las instrucciones de su señor. Cuando el hombre noble volvió y pidió cuentas a cada siervo, estos dos anunciaron con gozo: “Señor, tu mina ha ganado diez minas. . . . Señor, tu mina ha producido cinco minas” (versículos 16,18).

Su trabajo fiel agradó al hombre noble y les dio una recompensa. Dijo al primero: “Está bien, buen siervo; por cuanto en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades” (versículo 17). Dijo al segundo: “Tú también sé sobre cinco ciudades” (versículo 19).

Otro siervo hizo su informe con una actitud diferente. “Señor”, dijo, “aquí está tu mina, la cual he tenido guardada en un pañuelo, porque tuve miedo de ti, por cuanto eres hombre severo que tomas lo que no pusiste y siegas lo que no sembraste”. Estaba criticando a su señor y había rehusado servir. Mientras el hombre noble había estado fuera, este siervo aparentemente se había servido únicamente a sí mismo. El señor, enojado, le anunció: “Mal siervo, por tu propia boca te juzgo”.

Jesús es el señor que ha entregado la mina, el evangelio, al cuidado de cada uno de nosotros. Sus instrucciones para nosotros son claras: “Predicad el evangelio”, “Declaren las

alabanzas de aquel que los sacó de las tinieblas!” Aquellos que desprecian el mensaje del evangelio y que se niegan a confesar a Cristo con su boca muestran con sus acciones que no son creyentes. Cuando Jesús nuestro Señor vuelva en el día del juicio, estos individuos caerán bajo su juicio. Por otra parte, el pueblo de Dios usa la mina que Jesús le ha entregado. Atesoran el mensaje del evangelio y para ellos “grato es contar la historia” (CC 264).

Cuando compartimos el evangelio y declaramos las alabanzas de Dios, nos encontramos con cantidades variables de éxito. Dios se complace con nuestros esfuerzos fieles y nos recompensará con premios de gracia en el día del juicio. Aquellos que llevaron a muchos a la rectitud brillarán “como las estrellas, a perpetua eternidad” (Daniel 12:3). ¡Qué grande será ese día para nosotros!

Los mayordomos tienen una ética de trabajo

Nuestro viejo Adán nunca se convierte, y está contento viviendo en el pecado. Nuestro nuevo hombre sirve al Señor Jesús y tiene una ética de trabajo. Nunca pregunta ¿cuánto debo hacer? Para él la pregunta es siempre ¿cuánto puedo hacer?

Debido a que tanto el viejo Adán como el nuevo hombre viven en el mismo corazón, los cristianos tenemos un problema. A veces nuestro viejo Adán sugiere que nos demos por vencidos, que nuestra vida de mayordomía no vale la pena.

Por lo tanto, Jesús nos anima con su parábola del mayordomo fiel (Lucas 12:42-46). Antes de salir de viaje, este señor dio responsabilidades a su mayordomo. Mientras el señor estaba de viaje, el mayordomo podía hacer una de dos cosas. Podía continuar sirviendo fielmente, o podía “comer y beber y embriagarse” (versículo 45).

En esta parábola el señor representa a Jesús. Cuando Jesús vuelva, habrá un juicio. El mayordomo fiel recibirá una recompensa. El señor pondrá a este mayordomo “sobre todos sus bienes” (versículo 44). El mayordomo infiel recibirá un juicio horrible. El señor lo “castigará duramente y lo pondrá con los infieles” (versículo 46).

Pablo escribe lo mismo: “No nos cansemos, pues, de hacer bien, porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos” (Gálatas 6:9). Sólo aquellos que continúan creyendo en la palabra de Dios recibirán la vida eterna en el juicio final. Una fe viva continúa produciendo fruto mientras viva.

Hay una historia acerca de un administrador que cuidaba una propiedad mientras el dueño estaba de viaje. El administrador era un trabajador fiel. La casa y las tierras estaban inmaculadas. Un amigo le comentó: “¡Luce como si esperaras que el dueño volviera mañana!” El administrador replicó: “No, señor. Hoy.”

Cuando Jesús regrese y pida cuentas a sus mayordomos, se encontrarán trabajando con los talentos y la mina que Dios les ha confiado.

Recompensas terrenales y eternas

Cuando una sequía y una hambruna azotaron la tierra de Israel, Dios envió al profeta Elías a la ciudad de Sarepta y prometió que una viuda proveería para él allí. Elías confió en la palabra de Dios y siguió sus instrucciones. Cuando llegó a Sarepta, encontró a la viuda recogiendo palos para una fogata. Ella estaba preparándose para comer su última comida, después de la cual esperaba la muerte por inanición.

Pero Elías le dijo: “No tengas temor. . . . pero hazme con ello primero una pequeña torta cocida debajo de la ceniza, y tráemela. Después la harás para ti y para tu hijo” (1 Reyes 17:13). Con esas palabras Elías “retó” a la mujer a poner a Dios, y al profeta de Dios, primero. Luego Elías añadió una

promesa: “Porque Jehová, Dios de Israel, ha dicho así: ‘La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá, hasta el día en que Jehová haga llover sobre la faz de la tierra’” (versículo 14).

La mujer confió en la promesa de Dios. Inmediatamente preparó comida para el profeta de Dios y por sus acciones ella demostró que era una administradora fiel. Dios mantuvo su promesa y la recompensó con bendiciones terrenales.

Estos mandamientos y promesas combinados ocurren muchas veces a lo largo de la Escritura.

- Dios dice a través de Malaquías: “Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi Casa. . . . Probadme ahora. . . a ver si no os abro las ventanas de los cielos y derramo sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde” (Malaquías 3:10).
- Jesús repite ese principio cuando dice: “Dad y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo, porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir” (Lucas 6:38).
- Pablo, hablando acerca de la ofrenda, añade: “El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará” (2 Corintios 9:6).

Los cristianos no dan porque esperan ganar una recompensa. Pero cuando un Dios de gracia derrama recompensas sobre sus fieles mayordomos cristianos aquí en la tierra, no debemos sorprendernos.

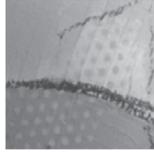
La recompensa más grande, sin embargo, será nuestra en el día del juicio. Ese día nosotros, que deseábamos sólo servir a Dios con los talentos y con la mina que nos entregó, seremos servidos por nuestro Señor. Estaremos a la derecha del Salvador. Luego el Salvador anunciará públicamente nuestra fidelidad y nos dirá: “Entren a mi reino celestial”. Nosotros

nos sentaremos en la mesa del banquete celestial. ¡Qué emoción será eso!

Tal vez sepa o pueda imaginarse el aniversario número 50 de la graduación de la escuela secundaria. Los amigos que se graduaron de la escuela secundaria a la edad de 18 años ahora se vuelven a encontrar a la edad de 68. En la reunión, los amigos y conocidos se preguntan unos a otros repetidamente: “¿Qué has hecho desde la última vez que nos vimos?”.

Cada uno de nosotros escuchará una pregunta similar en el día del juicio. Dios nos preguntará: “Mayordomo, ¿qué has hecho con tu vida? ¿Qué has hecho con todo lo que te di?”

Nosotros creemos en Jesús nuestro Salvador. ¡Éste es el tiempo para que le sirvamos con fidelidad!



8

Las respuestas de Dios a preguntas prácticas

En los primeros siete capítulos de este libro, revisamos los principios básicos de la mayordomía. Esos principios son claros y simples.

Aplicar los principios de Dios a situaciones cotidianas, sin embargo, no siempre es tan fácil. Porque la Biblia no da una respuesta específica para cada pregunta específica acerca de la mayordomía.

Por ejemplo: “¿Estoy dando un cuidado adecuado al cuerpo que Dios me ha dado si fumo cigarrillos?” “¿Estoy cuidando adecuadamente mi fe cristiana si tomo un trabajo que requiere que trabaje las mañanas de los domingos, o si estudio en una universidad pública cuyos profesores siguen una filosofía anticristiana?” “¿Debo gastar mi dinero pagando la matrícula en una escuela secundaria cristiana, o debo enviar a mis hijos

a la escuela pública que está al cruzar la calle?”

Éstas son unas cuantas situaciones específicas a las cuales no se refiere la Biblia. Hay muchas otras. Ayudar a los miembros de la congregación a encontrar respuestas que agraden a Dios a estas preguntas puede ser una de las partes más desafiantes en el trabajo de un pastor.

A veces llamamos a esa área del trabajo pastoral casuística. Examinamos los detalles de una situación o caso particular. Buscamos en las Escrituras para determinar el principio (o principios) que se aplican. Luego tomamos una decisión en el temor de Dios y actuamos de acuerdo con ella.

Cuando hacemos esto, cuando tratamos de encontrar respuestas para situaciones particulares, dos cristianos a veces pueden salir con respuestas distintas. Un cristiano recibe una fabulosa oferta de trabajo y se muda a una parte del país donde la distancia hará difícil escuchar regularmente la palabra pura de Dios. Otro cristiano deliberadamente busca en el área una iglesia que enseñe toda la palabra de Dios, una escuela primaria luterana y una escuela secundaria luterana antes de decidir buscar empleo en esa ciudad.

¿Cuál de los cristianos hizo lo correcto? Tal vez ambos hicieron lo correcto.

Esto no significa que la Biblia no sea clara o que tengamos derecho a pasar por alto siquiera una palabra de lo que dice la Biblia. Sin embargo, significa que dos situaciones no son exactamente iguales. Y significa que, a veces, más de un principio bíblico se aplica a una situación.

El apóstol Pablo escribió: “En cambio, el [hombre] espiritual juzga todas las cosas, sin que él sea juzgado por nadie” (1 Corintios 2:15). Los cristianos tomamos docenas de decisiones todos los días. La mayoría de éstas no están guiadas por una ley u orden específica de Dios sino que están motivadas por nuestro amor por Dios en general. Si los cristianos dan diferentes respuestas a situaciones particulares

y si sus respuestas no son pecaminosas, entonces es mejor que el resto de nosotros no juzguemos a nuestros hermanos y hermanas en Cristo.

Este capítulo presenta varias preguntas prácticas que involucran nuestras vidas como mayordomos y sugiere respuestas que están de acuerdo con los principios bíblicos.

¿Es pecado fumar?

Este autor no fuma. Las razones involucran principios de mayordomía: (1) Hay mucha evidencia de que fumar puede ser dañino para el cuerpo que el Señor le dio a este autor. (2) Fumar es caro, al menos en los Estados Unidos; a este pastor no le interesa gastar el dinero que el Señor le dio en un paquete de cigarrillos.

Los comentarios anteriores, sin embargo, no responden la pregunta: ¿El fumar está siempre mal a los ojos de Dios? Ya que la Biblia en ninguna parte dice específicamente que fumar es un pecado, y ya que no tenemos derecho de añadir leyes a la Biblia, no queremos decir que todo uso del tabaco es siempre un acto pecaminoso.

De hecho, puede haber otros principios que se apliquen.

El mundo en que vivimos ya no es perfecto. Ha sido arruinado por el pecado. Ni siquiera nuestras mejores decisiones prácticas están libres de la infección del pecado. Considere estos ejemplos:

- En este mundo pecador, nuestros cuerpos se enferman y finalmente mueren. Un médico prescribe una poderosa droga para ayudar a un paciente que sufre de cáncer. Pero los efectos secundarios de esa droga causan otro daño al cuerpo del paciente. ¿Es un pecado por parte del paciente usar esa droga cuando se sabe que causa daño corporal?
- En este mundo pecador, la naturaleza no siempre coopera. A veces ésta incluso amenaza con destruir lo que hemos construido. Una ciudad está en una zona que

ha sido escenario de terremotos (o tornados o maremotos). ¿Están los cristianos teniendo cuidado con sus vidas y con las vidas de los otros miembros de la familia si construyen casas y viven allí?

- En este mundo pecador, las personas van a abusar de la creación de Dios y a usarla para propósitos pecaminosos. Siempre habrá gente que bebe demasiado alcohol y se emborracha. Y Dios claramente dice que la embriaguez es un pecado. ¿Entonces está mal que un cristiano sea dueño de una viña? ¿Es pecado trabajar en una cervecería?
- En este mundo pecador, los cristianos sufren estrés y tensión. ¿Está mal que los cristianos se relajen tomando una cerveza? ¿o fumando un cigarrillo?

La lista de ejemplos es infinita. Ya que nuestro mundo ha sido tan corrompido por el pecado, casi toda decisión práctica que hacemos lleva con ella el potencial de causar un problema en algún momento en el futuro.

Un hombre cristiano fuma en exceso por muchos años y muere de cáncer de pulmón cuando tiene 55 años. ¿Fue un pecado haber fumado?

Una mujer cristiana fuma en exceso por muchos años y está todavía sana y muy activa a la edad de 85 años. ¿Fue un pecado que fume? ¿O fue un acto agradable a Dios porque la ayudó a manejar con éxito las tensiones y complejidades de la vida?

Que cada cristiano aprenda (y continuamente vuelva a aprender) las enseñanzas de la Biblia. Que cada cristiano siga los principios de la Biblia lo mejor posible. Que cada cristiano esté completamente convencido de que sus acciones están dando la gloria a Dios.

(Tal vez usted tenga razones que agraden a Dios para fumar. Si ese es el caso, este autor no lo acusará de pecar. ¡Pero hará todo lo posible para convencerlo de dejarlo!)

¿Qué debo hacer si soy adicto a una sustancia dañina?

Esta pregunta también involucra la mayordomía. Involucra lo que hacemos a nuestros cuerpos y cómo gastamos nuestro dinero. Muchos hoy en día usan “sustancias dañinas” que les cuestan mucho dinero, que dañan sus cuerpos y que eventualmente causarán su muerte.

Pablo ofrece dos principios rectores en 1 Corintios 6:12. Algunos en Corinto sostenían que todo se permite para los cristianos. Pablo dice en contraste que “no todas [las cosas] convienen”. Los cristianos deben evitar todo lo que sea dañino. Y Pablo dice: “Pero yo no me dejaré dominar por ninguna”. Los cristianos no deben volverse adictos a nada. Aquellos que tienen adicción a una sustancia dañina, sin embargo, están de hecho dominados por algo que no es benéfico.

Algunos cristianos tienen una voluntad inusualmente fuerte. Deciden, con la ayuda de Dios, dejar de fumar, dejar de beber alcohol, dejar de beber café, dejar de usar marihuana o alguna otra droga. Y tienen éxito en eso. Atraviesan un período de síndrome de abstinencia, pero luego nunca usan la sustancia otra vez. O si la sustancia es legal, la usan con moderación.

Otros que son adictos a una sustancia dañina necesitan ayuda de un médico o de un terapeuta. Considere el siguiente consejo:

1. Si usted es adicto a una sustancia dañina, hable de ello con su pastor. Su trabajo es usar la ley y el evangelio. Puede ayudarle a reflexionar sobre qué pensamientos y acciones son pecaminosas y cuáles pensamientos y acciones no deben perturbar su conciencia. Puede asegurarle personalmente, cara a cara, que Dios ha perdonado sus pecados. Puede aconsejarlo qué procedimiento le agrada a Dios. Y puede ayudarlo a usar

la palabra de Dios como una fuente de fortaleza cuando usted lucha contra el pecado.

2. Si es necesario, consiga ayuda de un médico o terapeuta de buena reputación. Muchos médicos y consejeros no son cristianos. Pero si el médico puede brindar ayuda médica, y si el terapeuta puede brindar consejo que no entre en conflicto con la palabra de Dios, entonces tómelo y diga gracias.
3. Esté consciente que muchos programas de rehabilitación son intensamente espirituales. En algunos casos los pacientes se inscriben en un programa de 28 días y se ponen bajo la influencia de su consejero 24 horas al día (eso es un total de 672 horas, ¡el equivalente a 13 años de fiel asistencia a la iglesia!). Estos programas hablan acerca del pecado (o de acciones ofensivas), acerca del perdón (o de la reconciliación), y acerca de la necesidad de Dios (o de alguna clase de poder superior). Alcohólicos Anónimos y otros programas similares que están diseñados para ayudar a quienes tienen problemas con el alcohol o las drogas son ejemplos de esta intensidad espiritual. Ya que estos programas son prácticos, a menudo “funcionan”—incluso para los que no creen. Sin embargo, si sus pasos prácticos y espirituales no están puestos en una sólida base cristiana, ¡éstos serán peligrosos para la fe de un cristiano! Otra vez, consulte con su pastor.

¿Cuánto debo dar en mi ofrenda?

Ya hemos comentado algo sobre esta pregunta en el capítulo 6, bajo el título “Ofrendas para los pobres”.

Los creyentes del Antiguo Testamento no tenían que pasar tiempo con esta pregunta; Dios les respondió. Las leyes ceremoniales regulaban las ofrendas que se requerían del pueblo de Dios.

Ya que Cristo ha completado su obra, las leyes del Antiguo Testamento han sido abolidas. En nuestra libertad cristiana podemos determinar por nosotros mismos la cantidad de dinero que deseamos llevar a Dios.

Este pastor respondería la pregunta de la siguiente manera:

1. Estoy contento de que usted haya preguntado: “¿Cuánto debería dar?” en vez de: “¿Cuánto estoy obligado a dar?” Esto ya muestra que su corazón está en el lugar correcto.
2. Yo sugeriría que pensara en términos de porcentaje. ¿Qué porcentaje de su ingreso quiere usted dar a su Señor y Salvador? En el Antiguo Testamento, por supuesto, Dios demandaba el diez por ciento. Ésa no es una mala cifra hacia la cual trabajar—o desde la cual continuar.
3. Ahora mire su ofrenda actual. Determine el porcentaje de ingreso que usted está dando actualmente y compare eso con el porcentaje que quiere dar.
4. Nosotros amamos a nuestro Salvador porque él nos amó a nosotros primero. Cuando determine su cantidad, asegúrese de poner a Dios primero en su planeación. Recuerde que el Señor nos dio todo. Jesús estuvo dispuesto a dar incluso su vida por nosotros. Ninguna ofrenda es demasiado buena para nuestro Dios. Asegúrese de que su ofrenda refleja su amor por Jesús y no fluye de un involuntario sentido de obligación.
5. Confíe en Dios. Nuestro Dios bendecirá ricamente a todos los que lo amen y confíen en él y a aquellos que entonces muestren su amor y confianza trayendo ofrendas generosas. Nadie se volverá pobre porque haya dado demasiado a Dios. Es imposible dar demasiado a Dios.

Un estudiante de escuela secundaria llenaba su sobre con una cantidad diferente cada semana. Siempre era un inusual surtido de dólares y centavos. Al principio el comité que abría

los sobres y registraba las cantidades pensó que estaba tratando de hacerse la graciosa o que estaba tratando de probar sus habilidades en matemática.

Pero esta joven lo hacía muy en serio. “¿Cuánto debo dar en mi ofrenda?” Su respuesta sincera era el diez por ciento. Cada semana fielmente traía un diez por ciento exacto de lo que había ganado como niñera y otros trabajos de tiempo parcial.

Su ejemplo es digno de imitación.

¿Las tarjetas de compromiso destruyen la donación alegre?

Sabemos por la Biblia que “Dios ama al dador alegre” (2 Corintios 9:7). No quiere regalos que vengan de mala gana o motivados por un sentimiento de deber.

Una “tarjeta de compromiso” es un pedazo de papel en el cual los miembros de la iglesia indican la suma de la ofrenda que pretenden dar el año siguiente. Dios no dice nada acerca de las tarjetas de compromiso en la Biblia. El uso de ellas es otra área en la cual los cristianos individuales (al igual que las congregaciones y sínodos cristianos) tienen libertad cristiana. Podemos ejercer esa libertad al servicio de Dios como veamos que sea mejor.

Muchos piensan que la tarjeta de compromiso es buena y útil. Ésta puede servir como una disciplina para que el cristiano dé su ofrenda y nos recuerde poner a Dios primero cuando gastamos nuestros ingresos. También puede asistir a aquellos que deben planear el presupuesto de la congregación. Otros creen que las tarjetas de compromiso obligan al dador y destruyen la alegría y la respuesta gozosa de la mayordomía cristiana.

En algún punto, cada uno de nosotros responderá a la pregunta: “¿Cuánto debo dar en mi ofrenda?”. Ésa es una pregunta en serio. Requiere una respuesta en serio. Cada cristiano debe considerar esa pregunta en su hogar y

responderla antes que llegue la mañana del domingo. El momento en que recibimos el plato de la ofrenda de la persona que está sentada junto a nosotros en la iglesia generalmente no es el mejor momento para decidir la cantidad que daremos. Llenar una tarjeta de compromiso es una forma para que demos una respuesta seria y deliberada a la pregunta “¿Cuánto debo dar?”

En algún momento, cada congregación decidirá si usará o no la tarjeta de compromiso. Cuando se tome esa decisión, el voto probablemente no será unánime. Una decisión dividida entre los cristianos en las reuniones de miembros votantes no es inusual. Cuando eso sucede, la minoría voluntariamente se adhiere a la mayoría, y la mayoría respeta los sentimientos de la minoría. De esta forma mostramos amor cristiano unos a otros.

¿Cómo entran en el cuadro los testamentos, la planeación de las sucesiones y los legados?

Millones de personas en nuestro mundo no necesitan considerar esta pregunta. Sus escasos salarios y pensiones no son ni siquiera suficientes para pagar por su propia comida, vestido y vivienda. No tienen propiedades para traspasarlas a nadie.

Actualmente, quienes viven en los Estados Unidos son una excepción. La mayoría de los estadounidenses pueden comprar mucho más que su pan diario. La generación que está actualmente falleciendo está dejando una riqueza considerable.

Dios está preocupado por las propiedades y herencias. A través de Moisés, Dios proporcionó a los israelitas leyes estrictas acerca de quién debe y quién no debe heredar tierra y propiedad. Los bienes raíces eran traspasados a los hijos y otros parientes masculinos y debían permanecer dentro de la familia y de la tribu (Números 27:6-11).

Esas leyes específicas no se aplican a los cristianos del Nuevo Testamento. Pero este principio permanece: el Dios que nos dio nuestra propiedad está preocupado por el uso que damos a nuestra propiedad y el traspaso que haremos cuando dejemos esta tierra.

Ananías y Safira eran miembros de la iglesia que vendieron una propiedad y luego mintieron al respecto. Pedro sabía de esta mentira y dijo a Ananías: “Reteniéndola, ¿no te quedaba a ti?, y vendida, ¿no estaba en tu poder?” (Hechos 5:4). Aquí la palabra de Dios repite el principio. Mientras la propiedad es todavía de nosotros, es decir, antes de que muramos, está en nuestro poder decidir quién la recibirá.

En nuestra sociedad estadounidense tenemos la libertad de escoger cómo usaremos nuestra propiedad mientras todavía estamos vivos. También tenemos la libertad de escoger quién recibirá nuestra propiedad cuando muramos. Mientras vivamos, Dios quiere que cada una de nuestras elecciones dé la gloria a su nombre.

Por lo tanto, todos los cristianos deben pensar cuidadosamente cómo quieren que su propiedad se distribuya después de morir. Hable con su pastor y tal vez también con un consejero cristiano. Luego visite a un abogado de confianza y escriba un testamento.

Dios quiere que usemos nuestro dinero de cuatro maneras básicas: para mantenernos a nosotros mismos y a nuestras familias, para ayudar a los necesitados, para pagar nuestros impuestos y para apoyar la predicación de la palabra de Dios. Ya discutimos estas cuatro formas básicas en el capítulo 5 de este libro. El estado usualmente determinará la cantidad que debe ser pagada en impuestos. Estamos en libertad de dividir el remanente de nuestra herencia entre las otras tres categorías, usando nuestro mejor juicio cristiano.

Durante la historia y especialmente en tiempos recientes, muchos esfuerzos misioneros han sido apoyados a través de la

generosidad de cristianos que cuidadosamente planearon la distribución eventual de sus propiedades. Este autor conoce por experiencia personal qué bendición puede ser eso.

La mayordomía es “lo que yo hago con lo que Dios me dio”. Planear la distribución de nuestras propiedades es nuestro acto final de mayordomía.

¿Es un pecado apostar?

¿Glorificamos a Dios si gastamos nuestro dinero en apuestas y en otros juegos de azar? ¿Glorificamos a Dios si adquirimos dinero apostando?

En el capítulo 5 discutimos formas en las cuales Dios nos permite adquirir propiedad. Apostar no es una de esas maneras. La persona que escoge ganarse la vida apostando en vez de trabajar está pecando contra Dios.

Por otra parte, la Biblia nunca dice específicamente que toda apuesta es pecaminosa. Con el fin de responder a nuestra pregunta, necesitaremos examinar otros aspectos de un cuadro más grande. Este autor ha usado el siguiente escenario con muchas clases de instrucción para adultos:

Suponga que nosotros —ustedes, los nueve miembros de la clase y yo, el pastor—decidimos jugar una lotería ahora mismo. Cada uno de nosotros deposita \$1 en el fondo común. Luego escribimos nuestros nombres en pedacitos de papel y sacamos uno de esos nombres del tarro.

Suponga que se saca mi nombre, y gano los \$10. ¿Cómo se sentirá el resto de ustedes? ¿Se sienten felices porque el pastor ganó? ¿O secretamente desean haber sido ustedes los ganadores?

Ahora suponga que jugamos el juego otra vez. Esta vez cada uno de nosotros pone \$5 en el fondo común. Se saca mi nombre nuevamente, y esta vez yo gano \$50. ¿Cómo se siente usted ahora? ¿Comparte el gozo del pastor por haber ganado?

Ahora juguemos una tercera vez. Esta vez cada uno de nosotros pone una cantidad más alta, digamos \$20. Se saca mi nombre por tercera vez y gano \$200.

Las personas en una clase bíblica típicamente responden de estas formas:

1. Aproximadamente la mitad de los miembros cortésmente responde que están felices de ver que el pastor ganó unos dólares de más.
2. Otros no están contentos al ver que su dinero desaparece. No esperaban dar ese dinero al pastor como un regalo. Estaban usando su dinero como cebo. Pusieron su dinero sobre la mesa sólo porque esperaban ganar el premio mayor para sí mismos.
3. Cuando, en esta situación hipotética, el pastor gana por tercera vez, uno o dos siente que el juego ha sido manipulado y que el pastor ha sido deshonesto.

Estas respuestas típicas muestran un problema. Si la gente es avara, si la gente está usando su dinero sólo como un cebo con el fin de obtener algo de otros sin tener que trabajar por ello, si el pastor obtiene dinero para sí mismo o para la iglesia de gente que no pretende darlo, si la gente se disgusta y acusa a otros (¡aun a su pastor!) de hacer trampa, entonces nuestra apuesta no le agrada a Dios.

Hoy en día la mayoría de los estados promueve o apoya alguna clase de lotería. Este pastor por lo común ha advertido a sus feligreses que no compren billetes de lotería. Jugar a la lotería puede motivar a otros en la comunidad a hacer lo mismo, y de esta forma, no ser muy fieles en su vida de mayordomía. Quienes ganan la lotería a menudo toman el dinero que generan los que tienen la menor cantidad de ingreso disponible.

Por otra parte, no se desea juzgar los corazones. Tal vez hay un cristiano que puede comprar un billete de lotería sin pecar. Tal vez otro cristiano puede sentarse con amigos en una mesa de juego y allí gastar o adquirir una cantidad modesta de dinero para la gloria de Dios. Para estos cristianos, el juego de cartas fue sólo entretenimiento, una forma no costosa de diversión. Tal vez otro cristiano puede comprar un número de rifa para apoyar al equipo de la pequeña liga local con los motivos más puros y sin un solo pensamiento codicioso acerca de la posibilidad de ganar la cámara o el televisor cuando se saca el número de la suerte.

Los peligros asociados con los juegos de azar, sin embargo, todavía nos dan fuertes razones para evitarlos. Si usted está apostando (como fumando), este autor tratará de convencerlo de dejarlo. Si entendemos lo que Dios dice acerca de la propiedad, de la mayordomía y de la codicia, entonces nuestro nuevo hombre sabrá qué agrada a Dios.

¿Necesita un presupuesto mi familia?

La mayoría de la gente sabe exactamente cuánto gana, pero no están tan seguros acerca de a dónde se va el dinero. No tienen un plan para gastar lo que ganan. Todo lo que saben es que tienen pocos fondos al final del mes.

Ya que nuestro Dios es un Dios de orden, y ya que Dios nos pedirá cuentas de nuestra mayordomía, este pastor sugiere que todas las familias tengan un presupuesto, un plan para usar el dinero que Dios entrega a nuestro cuidado.

Los planes de presupuesto están disponibles por parte de consejeros financieros, bancos o en bibliotecas. Si usted no tiene un presupuesto, puede tratar de llenar el simple formulario de presupuesto a continuación.

PARTE UNO

I. Ingreso bruto

(Después de descontar los gastos del negocio)\$

II. Ofrendas

(Dios quiere estar primero. Determine el porcentaje que dará y luego conviértalo en una suma en su moneda). (%)

III. Impuestos

(El César tiene derecho a pedir nuestro dinero).

A. Nacionales (15%?)

B. Estatales (5%?)

C. Para el Seguro social (7%?)

Deduzca sus ofrendas y sus impuestos de su ingreso bruto. Ese es su “Ingreso neto para gastar” (ING).

Ahora determine cómo está usando (o cómo desearía usar) su Ingreso neto para gastar. Un porcentaje específico está impreso en paréntesis. Dependiendo de su situación particular, esa cifra puede ser demasiado alta o demasiado baja.

PARTE DOS

I. Gastos de primera necesidad 50% del ingreso neto para gastar

A. Vivienda (30% del ING)

1. Pagos

2. Impuestos

3. Servicios básicos

4. Teléfono

5. Artículos para el hogar

6. Electrodomésticos

(reparación, reemplazo) _____

7. Reparaciones / mantenimiento

B. Comida (15% del ING)

C. Vestido (5% del ING)

Total de gastos de primera necesidad (50% del ING)

II. Gastos casi indispensables 20% del ingreso neto para gastar

A. Médico (5% del ING)

1. Dental

2. Hospital

B. Seguro (5% del ING)

1. de vida

2. de propiedad

C. Ahorros (10% del ING)

(matrículas, emergencias,
planes futuros)

Total de gastos casi indispensables (20% del ING)

III. Gastos deseables 30% del Ingreso Neto para Gastar

A. Automóvil (15% del ING)

1. Pagos

2. Mantenimiento

3. Gasolina/aceite

4. Licencias, tarifas de registro

5. Seguro

B. Entretenimiento/recreo (7% del ING)

1. Comer fuera

2. Cine, etc.

3. Vacaciones

4. Pasatiempos

C. Varios (8% del ING)

Total gastos deseables (30% del ING)

Este autor no pretende ser un consultor de finanzas. Este formulario de presupuesto se presenta aquí sólo para ayudar al pueblo de Dios a controlar a su viejo Adán y a ayudarlos a glorificar a Dios con su propiedad.

Algunos individuos no pueden controlar sus hábitos de gastos o el uso de tarjetas de crédito. Como resultado, desperdician la propiedad que Dios les ha dado, ellos y sus familias se endeudan demasiado y son incapaces de pagar los artículos indispensables.

Una familia cristiana tuvo varios problemas serios de presupuesto. Necesitaban más que un presupuesto sobre el papel. Finalmente recurrieron a convertir todo su cheque de pago en dinero en efectivo y luego físicamente poner un cierto número de dólares en latas vacías que estaban cada una marcada para un propósito particular. Una lata era para el alquiler; otra, para comida; otra, para vestido; y así sucesivamente. Cuando el dinero de una lata se había acabado, se había acabado. Era imposible que ellos sobrepasaran su presupuesto.

Dios quiere que confiemos en él para el futuro. Hay, sin embargo, una diferencia entre confiar en Dios y tentar a Dios. Aquellos que son descuidados con su ingreso y no hacen planes para el futuro no están confiando en Dios. Un presupuesto ayuda a los individuos y a las familias, al igual que a las congregaciones y a los sínodos, a planear sabiamente para el futuro.

¿Qué deben hacer las congregaciones cuando tienen problemas de presupuesto?

Muchas congregaciones escriben tanto las ofrendas semanales como las necesidades de presupuesto semanales en el boletín. La cantidad que se necesita cada semana parece casi siempre más alta que la cantidad que se recogió. Muchas congregaciones operan con déficit. Los pastores, los consejos de las iglesias y los comités de mayordomía se preguntan:

“¿Qué debemos hacer al respecto?”

En principio la respuesta es simple. Las ofrendas que llevamos a la iglesia son el fruto de nuestra fe. Dios obra a través de su palabra y de los sacramentos para fortalecer nuestra fe. Cuando el pueblo de Dios escucha su palabra y recibe la Santa Comunión, su fe se hace cada vez más fuerte y produce más fruto.

En particular, usamos la ley de Dios como un espejo para mostrar a la gente sus pecados. Usamos el evangelio para mostrar a la gente el gran amor de su Salvador. Entonces, usamos la ley como guía, para mostrar al pueblo de Dios cómo Dios quiere que usemos nuestra propiedad. Finalmente, usamos el evangelio para motivar al pueblo de Dios a vivir de acuerdo con su voluntad.

Cuando las congregaciones tienen problemas económicos, la gente de esa congregación necesita escuchar la palabra de Dios. Esa palabra puede ser dicha desde el púlpito y en la clase bíblica, en retiros y en cada visita al hogar, a través de boletines y folletos. Las motivaciones pueden venir no sólo del pastor sino también de los líderes laicos. Sólo la palabra de Dios produce los resultados que estamos buscando.

Los líderes de la iglesia a menudo son impacientes. Queremos ver resultados inmediatos. Es una verdadera tentación obligar a las plantas a producir fruto, a recoger fruto inmaduro o consultar a los incrédulos del mundo sobre las formas de acelerar el crecimiento cristiano.

Éstas no son las maneras de conseguir resultados.

Los niños no se convierten en adultos súbitamente. Toma tiempo. Se necesita alimentarlos correctamente. Se necesita aconsejarlos mucho, capacitarlos y motivarlos. Los padres deben ser pacientes. El crecimiento cristiano no es diferente. Usualmente toma mucho tiempo. Es necesario que el pastor aconseje, capacite y motive alimentando a su gente con la palabra de Dios.

Dios quiere el corazón de su pueblo. Cuando tenga nuestro corazón, tendrá el resto.

Con los años, los creyentes han usado varios métodos para recoger la ofrenda. Un ejemplo interesante está registrado en 2 Reyes 12:4-12. Cuando Joás se convirtió en rey, el templo tenía 140 años. Necesitaba reparaciones. Por lo tanto, el rey pidió a los sacerdotes que reunieran dinero de tres fuentes: del censo anual, del pago del rescate y de las ofrendas voluntarias.

Este método, sin embargo, no parece haber dado resultados. Después de que Joás había gobernado por 23 años, no se había iniciado ninguna reparación ni se había ideado ningún plan alternativo. Los sacerdotes tomaron un gran cofre de madera e hicieron un agujero en la tapa e invitaron a los adoradores a contribuir con el “fondo para la construcción” depositando monedas dentro. Pronto la caja estuvo llena de monedas y las reparaciones pudieron comenzar.

Leemos otro ejemplo interesante en 2 Crónicas 31:2-10. En este caso, el rey Ezequías, un buen hombre que temía a Dios, contribuyó generosamente a la obra del templo y luego pidió a la gente que siguiera su ejemplo. Como resultado, las ofrendas fueron reunidas “en montones” (versículo 6). Azarías el sumo sacerdote comentó: “Desde que comenzaron a traer las ofrendas a la casa de Jehová, hemos comido y nos hemos saciado y nos ha sobrado mucho, porque Jehová ha bendecido a su pueblo; y ha quedado esta abundancia de provisiones” (versículo 10).

Los métodos para recibir y ofrendar son una adiaforia, un asunto de libertad cristiana. Tenemos libertad de usar sobres semanales, tarjetas de compromiso para una ofrenda especial de tres años o una caja de madera a la entrada de la iglesia. Los métodos variarán; la motivación no.

¿Debe la iglesia hablar de dinero?

La Biblia habla mucho acerca de la propiedad en general y

del dinero en particular. Algunos de esos pasajes se citan en este libro.

En un lugar Pablo realmente ordenó al joven pastor Timoteo hablar del dinero. Pablo escribió: “A los ricos de este mundo manda que no sean altivos ni pongan la esperanza en las riquezas...Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos y generosos” (1 Timoteo 6:17,18).

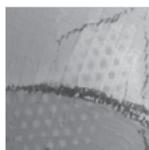
Un buen miembro de una iglesia dijo una vez: “Pastor, no predique acerca del dinero. Predique sólo el evangelio, y nosotros traeremos ofrendas para apoyar a la iglesia”. El hombre tenía buena intención. Pero si un pastor nunca enseña a la gente lo que Dios dice acerca del dinero y de la propiedad, no está proclamando “todo el consejo de Dios” (Hechos 20:27).

Cuando su pastor habla de dinero, escuche cuidadosamente lo que dice. ¿Es verídico? ¿Es bíblico? ¿Está centrado en el evangelio?

Si las palabras de su pastor lo hacen sentirse incómodo, pregúntese cuál de estas oraciones es verdad: “¿Son las palabras del pastor una ofensa a Cristo, quien vive en mí? ¿O están sus palabras perturbando a mi viejo Adán quien es codicioso y egoísta?”. Si las palabras del pastor son una ofensa para Cristo, el pastor está equivocado. Hable con él en privado al respecto. Si sus palabras están atormentando su carne pecaminosa (el viejo Adán), entonces agradezca a Dios por un pastor que enseña correctamente la ley de Dios. Dé gracias a Dios por un pastor que usa la ley de Dios para mostrarnos nuestro pecado para que él pueda consolarnos y animarnos con el evangelio.

* * *

¡Que Dios nos bendiga ahora con sabiduría mientras buscamos llevar nuestra vida de acuerdo con sus principios para la mayordomía!



9

Conclusión

Tenemos un Dios grande. El Padre nos creó. Jesucristo nos redimió con su sangre; el Espíritu Santo nos llevó a la fe en Cristo.

Somos ricos. Cada uno tenemos un cuerpo y una vida. Somos reyes y sacerdotes. Somos hijos de Dios y herederos de la vida eterna. Todas las cosas son nuestras.

Las oportunidades nos rodean. Los hermanos cristianos necesitan nuestra ayuda. Los incrédulos enfrentan la muerte eterna sin nuestra ayuda. Los pobres y los necesitados buscan nuestra ayuda.

¿Quién puede aburrirse? Es un muy buen tiempo para estar vivos.

Y la mejor bendición está aun por venir: la vida eterna con Dios en el cielo.

Tu vida, ¡oh Salvador!,
Diste por mí;
Y nada quiero yo
Negarte a ti.

Rendida mi alma está;
Servirte ansía ya
Y algún tributo dar
De amor a Ti. (CC 259:1)

Ahora, mayordomos cristianos, vayan en paz a servir.

Para lectura adicional

Jeske, John. "Christian Stewardship Is Taking God at His Word." *Wisconsin Lutheran Quarterly*, Vol. 92, Nos. 3,4 (Summer, Fall 1995), pp. 198-209,243-262.

Mueller, Wayne D. *Jesus on Stewardship, A Bible Study Course for Adults*. Milwaukee: Board for Parish Education, Wisconsin Evangelical Lutheran Synod, 1987.

Werning, Waldo J. *Christian Stewards, Confronted and Committed*. St. Louis: Concordia Publishing House, 1982.

Índice de textos bíblicos

Génesis

1—11
1:1—11
1:20,24—38
1:26—38
1:28—16,17,39,40
1:29—41
1:31—12
2:7—38
2:21,22—38
3—24
3:15—28
3:20—39
4—93
4:2-4—98
4:3—94
4:3,4—24
4:4—94
4:20-22—25
4:26—25,32
8:20—98

9:2,3—41

14—25
23:16—84
32:9,10—79
39:12—58
47:9—49

Éxodo

16:12,13—42
17:12—106
32—98
36:6,7—98

Levítico—90

Números

11:26-29—71
18:24—90
27:6-11—133

Deuteronomio

16:16,17—90

24:14,15—83

Josué

7—26

1 Samuel

1:11—52

15:3—95

15:21—95

2 Samuel

24:24—99

1 Reyes

3:4—99

17:6—42

17:13—122

17:14—123

21—26

2 Reyes

3:27—47

5:15—34,109

12:4-12—142

17:17—47

2 Crónicas

31:2-10—142

31:6—142

31:10—142

Nehemías

10:32-39—109

Job

1:1—80

1:3—80

1:13-19—81

1:21—81

2:7—81

2:10—81

38:4,11—14

38:34—14

39:1—14

Salmos

19:1—10

24:1—14

31:15—49

39:5—49

50:10—14

50:15—57

51:17,19—98

90:2—11

119:73—40

128:2—84

139:13—40

148:7-10—16

148:13—86

150—119

150:6—16,119

Proverbios

22:2—78

Isaías

1:11—96

29:13—96

Jeremías

6:20—96

Daniel	25:21,23—119
12:3—121	25:22—119
	25:24,25—119
Amós	25:30—119
6:1—70	25:35,36—117
	25:35,40—43
Malaquías	25:40—33
1:13—96	25:42,43—118
1:14—96	28:19—61,106
3:10—123	
Mateo	Marcos
2:11—82	10:45—28
4:4—101	12—101,105
5:30—47	12:1-8—100
6:2—101	12:13—100
6:19,20—50	12:38,39—100
7:15—68	12:40—100
9:10—34	12:43—100
10:42—33	12:43,44—100
13:1-23—59	12:44—100
13:22—59	14:9—99
14:20—86	15:46—84
15:19—27	16:15—106
15:21-28—57	16:16—116
15:28—57	
16:15,16—62	Lucas
16:19—62	3:14—83
17:21—67	6:38—123
20:1-16—114	7:1-10—58
22:16,17—87	7:6-8—58
22:21—87	7:9—58
24:38—25	8:3—82
25—63	9:57-62—35
25:14,15—51	10:7—91
25:14-30—118	10:37—43,89
25:20—119	12:33—88
	12:42-46—121

12:44—122
 12:45—121
 12:46—122
 15—60
 15:13—86
 16:1-15—107
 16:9—108
 19:8—34,99,110
 19:11-27—63,120
 19:13—120
 19:16,18—120
 19:17—120
 19:19—120

Juan

2:1-11—82
 3:16—69
 3:17—28
 4:8—84
 4:24—94
 5:29—116
 6:1-13—82
 6:11—42
 6:27—50
 12:3—82
 12:8—89
 15:5—30
 15:12—48
 15:13—48
 20:21—61
 21:17—56
 21:21,22—74

Hechos

2:44—35
 2:45—102
 4:36,37—99

5:1-11—97
 5:4—134
 11:27-30—102
 16:14,15—107
 18:7—107
 20:27—143
 22:10—34,110
 26:18—29
 28:10—110

Romanos

1:20—10
 6:23—48,116
 8:7—55
 8:20—17
 8:21—18
 8:22—18
 12—64,67,69,104
 12:1—36
 12:4,5—48,69
 12:6—64
 12:6-8—64
 12:7—65
 12:8—65,66
 13:7—88

1 Corintios

1:23—54
 2:15—126
 4:2—118
 4:7—79
 6—44
 6:12—129
 6:15—45
 6:19—45
 6:20—45
 9:27—47

10:31—42
 12—64,66,69,104
 12:1—64
 12:8—67
 12:8-11—66
 12:9—67
 12:10—67,68
 13—69,70
 13:1—70
 13:2—70
 13:4,5—70
 14—68
 14:33—37
 15—110
 16—110
 16:1—110
 16:2—102

2 Corintios

2:16—109
 4:4—54
 4:7—61
 5:17—31
 8—104
 8:2,3—104
 8:5—48
 8:9—92,110
 8:11—104
 9—104
 9:6—104,123
 9:7—105,132
 12:14—82

Gálatas

1:6—59
 2:20—31
 4:15—110

5:13—33
 5:19-21—46
 5:21—47
 6:4—116
 6:6—91
 6:7—91
 6:9—122
 6:10—33

Efesios

2:1—55
 2:10—30
 4:24—31
 4:28—83
 4:30—58,60
 5:15,16—49
 5:29—42
 6:4—56
 6:7—34,83

Colosenses

3:10—31

1 Tesalonicenses

5:19—60

2 Tesalonicenses

3:10—83

1 Timoteo

5:8—43,86
 6:7—78,79
 6:17,18—143

2 Timoteo

1:10—29

Tito

2:14—29,31

Hebreos

2:14—29

11:3—12

11:4—94

11:6—19,94,116

Santiago

1:17—79

1 Pedro

2:2—56

2:9—61

4:3—49

4:10—71

1 Juan

2:2—28

3:17—88

3 Juan

5—99

Índice temático

- adoración, mecánica 95,96
- alabar a Dios 15,16,25
- alimento milagrosamente dado
42
- alma, humana 38
- apostar 135-137
- ascensos, considerar 51
- asuntos, ocuparse de los propios
71,74,75
- ayudar a los necesitados
43,88,89, 102-108

- bautismo 45,56,59
- bienestar de otros 43
- buenas obras 30,116-118
- caída en el pecado
17,23,24,27,28
- carne, comer 41,42
- casuística 125-143

- compras 84,85
- confirmación 48,59,60
- consejeros 134
- contribuir con las necesidades de
otros como un don espiritual
65,66
- creación 10-22,37-39,41
 - del hombre y de la mujer 38
 - en dolor 17,18
 - uso correcto de la 18-20
 - dominar la 16,17
- crear, definición de 11
- Credo Apostólico 60
 - Primer Artículo 41
 - Segundo Artículo 32
- cuerpos humanos 37-52
 - cuidar de 41-44,47
 - creencias equivocadas
acerca de 44, 46,47

- mal uso 42,44,45,47
- levantados de las tumbas, glorificados 45,46
- como templos 45
- dar, alegremente 105,132,133
- decisiones de carrera 51,52
- desastres naturales 81
- desperdicio 86
- deudas 137,140
- día del juicio 43-46,85,88, 108,113-124
- diáconos 65
- diezmo 90
- Dios
 - Como Creador de todo 10-22, 37-41
 - Negado como Creador 10,11, 20-22,32,41,44
 - Como dueño de todo 10-22,78-80
- discernir los espíritus como un don espiritual 68
- dominación, definición de 17
- dones espirituales 73,104
- educación 126
- ejemplos
 - de buena mayordomía 24, 25,97-111,142
 - de pobre mayordomía 24-26, 93-97
- empleadores como los representantes de Dios 83
- enseñanza como un don espiritual 65-67
- ética de trabajo 121,122
- evangelio
 - como un don 61-63,120,121
 - motivación para dar 92, 105,108-111
 - respuesta al 36
- evolución, evolucionistas 20-22, 37,41
- excusas dadas a Dios 10,11
- exhortación como un don espiritual 65
- fe
 - puede perderse 59,60
 - cuidar de la 55-58
 - frutos de la 30,116-118,141
 - don de Dios 54,55
 - heroica, como un don espiritual 67
- formulario de presupuesto 138,139
- fumar 127,128
- generación yo 74
- gentiles 10
 - Ver también paganos, incrédulo
- gobierno 77,87,88
- Gran Comisión 106
- guerra 25-27
- hablar en lenguas como un don espiritual 68
- herencias 82,133-135
- hipocresía, religiosa 96,97,100, 101
- hombre
 - se le mandó dar fruto 16,39,40
 - se le mandó gobernar sobre la creación 16,17,23,24
 - se le mandó someter a la creación 16,17

- hecho a la imagen de Dios
 - 16, 17,39
- iglesia
 - comparada con el cuerpo humano 69-72
 - y los problemas financieros 141-143
 - y hablar acerca de dinero 35,143
- impuestos 87,88
- incrédulo
 - motivación del 32,108,109
 - y el uso de la creación 19-22, 46
 - trabajando con él en la sociedad 32
 - y la adoración 94
 - Ver también gentiles, paganos
- ingreso neto para gastar 138,139
- inmoralidad sexual 44-46
- legados 133-135
- ley ceremonial 89,90,105,130
- libertad, cristiana 131
- liderazgo como un don espiritual 66
- llaves, uso de las 62-64
- mantenimiento de sí mismo y la familia 86, 87
- materialismo, dios del 21
- mayordomía
 - definición 7
 - ejemplos de buena 24,25,97-111,142
 - ejemplos de pobre 24-26,93-97
 - sentimientos acerca de la 7,35
- mendigos, profesionales 89
- naturaleza pecaminosa 26,27,49,54,55
 - Ver también viejo Adán
- naturaleza. Ver creación
- necesitados, ayudar a los 43,88,89, 102-108
- negar a Dios como creador 10,11, 20-22,32,41,44
- nuevo hombre 29-31,33-36,55,109, 121
- nuevo ser. Ver nuevo hombre
- ofrendas 89-110
 - cantidad para dar 103,130-133
 - misión 106-108,134
 - en el Nuevo Testamento 90-92, 96,97,100-105
 - en el Antiguo Testamento 24-26, 89,93-99,130,131
 - recepción de 91,104,142
 - de los incrédulos 94
- ofrendas de trabajo 51,52,126
- orgullo 13,69-71,80,115
- padres 40,43,56,60,62,82
- paganos 44,45,47,79,80,86
 - Ver también gentiles, incrédulos
- parábolas 43,50,59,63,88,89, 107,108,114-116,118-122
- pastores 56,64-67
 - motivando a los dadores 35,36, 97,105,106,111,143
 - y los salarios 90-92

- pecados sexuales
 - Ver inmoralidad sexual
- placer como el bien más
 - preciado 46,47
- plan de Dios 37,38
- planeación de la propiedad 133-135
- pobres 13,77,78,89
 - ofrendas para los 88,89, 102-108
- pobreza 13,77,78
 - espiritual 106
- poderes milagrosos como don
 - espiritual 67
- predicadores, falsos 67,68
- predicar
 - palabra de Dios, sustento de 89-92
 - como un don espiritual 64-67
- preguntas, prácticas, acerca de la mayordomía 125-143
- presupuestos
 - de la congregación 132,140-142
 - de la familia 137-140
- profecía como un don espiritual 64,67
- programas de bienestar
 - patrocinados por el gobierno 88
- propiedad 77,133-135
 - obtener 82-85
 - cómo usar la 85-92
 - origen de la 10
 - privada 78,79,81
 - quitada por Dios 80-82
- Quinto Mandamiento 43,89
- reciclaje 86
- recompensas, terrenales 122,123
- regalos
 - terrenales 39-41,50-52,77-92
 - como medios para adquirir propiedad 82-84
 - espirituales 53-75
- rehabilitación, programas de 130
- respuestas a preguntas prácticas acerca de la mayordomía 125-143
- riqueza y los ricos 13,84
- sacramentos 61
- sacrificios
 - humanos 47
 - vivos 47-52
- salarios 83,84,116
- salvación, plan de Dios de 27-36
- sanar como un don espiritual 67
- santa comunión 56,57
- santa iglesia cristiana 60,61
- Séptimo Mandamiento 78, 82,85
- ser misericordioso como don
 - espiritual 66
- servir
 - a otros 33,34,48
 - como un don espiritual 65
- sí mismo
 - compararse con otros 116
 - dios de 21
- sustancias, dañinas 129,130
- talentos 25,50-52,119
 - evaluación 72,73
- tarjetas de compromiso 132,133
- tiempo 49,50
- toma de decisiones 51,52,126

trabajo 83,84
Último Día. Ver día del juicio
vegetarianos 41,42
versión de la Biblia King James
49,107
vida
 humana 37-52
 origen de la 10-22,37-41
vida eterna 47-49,123,124
viejo Adán 35,47,97,109,121,
140
 Ver también naturaleza
 pecaminosa
voluntades 133-135

Enseñanzas de la
BIBLIA
Popular

† ÁNGELES Y DEMONIOS

† EL BAUTISMO

† LA BIBLIA

† CRISTO

† LA LIBERTAD CRISTIANA

† LA ADORACIÓN CRISTIANA

† EL COMPAÑERISMO
ECLESIAÍSTICO

† IGLESIA—MISIÓN—MINISTERIO

† EL GOBIERNO CIVIL

† LA CONVERSIÓN

† LA CREACIÓN

† TIEMPOS FINALES

† LA PROVIDENCIA DE DIOS

† EL CIELO Y EL INFIERNO

† EL ESPÍRITU SANTO

† LA JUSTIFICACIÓN

† LEY Y EVANGELIO

† LA SANTA CENA

† EL HOMBRE

† EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

† LA ORACIÓN

† LA PREDESTINACIÓN

† LA SANTIFICACIÓN

† **LA MAYORDOMÍA**

† LA TRINIDAD



Multi-Language
Productions

Bringing the Word to the World

www.mlpwels.com